

Sopa de carpincho

Ideas a un metro de distancia

Publicado originalmente
por el Instituto Democracia en junio 2020.

SOPA DE CARPINCHO

IDEAS A UN METRO
DE DISTANCIA



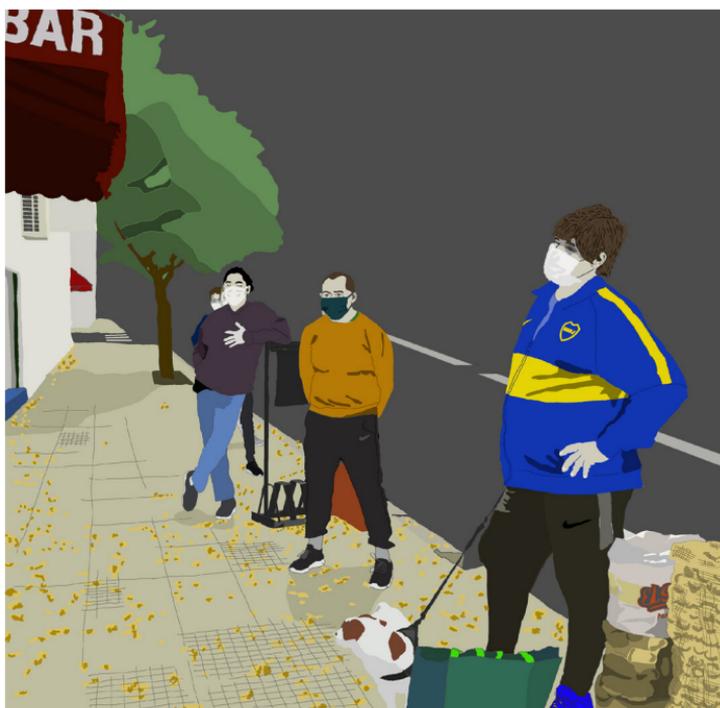
Instituto
Democracia

SOPA DE CARPINCHO

Ideas a un metro de distancia

Abril, David Gusinsky Santiago
Aguiló, Antoni Huguenet, Maria Angelina
Belfiori, Dahiana Liaudat Santiago
Bilmes Julián Luaces Francisco
Chirom, Magdalena Menéndez, Juan
Corazza, Delana Moltoni, Rocio
Corneli, Barbara Parajón, Ariel
D' Angelo, Guido Ramírez Andrade, Ignacio
Dasso, Agostina Rodriguez Uria, Agustin
Dubín, Mariano Sanguinetti, Gonzalo
Escales, Vanina Serrano, Alejo
Expósito, Julia Solana, Pablo
Tostes Angélica Solano Chavarría, Héctor
Fernandes Marco Tangorra, Manuel
Figueroa, Noelia Tasat Floreal
Fraenkel, Cindy Tejera, Erica
Garfinkel, Mariana Torrado Constanza
Giller, Diego Vigo Deandreis, Mariano
Grimson, Lucas Zanette, Andrés

Prólogo de Ulises Bosia y Ezequiel Ivanis



Instituto Democracia es un espacio de discusión que busca generar y debatir saberes y proyectos en un vínculo constante con organizaciones populares – políticas, sociales, sindicales y feministas – de la Argentina y la región. Nuestro objetivo es aportar a la construcción y fortalecimiento de la Democracia, entendida como una práctica transformadora, participativa, justa e igualitaria.

Sostenemos que la Democracia debe ser una herramienta fundamental para la generación de las prácticas emancipatorias que permitan construir una hoja de ruta respecto a las tareas comunes que tenemos como generación. Se trata de enfrentar el desarraigo global que el neoliberalismo impone en nuestra vida social, oponiéndole la conciencia de nuestra comunidad de intereses y suscitando la participación de las grandes mayorías en la realización de un destino común más justo.

Instituto Democracia se presenta como un espacio transdisciplinar para el aporte en la producción de insumos que permitan potenciar las necesarias resistencias al neocolonialismo, al capitalismo y al patriarcado, en pos de construir procesos emancipatorios. Buscamos abordar un amplio campo de innovación económica, social, cultural y política de creciente diversidad, en el cual deben primar los diálogos entre saberes, a través de experiencias y anhelos colectivos que culminen en el diseño de políticas públicas de alta densidad para resolver los grandes problemas nacionales y regionales. Deseamos construir un modelo alternativo, coherente, justo, solidario y sustentable, arraigado en un compromiso político con mirada de largo plazo. Es una necesidad y una tarea de los sectores populares –siempre subalternos, históricamente dominados- transformar el marco de debate de ideas que hoy se encuentra reducido a lo que se considera posible. Empujar los límites de lo posible, trascenderlos, transformarlos. Abrir nuevos horizontes de sentido. Luchar, en una palabra, por las condiciones subjetivas y objetivas de nuestra emancipación.

Instituto Democracia es un espacio de discusión que busca generar y debatir saberes y proyectos en un vínculo constante con organizaciones populares – políticas, sociales, sindicales y feministas – de la Argentina y la región. Nuestro objetivo es aportar a la construcción y fortalecimiento de la Democracia, entendida como una práctica transformadora, participativa, justa e igualitaria.

Integramos el **Instituto Democracia**:

Sergio **Amor**
Ulises **Bosia**
Nicolás **Carivenc**
Cecilia **Echague**
Nicolás **Fava**
Santiago **Goyer**
Santiago **Hernández**
Ezequiel **Ivanis**
Marina **Mariasch**
Iván **Soler**
Andrea **Vallejos**
Bettiana **Vargas**
Lucas **Villasenin**

Sumate: www.institutodemocracia.com.ar



Sopa de carpincho: ideas a un metro de distancia / Diego Martín Giller ... [et al.]; compilado por Ulises Bosia; Ezequiel Ivanis; ilustrado por Paula Mariasch ; prólogo de Ulises Bosia; Ezequiel Ivanis.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Emilio Ulises Bosia, 2020.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-5119-4

1. Ciencia Política. 2. Comunicación Política. 3. América Latina. I. Giller, Diego Martín. II. Bosia, Ulises, comp. III. Ivanis, Ezequiel, comp. IV. Mariasch, Paula, ilus.
CDD 320.01

Diseño gráfico, diagramación y dirección de arte: Iván Piroso Soler
Ilustraciones: Paula Mariasch | @paulamariasch.ilustracion



ÍNDICE

| | |
|--|----|
| JURADO DE HONOR | 18 |
| PRÓLOGO..... | 19 |
| Yo prefiero el mundo..... | 27 |
| <i>Noelia Figueroa</i> | |
| Hay una frase que insiste: Seis tesis sobre la democracia en tiempos de pandemia | 33 |
| <i>Diego Giller</i> | |
| ¿La democracia de lo inevitable? La izquierda popular frente al fetichismo del encierro biopolítico | 39 |
| <i>Agustín Rodríguez Uria</i> | |
| Pandemocracia: una mirada al coronavirus desde las epistemologías del Sur..... | 45 |
| <i>Antoni Aguiló y David Abril</i> | |
| Insistencias del futuro: Habitar la pandemia desde un análisis feminista: ¿otra democracia es posible? | 51 |
| <i>Dahiana Belfiori, Barbara Corneli y Julia Expósito</i> | |
| El dilema ético de la democracia en red | 57 |
| <i>Magdalena Chirom</i> | |
| “A igreja é muita coisa!”: neopentecostalismo em tempos de pandemia | 63 |
| <i>Delana Corazza, Angélica Tostes y Marco Fernandes</i> | |
| Corrigiendo desigualdades en la política global: La disputa por el poder hegemónico y la distribución del ingreso | 69 |
| <i>Guido D’Angelo</i> | |
| Sensei Covid | 75 |
| <i>Vanina Escales</i> | |

| | |
|--|-----|
| Preámbulo al cuerpo del que se trata | 79 |
| <i>Mariana Garfinkel y Constanza Torrado</i> | |
| Tiran beef pero no disparan: Puntas para integrar miradas juveniles y salvarnos entre todes | 87 |
| <i>Lucas Grimson y Cindy Fraenkel</i> | |
| El feminismo popular y su caja de herramientas: Una mirada desde la praxis en tiempos de pandemia | 93 |
| <i>María Angelina Huguenet</i> | |
| Pandemia o la continuación de la guerra por otros medios | 99 |
| <i>Santiago Liaudat, Julián Bilmes y Mariano Dubín</i> | |
| Bienvenido al (nuevo) siglo XXI: favor de usar barbijo..... | 105 |
| <i>Juan Menéndez y Agustina Dasso</i> | |
| #40tena y feminismos: de los libros desempolvados a los hashtag millennials | 111 |
| <i>Rocío Moltoni</i> | |
| Sujeto y Estado de malestar frente al capitalismo inmunodeficiente | 119 |
| <i>Ariel Parajón</i> | |
| Mundos agradables | 125 |
| <i>Ignacio Ramírez Andrade</i> | |
| Covid-19, transición y después: Los desplazamientos globales de poder y América Latina | 131 |
| <i>Alejo Serrano</i> | |
| Patria al sur: crónica sobre un regreso deseado | 137 |
| <i>Pablo Solana</i> | |
| El día después de la pandemia: Cinco claves para repensar la democracia | 143 |
| <i>Héctor Solano Chavarria</i> | |
| Post-apocalipsis y sujetxs del día después | 151 |
| <i>Manuel Tangorra</i> | |

| | |
|---|-----|
| Democracia desde América..... | 157 |
| <i>Floreal Tasat, Francisco Luaces y Santiago Gusinsky</i> | |
| Partir de la nada, porvenir..... | 163 |
| <i>Érica Tejera y Gonzalo Sanguinetti</i> | |
| La democracia como conflicto y diacronía: una narrativa enterrada bajo algoritmos y distopías | 171 |
| <i>Mariano Vigo Deandreis</i> | |
| No todos los caminos conducen ya a Roma: La crisis de la globalización y sus nuevos emergentes | 177 |
| <i>Andrés Zanette</i> | |
| ACERCA DE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS..... | 183 |

Sopa de carpincho
Ideas a un metro de distancia



a Ramona Medina

JURADO DE HONOR

Natalí Incaminato: Profesora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata, secretaria del Doctorado de Letras de la misma casa de estudios. Periodista.

Marina Mariasch: Licenciada en Letras, especialista en género, escritora y ensayista. Da clases de escritura en la UNA. Trabajó como asesora en género, diversidad y afro en la Secretaría de DDHH, en Cultura y Diversidad Cultural, en la Dirección Nacional de Articulación con los Ministerios públicos y como responsable del Área de Género en Inadi. Es integrante del medio de periodismo feminista Latfem.org y de Mala Junta Poder Feminista.

Juan Carlos Monedero: Politólogo, político y profesor español, ex secretario de Proceso Constituyente y Programa de Podemos. Ha colaborado también en varios medios de comunicación, tanto de prensa como televisión

Eduardo Rinesi: Filósofo, politólogo y educador. Miembro del grupo de intelectuales del Espacio Carta Abierta y del Directorio de la AFSCA durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Entre 2010 y 2014 se desempeñó como rector en la Universidad Nacional de General Sarmiento.

Darío Sztajnszrajber: Filósofo, ensayista, docente y conductor de radio y televisión. Dicta clases en FLACSO en las áreas de Comunicación (Posgrado de Gestión Cultural) y Educación. También es docente en el CBC de la Universidad de Buenos Aires y en la materia “Problemas filosóficos” de la Universidad Nacional de Hurlingham.

Agustina Paz Frontera: Licenciada en Comunicación por la UBA y Magíster en Periodismo documental. Periodista, poeta y ensayista. Trabajó en medios audiovisuales. Publicó “Una excursión a los mapunkies” (Pánico el pánico, 2013 y Doble Zeta, 2014), “La central del sentir” (Nulú Bonsai, 2014) así como cuentos y poemas en antologías. Co-directora de LatFem.org y miembro del colectivo NiUnaMenos.

PRÓLOGO

Ulises Bosia
y Ezequiel Ivanis

El inicio de este prólogo remite a dos historias lejanas que se juntan. En los últimos meses de 2019 varias compañeras y compañeros que habitábamos diferentes espacios de militancia, de formación y del mundo político nos reunimos con la voluntad de dar forma a un ámbito de discusión y aprendizaje en torno a un eje vertebrador que es la democracia. Al mismo tiempo, comenzaban a llegar noticias de contagios, virus y cuarentenas del otro lado del mundo. Nunca imaginamos que ambas historias se unirían.

Nos propusimos la tarea de agrupar diversos espacios de pensamiento, con trayectorias e historias diferentes, pero que partan de entender a la democracia como un espacio abierto a la contingencia de la lucha política cuyo valor principal es la defensa de la dignidad humana. Ese deseo por articular voluntades y saberes se estrelló contra la irrupción de lo desconocido, contra un virus que acechaba desde la invisibilidad y que, entre muchas otras cosas, abría el debate sobre las democracias que tenemos, con sus desigualdades, sus limitaciones y sus negaciones. El acontecimiento de un virus en Asia se convirtió, rápidamente, en un acontecimiento universal, y como tal, nos colocó ante una incertidumbre mayor del devenir histórico, que actuó como un terreno fértil para pensar alternativas más humanas a un sistema que, de forma constante, reduce los márgenes de lo posible y de lo decible.

En este sentido, desde el Instituto Democracia y dando cuenta del tiempo histórico que estamos viviendo, decidimos realizar una primera actividad de lanzamiento que consistió en un concurso de ensayos denominado “Un fin del mundo mejor es posible”. De dicha actividad se seleccionaron 25 ensayos que forman parte de esta publicación digital que estamos pre-

sentando, con diversos enfoques y procedencias y nucleados alrededor de cuatro ejes temáticos: pandemia y democracia, rupturas y continuidades geopolíticas, feminismos populares y respuestas desde el Sur.

Es, por lo tanto, un libro imaginado, confeccionado y publicado enteramente durante estas condiciones tan particulares de aislamiento social, a partir de ellas y también, en cierta forma, sublevándonos contra ellas. Desde luego no en el sentido sanitario, que por el contrario celebramos, sino porque aspira a un encuentro, a un intercambio, a una puesta en común, a un converger de reflexiones variadas que se esfuerzan por trascender el metro de distancia física al que nos obliga el momento.

Así, por varios motivos esta publicación condensa, en su espíritu, una concreción de aquello que nos convocó a crear el Instituto Democracia.

En principio porque imaginar un futuro en común, aun con todas las dificultades del caso, es imprescindible para fortalecer y profundizar las democracias en nuestro país y en América Latina, frecuentemente secuestradas por poderes oligárquicos minoritarios pero intensos e influyentes. Más cerca de una búsqueda realista que de abandonarnos a creer en un optimismo ingenuo que afirme que “el día después” de la pandemia nos traerá necesariamente un mundo mejor, observamos la existencia de una disyuntiva cada vez más clara entre, por un lado, opciones de profundización democrática y, por otro lado, alternativas cada vez más autoritarias que resultan de las mutaciones reaccionarias del neoliberalismo existente.

Desde hace décadas sabemos que el neoliberalismo, como fase actual de un capitalismo financiarizado, trae consigo exclusión social y por lo tanto genera violencia sobre distintos grupos vulnerables de la población. Sin embargo, en los últimos años se observa cómo van aumentando los niveles de violencia necesarios para legitimar las posiciones neoliberales, de forma tal que resulta legítimo preguntarnos si estamos

asistiendo a una entera modificación del régimen político bajo el que vivimos. Es notorio como se cristalizan, cada vez, mayores dificultades para la imposición de políticas neoliberales por consenso y, en cambio, aparece el recurso a las fake news y a la mentira, a la manipulación electoral, a la persecución de oposiciones políticas a través del lawfare, a la apelación a los discursos de odio, a la violencia represiva e incluso a los golpes de Estado. En este sentido, resulta inevitable sentirse ganado/a por la preocupación sobre las posibilidades concretas de que la profundización del neoliberalismo ponga en juego un cambio en las condiciones de la actividad política, relacionado con el aprovechamiento por parte de las grandes corporaciones y los Estados de las posibilidades que ofrecen las tecnologías digitales para hacer del control y la vigilancia una forma de biopolítica eficiente que administre nuestros cuerpos.

En contrapartida, aparece la oportunidad de una regeneración democrática que permita y aliente el encuentro de los pensamientos y de los cuerpos, el protagonismo de las organizaciones gremiales, sociales y populares, el desborde plebeyo que tensiona los límites institucionales de lo posible, la escucha del impulso democratizador que proviene desde el movimiento feminista, la reivindicación del derecho al goce de los y las de abajo. La construcción participativa de este libro, entonces, es una expresión pequeña pero simbólica de lo que busca el Instituto: un horizonte pospandemia donde el espacio de lo político encuentre a lo popular con un rol protagónico.

La democracia en América Latina es siempre una cuestión en disputa y resignificación, una lucha epistemológica y política que refleja el modo en que queremos vivir junto a otros y otras. En esta disputa, nuestra región en los últimos tiempos, ha visto como la democracia fue vaciada de su componente popular y utilizada como herramienta de selección dentro de las élites y de exclusión, e incluso represión, de cualquier intento plebeyo por disputar esa propia democracia. Sucede en Brasil, un gigante latinoamericano que siempre amenaza con

arrastrar al conjunto del continente en la dirección que toma, donde se desarrolla una de las experiencias gubernamentales más nefastas de la que tengamos memoria, al menos desde el fin de las dictaduras militares. En Chile, donde la movilización popular parece comenzar a quebrar el largo consenso que había encerrado sus posibilidades vitales entre dos variantes de una misma gestión neoliberal, y donde la represión y la militarización se habían desatado sin descanso, y sin éxito. En Bolivia, donde finalmente el poder racista y oligárquico consiguió sacarse de encima por la fuerza bruta a ese indio rebelde que –por fin- había gobernado a su pueblo de forma democrática durante poco más de una década larga, incorporando la pluralidad de nacionalidades existentes en el país. En Ecuador, donde la traición condujo a un acuerdo con el FMI tan ruinoso como enfrentado en las calles por la movilización indígena y popular, mientras la persecución política pura y dura se abatió sobre los referentes populares.

En nuestro caso, la ofensiva del neoliberalismo encarnada en el gobierno de la Alianza Cambiemos fue feroz –resulta lamentable qué tan lejos quedaron las ilusiones de que se tratara de una nueva derecha democrática-, aunque se encontró con la resistencia que impuso una sociedad activa y movilizadora, dispuesta a no dejarse avasallar y que, pese a la magnitud del retroceso, mantuvo algunas conquistas en alto y hasta avanzó en otras, como dan testimonio las organizaciones de derechos humanos, el movimiento feminista y los colectivos organizados de la economía popular.

La lista podría continuarse. Sin embargo, si el carácter de la democracia ya venía siendo tensionado –por derecha- en América Latina antes de la pandemia, en la actualidad el debate ascendió a una nueva escala, global, entremezclando en las discusiones a los Estados Unidos, a las distintas realidades europeas, a China, a Corea del Sur, a Suecia o a Israel.

Por otro lado, el título de la publicación –“Sopa de carpincho”- propone una polémica con esa costumbre de nuestro

colonialismo cultural de ignorar las condiciones situadas del pensamiento o, peor aún, de asumir como propias las condiciones en las que se produce el pensamiento en otras latitudes. No se trata, naturalmente, de ignorar ni mucho menos condenar a priori por “extranjeras” algunas ideas, muchas de ellas imprescindibles y estimulantes, sino de ser capaces de incorporar como aspecto epistemológico central de nuestro pensamiento su carácter situado. ¿Dónde? En el Sur, en América Latina, en Argentina, en una realidad periférica marcada por la dependencia política y la subordinación económica, por la imposibilidad histórica de constituirnos plenamente como Nación, por la continuidad de la desintegración de nuestros países, por la debilidad de nuestras instituciones estatales capturadas por las oligarquías, por la exclusión histórica de una parte significativa de nuestra población, por la denigración de las culturas propias de nuestra tierra ante las culturas ajenas. Desde esa premisa epistemológica, asentados en una realidad constitutivamente mestiza, tiene muchísimo sentido incorporar el pensamiento producido en contextos sociales diferentes para generar nuevas producciones, como nos enseña la rica y variada tradición del pensamiento crítico latinoamericano, sin calcos ni copias. Hoy somos todo eso que fuimos, condensado en una identidad mestiza que clama por la dignidad de nuestra humanidad: tierra para comer, techo para vivir, trabajo para ser.

Finalmente, esta publicación también expresa una última cuestión central para el Instituto Democracia: su carácter comprometido junto a las luchas populares y a los principales debates del momento. Iniciamos, con esta publicación nuestro recorrido en el campo intelectual, es decir, en el campo de la conciencia popular, marcados por aquellas palabras de Rodolfo Walsh: “un intelectual que no comprende lo que pasa en su tiempo y en su país es una contradicción andante, y el que comprendiendo no actúa tendrá un lugar en la antología del llanto pero no en la historia viva de su tierra”.

Terminamos esta introducción con lo más importante, el agradecimiento a las más de 120 personas que participaron del concurso y nos enviaron sus ensayos, desde varios países de Nuestra América y también desde ese Sur europeo con el que tenemos tanto en común, así como también al Jurado, compuesto por Juan Carlos Monedero, Natalí “La Inca” Incaminato, Darío Sztajnszrajber, Agustina Paz Frontera, Eduardo Rinesi y Marina Mariasch.

Esperamos que esta publicación les resulte tan interesante a sus lectores y lectoras como fue para nosotros y nosotras leer la totalidad de los ensayos enviados y hacemos por este medio una invitación a que se pongan en contacto con el Instituto Democracia y participen en sus distintas iniciativas.

Buenos Aires, junio de 2020.



YO PREFIERO EL MUNDO

Noelia Figueroa

1) Lo que el viento nunca se llevó
Cuando el mundo se pone oscuro
Se pone tenso, todo mal...
por el mundo yo no me dejo desanimar.

Así decía la letra de una canción de Fito Páez en los pobres '90 de mi infancia. Como esta cuarentena es una vuelta descarnada a varias escenas de infancia (no sé aún si por el asombro infantil en que nos sumergimos o por esta pérdida de soberanía sobre una misma), la banda sonora de este ensayo también le hace justicia a esa sensación de regresión en tantos planos. Esa letra de Fito nos suena voluntarista en este marco. Muchos discursos, recetas y vivos de redes se presentan así de ingenuos por estos días. ¿Algo de esa lucha contra el desánimo puede tener sentido ahora?

El punto de partida para estas líneas, es la incertidumbre frente a la que nos coloca la pandemia del Covid19. Esa inquietud llena de miedo sacude pilares del orden tal como lo conocemos y nos dificulta diseñar lo que quisiéramos ver como futuro. Y hace que el ejercicio de proyectar mejores fines del mundo se choque con un pesimismo de base, novedoso hasta para quienes -militantes- generalmente somos capaces de sacarle agua a las piedras.

Ese pesimismo se espesa si el locus de partida es una ética feminista popular y comunitaria. Planteo una hipótesis rápida: estamos frente al retroceso general de nuestro horizonte feminista, en función de la ausencia de nuestra perspectiva en el grueso de las respuestas que esta crisis propone e impone.

Ya se dijo mucho que las crisis revelan los núcleos de

los fenómenos. Enumero algunas aristas “alarmantes” de lo que se nos muestra.

Primero: la masculinización evidente de los espacios de gestión y decisión en el marco de los comités de crisis, emergencia y planificación. Más allá de que estábamos lejos de haber obtenido paridad, muchos de los avances de los últimos meses se vieron frenados en el esquema de atención de la urgencia. Líderes mundiales, expertos científicos, investigadores reconocidos, políticos decisores son, en su inmensa mayoría, varones cis, blancos y heterosexuales. En el caso argentino, nuestro presidente, al que agradezco profundamente por su nivel de responsabilidad y por ser un cuadro político de excelencia, encarna una figura paternal que nos cuida, nos da tranquilidad y además tiene un tono discursivo que lejos de confrontar, concilia. Es una fiesta para el análisis del arquetipo viril de nueva época. Asumir este retroceso no implica que no haya compañeras muy valiosas al frente, pero su invisibilización es notoria. Desconocer o relativizar esta realidad puede sumarnos un problema más de ceguera u optimismo infundado.

Segunda alerta: estamos frente a un reforzamiento de los privilegios y, de las exclusiones, y al crecimiento de las asimetrías entre mujeres e identidades disidentes pertenecientes a diferentes clases sociales. Si al freno en la economía le sumamos la reclusión en el espacio doméstico, la falta de accesibilidad a recursos materiales, la brecha digital y la imposibilidad de recurrir a muchos dispositivos de atención en lo público, la diferencia se amplía. Ningún feminismo que pretenda ser interseccional puede dejar de lado esta triste evidencia. Todos nuestros esfuerzos deben estar enfocados a amortiguar esta profundización de las desigualdades.

La tercera alarma suena frente a la proliferación de un discurso en torno a la seguridad que hace hincapié en el castigo como herramienta para lograr el bien común. Circulan entre nosotres muchas situaciones de miedo y ansiedad frente

a las que se nos cuele muy fácilmente la respuesta punitiva, sin más. Más allá del acuerdo de que existan medidas sancionatorias a quienes ponen en riesgo a la comunidad, preocupa la facilidad en la que nos convertimos en el vigilante del otro. Nuestro desafío: construir comunidad organizada sin perder la ternura.

En cuarto lugar, se revela notoria la crisis social del sistema de cuidados acompañada de una falta de políticas públicas que propongan salidas con eficacia estratégica. La ventaja: queda más claro lo que hace tantas décadas venimos denunciando sin mucha audiencia; la desventaja: no se nos aparece en lo inmediato alguna salida que permita afrontar la principal causa de la desigualdad sexo genérica estructural en el marco del capitalismo. Nuestro desafío será imaginarnos algunas, por ejemplo, de la mano de una propuesta del ingreso básico universal con perspectiva feminista de base, de la implementación de la ESI y la enseñanza de la función nutricia y de cuidados, del cuestionamiento a estereotipos vigentes y transversales a toda la sociedad.

Quinta dificultad de cuarentena, determinante en los ánimos colectivos: frente al recrudecimiento de las violencias machistas en el espacio doméstico, con cifras alarmantes en femicidios y transfemicidios, nos chocamos con la imposibilidad del encuentro vivencial, que es donde somos más efectivas. No sabemos ser sin calle, ronda, mate, juntada, movilización. Es hora de buscar formas colectivas de recrear ese encuentro sin que nos ponga en peligro, pero que enfrente la fragilización de los lazos que esta forma de aislamiento nos propone. Encontrarnos sin demasiadas ambiciones, para pensar juntas, puede hacer más llevadera la situación y a devolvernos una imagen menos deteriorada del nosotros social.

Por último, un saldo indeseado de este período es el probable crecimiento de la influencia de sectores antigénero en los territorios más castigados. Las políticas de asistencia directa que emergen como parches necesarios en momentos

de tanta necesidad y precariedad son el terreno fértil para el crecimiento de muchos de estos sectores vinculados a distintos credos, pero especialmente fuertes en el campo del pentecostalismo en América Latina. Esos grupos hoy están llegando a miles de casas y garantizando acceso a bienes básicos. Las organizaciones populares que construimos desde los feminismos populares también tenemos que priorizar esa tarea concreta, situada y urgente si queremos seguir conformando un horizonte de posibilidad para nuestras propuestas políticas de futuro.

Esta enumeración podría parecer muy negativa. Lo es. Entiendo que nuestro ejercicio como feministas, sobre todo quienes formamos parte de organizaciones e instituciones públicas, requiere asumir el desafío de época para, nuevamente, metamorfosearnos al compás de nuestro pueblo. Esa capacidad de adaptación y fluidez organizada es la base de nuestro optimismo, y desde ahí es que podemos proyectar futuros más amigables.

2) De cómo insiste la vida en comunidad

En mi adolescencia, cruzada por la crisis del 2001, su consiguiente ruptura de certezas, y el planteo de coordinadas novedosas, Fito Páez nuevamente le puso letra a muchos malestares y a la insistencia de la esperanza. Recuerdo una canción en la que describe eso que en el mundo es capaz de conmovernos y volverse faro, y nos dice que, aunque sepa que vendrán muchas tormentas “yo prefiero el mundo”. Hoy esa idea me contiene, incluso aunque hablemos de un mundo que no queríamos, pero que indudablemente extrañamos.

Hoy ejercitar una proyección de poscrisis es una tarea de quienes preferimos el mundo, y queremos ver otra humanidad pero nos aferramos a las mejores latencias de la nuestra. Es una operación que puede ayudarnos a recolocar objetivos y ordenar metas.

La pregunta por el futuro feminista ahora se convierte en

una pregunta por el futuro, sin más. Un repaso rápido por la historia indica que, en los períodos de cuestionamiento abierto por las crisis profundas de impacto civilizatorio, prolifera el pensamiento crítico y la radicalidad en la imaginación colectiva florece. También se recrudecen las perspectivas conservadoras y reaccionarias, porque es un momento de búsqueda de certezas y muchos las buscan mirando hacia atrás. En ese juego abierto, nos toca empujar para que lo que sobrevenga luego sea mejor que la vida que teníamos, que para algunos tal vez no estaba tan mal, pero para millones era una mierda.

Propongo que los feminismos populares asumamos que es momento de priorizar las políticas de cercanía para acompañar de cerca a quienes peor la están pasando. Es necesario practicar gestos de empatía, reconocimiento y retribución a quienes están cumpliendo tareas esenciales, incluida la militancia, y ponen el cuerpo en cada trinchera. No propongo hacerlo desde miradas sacrificiales, heroicas o excesivamente voluntaristas: simplemente desde la percepción de que hay muchas personas responsables y comprometidas que hoy nos están cuidando.

No es momento de forzar análisis feministas en lo discursivo, de forzar una mirada omnipotente y provocadora que cuestione todo. Es momento de cultivar la escucha, de ser muy respetuosas de los procesos. Hay mucho padecimiento social y nuestros discursos y mensajes tienen que apuntar a reconocer ese malestar, pero sobre todo a paliarlo. Es importante que lo que emitamos sean mensajes de calma y paciencia, más que de exigencia.

Es tiempo de ponderar la centralidad del Estado en el diseño de la vida en sociedad. Si queremos que la vida se ponga en el centro, que los cuidados se reconozcan y que las injusticias mermen, empecemos por reconocer que el Estado hoy es nuestra principal herramienta de apoyo, y que sus lineamientos seguirán abiertos a la disputa. Hoy el poder feminista es afán comunitario, incluyendo defensa de estatalidad, discu-

sión sobre economía e ingresos y proyección de políticas de cuidado y bienestar.

En todo ese marco, considero que nuestros feminismos hoy deben acercarse a los discursos de defensa de bienestar social. Sin perder su marca, pero no generando voz altisonante o denuncia soberbia, identidad por demarcación o desprecio por un otro. Es momento de capilarizar, compartiendo saberes construidos en tiempos de “normalidad” y acompañando procesos que son y serán difíciles. Democratizamos el acceso a recursos poniendo a disposición lo que ya aprendimos, cultivemos la capacidad de aprender cosas nuevas a partir de escuchar y sentirnos interpeladas. Es la mejor manera de hacer fructíferas nuestras intervenciones para que convivan en la heterogeneidad de las propuestas “de este lado del mundo”.

Para cerrar, quiero retomar lo que me dijo una compañera en una reunión virtual estos días: cuando se pone peor el asunto, más necesidad tenemos nosotras de poner el cuerpo donde se requiere. No sabemos hacer política de otra manera. Aprovechemos esa fortaleza y aportemos a que la mirada del feminismo popular sea parte de una esperanza de futuro que mejore la vida de las mayorías en este mundo y los que vendrán.

HAY UNA FRASE QUE INSISTE: SEIS TESIS SOBRE LA DEMOCRACIA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Diego Giller

*¿de esta fiesta mundial de la muerte,
de este terrible delirio que
abrasa a nuestro alrededor la noche lluviosa,
surgirá algún día el amor?*

Thomas Mann

Días de pandemia, cuarentena y confinamiento mundial. Y una frase que insiste. En un murmullo, en un aplauso o en el sonido de una cacerola, hay una frase que insiste. En la televisión, en la radio o en los diarios, hay una frase que insiste. Con mayores o menores variaciones, se escucha: “El coronavirus no distingue entre ricos y pobres. Ataca a todos por igual. Estamos ante un virus democrático que nos iguala ante la posibilidad de la muerte”. Hay una frase que insiste. ¿Pero qué esconde en esa obstinación?

Tesis 1.

La asimilación entre democracia e igualdad (ante la muerte) es un intento por horadar la democracia y, en el extremo, declararla un mal. En esa frase la democracia aparece como sinónimo de igualdad: la democracia sería aquello que nos hace iguales. ¿Pero iguales frente a qué? No ciertamente frente a las condiciones para acceder a las bondades que ofrece el mundo de las cosas, ni frente a la participación y deliberación en la esfera pública sobre los asuntos comunes, ni frente a la posibilidad de hacer y decir o, ya más radicalmente, frente

al derecho de propiedad. Por el contrario, allí la democracia nos iguala ante el fundamento último de la condición humana: la muerte. Sin distinción de clases sociales, géneros, etnias o nacionalidades, el virus acecha a todos y a todas por igual. Y por eso sería democrático. No hay que hacer demasiadas torsiones para advertir lo advertible: una idea que asocia igualdad y muerte es una idea negativa sobre la igualdad y, en consecuencia, es una idea negativa sobre la democracia definida como igualdad. El silogismo concluye de manera evidente: la mismísima democracia es un mal. ¿Acaso el maldito virus no podría hacer distingos y salvar a quienes hicieron las cosas bien, a quienes respetaron a Dios, a la familia y a la propiedad? ¿Acaso los ricos no podrían cambiar su reino por un caballo? No. Porque el virus nos iguala. Y por eso es democrático. Y por eso la democracia es una mala idea. Es la comunidad de los iguales, pero invertida en su valoración utópica.

Tesis 2.

La identificación mecánica entre democracia e igualdad es posible porque la palabra comunismo se ha vuelto impronunciable. Así como en los últimos cien años la democracia fue identificada con la idea de libertad, el comunismo lo fue con la idea de igualdad. Mientras existió el “socialismo real” nadie formuló una crítica contra la falta de igualdad, pero sí contra la falta de libertad. Esa crítica se acrecentó en los años setenta del siglo pasado y culminó con la caída del Muro de Berlín y la desintegración del bloque socialista. A partir de entonces alguien imaginó que llegaba el fin de la historia, que no era otra cosa que el triunfo de la sociedad de mercado y de la democracia como reino de la libertad por sobre el autoritarismo soviético. La palabra comunismo se convertía en palabrota, volviéndose impronunciable.

Hoy nadie diría que al instaurar una comunidad de los iguales (ante la muerte) el coronavirus es comunista, pero sí

que es, por lo mismo, democrático. ¿Por qué el desplazamiento desde el comunismo a la democracia para pensar la igualdad de manera negativa se produce en un momento de confinamiento mundial en el que muchos y muchas perciben una falta de libertad total y un sentimiento de control por parte de los Estados? La respuesta quizá la tenga el propio capitalismo en su faceta neoliberal, la cual es mucho menos un recetario de medidas económicas que una cultura. Para advertirlo, basta observar la segunda década de este siglo, la del retorno de los autoritarismos, la xenofobia y la insolidaridad bajo el artificio de una democracia utilizada contra sí misma. Lo que no calculó el anunció del fin de la historia es que la cultura neoliberal ya estaba escribiendo una postdata contra la democracia, que acaso encontró en la pandemia el decorado para pasar a una fase superior. Por eso comienzan a enunciar, aunque más no sea elíptica o inconscientemente, que ha llegado el tiempo de hacer con la democracia lo que se hizo con el comunismo: forcluirla.

Tesis 3.

Los tiempos pandémicos son tiempos de inversiones. Como en la célebre frase de Marx sobre la dialéctica hegeliana, estamos en un tiempo en el que las ideas aparecen dadas vuelta, puestas de cabeza. Primera inversión: el Fondo Monetario Internacional recomienda suspender las restricciones presupuestarias y aumentar el gasto público, especialmente en el área de salud y en el de ayuda a los sectores más vulnerables. Como eco del mismo coro, la segunda inversión: la oposición neoliberal argentina reclama mayor intervención estatal. Tercera inversión: ciertos sectores de la tradición nacional-popular celebran la puesta en práctica de lógicas punitivistas contra el potencial infectado que no cumple la cuarentena y, además, aplauden la ocupación de las calles por las fuerzas del orden. Cuarta: el desplazamiento del otro peligroso desde

el pobre, el negro y el “planero” hacia el “cheto”, el sujeto de clase acomodada que importó el virus desde el faro mismo de la civilización, desde el continente de unas Luces que hoy comienzan a ensombrecerse. Como efecto de la anterior inversión, la quinta: el rostro tapado deja de ser una marca de violencia, delincuencia, vagancia, piqueterismo y cercenamiento de la libertad de circulación para pasar a ser una herramienta de cuidado del otro. Sexta: el virus escapa del mundo virtual informático en el que estaba encerrado y ocupa las calles de una ciudad que ahora es un teatro vacío que danza a un ritmo posapocalíptico, mientras nosotros y nosotras somos confinados a su anterior morada, obligados a vivir en sociedad a través de una pantalla. Derivada de la anterior y de la frase que insiste, la séptima: ya no somos los hombres y las mujeres los sujetos democráticos, sino un virus microscópico. El atributo democrático le pertenece a él, que lo ejerce igualándonos ante la muerte. Octava: ya no se asocia democracia con libertad sino democracia con igualdad. Novena y última, la que niega a la anterior y es, por su potencia democrática, la que más nos interesa: el homuspandemicus, como graciosamente lo llamó Rafael Spregelburd, no ejerce la democracia desde las plazas y las calles sino desde las casas, desde el resguardo comunitario.

Tesis 4.

La democracia practica su propia inversión: la democracia de y en las casas, la democracia del resguardo comunitario. La palabra democracia, lo sabemos, es un significante polisémico y, por lo mismo, en disputa. Producto de ello, a lo largo de la historia moderna han surgido innumerables definiciones y modos de practicarla, desde la democracia burguesa, alguna vez definida por René Zavaleta como la clave de la plusvalía aplicada a la política hasta la democracia socialista, pasando por la democracia procedimentalista y electoralista, la democracia como un orden que conduce al pluralismo, la libertad y

el respeto de las diferencias, la democracia como un conjunto de instituciones que regulan el establecimiento de reglas de juego claras, la democracia participativista y popular o la democracia como conquista de derechos. A pesar de sus diferencias, en algunos casos insalvables, todas ellas comparten un rasgo que, hasta la pandemia del coronavirus, parecía irrenunciable: la vida democrática se ejerce en el espacio público. Como alguna vez pronunció Mirabeu, la democracia hace un asunto público de todo. He allí su mal, decía, pero también su rasgo distintivo.

¿Puede imaginarse una nueva forma de democracia que no se ejerza por y para el pueblo desde el espacio público? Los tiempos pandémicos parecen sugerir que sí, que es posible la emergencia de una imaginación democrática que invierta a todas las anteriores y permita pensarla y practicarla y fortalecerla desde las casas: es la democracia del resguardo comunitario. Se trata de una modalidad novedosa que se practica, paradójicamente, desde el aislamiento, desde el confinamiento social, y que, acaso, pueda terminar conjugando, al menos mientras dure la cuarentena, las ideas de participación con las de libertad y conquista de derechos. Después de Hegel, lo que se presenta como contradicción ya no debería intimidarnos: acá el aislamiento puede devenir en potencia social si lo que se persigue es el bien común a través de un ejercicio que es colectivo y no individual.

Tesis 5.

La posibilidad de la democracia del resguardo comunitario se dirime en la tensión entre la participación ciudadana desde las casas y el neoliberalismo cultural. La cuarentena debe navegar entre los oleajes plebeyos de la democracia participativa y de conquista de derechos y los bravíos mares de la meritocracia, la concepción tecnocrática de la política y ese rasgo de la argentinidad que alguna vez Guillermo O'Donnell

definió como el del “¿y a mí qué me importa?”.

Tesis 6. Como el ser lacaniano, la democracia es falta. No se materializa sólo en instituciones o en prácticas participativas, sino también, y sobre todo, en un hueco. La democracia progresa cuando descubre que ese hueco existe, cuando advierte que la fragilidad teórica es una condición, cuando asume que la incertidumbre de y sobre la vida es algo constitutivo. La democracia del resguardo comunitario acaso haya aparecido para recordarnos que, para conservar la vida, siempre hay que ceder algo.

¿LA DEMOCRACIA DE LO INEVITABLE? LA IZQUIERDA POPULAR FRENTE AL FETICHISMO DEL ENCIERRO BIOPOLÍTICO

Agustín Rodríguez Uría

¿Cómo es posible que la gente no se haya dado cuenta de la extraordinaria belleza que hay en ese acto... en el de quemar vivo a un hombre? Y por no creer en Dios ¿se da cuenta usted?, por no creer en Dios. Es necesario, compréndame, es absolutamente necesario que una religión sombría y enorme vuelva a inflamar el corazón de la humanidad.

Los sietes locos, Roberto Arlt

Walter Benjamin afirmó, en aquellos días de auge fascista, que la tradición de los oprimidos nos enseña que la catástrofe ha sido siempre la regla y por ello, si observamos retrospectivamente, la Historia no es más que un acumulado de ruinas sobre nuestros pies. Borges alguna vez también dijo, sobre algún pariente lejano, que “le tocaron, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir”. Pero no se trata aquí simplemente de discurrir sobre cierta opacidad constitutiva de la experiencia humana ni de la quizás insuperable dimensión trágica de la historia. Se trata de encontrar las especificidades de nuestro tiempo, de determinar responsabilidades y razones estructurales de nuestra tragedia para poder aventurar un fu-

turo diferente. Y nuestro tiempo es el tiempo del capitalismo deformado hasta su instancia neoliberal, su etapa histórica más voraz y destructiva, donde su lógica de reproducción expansiva ya no encuentra ningún tipo de límite ni punto de referencia externo. Es el tiempo de los niveles de desigualdad en la distribución de la riqueza más altos de la historia humana, la época en la que la vida de millones de personas es diariamente declarada como prescindible y en donde el medioambiente se ha expoliado a niveles de poner la propia sostenibilidad de la especie en juego; en definitiva, el tiempo donde la lógica mercantil ha colonizado todos los espacios de la vida colectiva y todo lo sólido se ha disuelto -ya definitivamente- en el aire. El neoliberalismo es el período cínico de un capitalismo que ya puede darse hasta el lujo de anunciar inocentemente la catástrofe por televisión y transmitir el apocalipsis por streaming. Ya es un cliché repetir aquello que un teórico marxista sugirió hace unas décadas, cuando afirmó que desde la caída del Muro se ha vuelto más sencillo imaginar el fin de la humanidad que el fin del capitalismo. En efecto, el imaginario social hace años viene coqueteando con las producciones culturales que anuncian las diferentes modalidades posibles del colapso. Los ejemplos distópicos son múltiples: Black Mirror, Years and Years, El cuento de la criada, Mad Max, etc. En algún sentido, este imaginario expresa el meollo de la llamada “Razón cínica” neoliberal: la insostenibilidad del sistema ya ni siquiera es un secreto que los poderosos deben encubrir. Como supo ver agudamente el filósofo esloveno Slavoj Žižek, ya no podemos entender la Ideología -el conjunto de creencias y prácticas que garantizan la reproducción del orden- en aquellos términos del marxismo tradicional, es decir, como “falsa conciencia”, como un velo que simplemente sería necesario correr para que la gente acceda a la verdad de los hechos. Ya no se trata de que “no lo sabemos, pero lo hacemos”, sino por el contrario, de que “ahora todos lo sabemos y, de todas formas, lo hacemos”. La ideología neoliberal es esa lógica mediante la cual la sociedad

entera ha sido lanzada aceleradamente a actuar como si nada supiera. Todos sabemos que todo va a colapsar, la distopía ya ha sido anunciada y, sin embargo, nadie puede hacer absolutamente nada para evitarlo. El capitalismo se ha estructurado como una maquinaria acéfala, abstracta, impersonal, ilimitada, sin marco nacional, que opera sólo reconociendo su propia lógica y sobre la cual parece imposible cualquier tipo de intervención humana en un sentido político. En estas condiciones, la democracia se ha convertido globalmente en una devaluada administración de lo inevitable, una mera gestión institucional de las grandes crisis -financieras, ambientales, biológicas- que azotan como un castigo divino la realidad social. Por supuesto, no queremos obviar que el virus ha llegado y seguramente ha hecho lo suyo. Sin embargo, las condiciones estructurales que han hecho posible el colapso inmediato de los sistemas sanitarios, la absoluta indefensión económica de porciones enormes de la población y la implosión geopolítica de estados sin ningún tipo de articulación regional, estaban dadas desde mucho antes que la pandemia. Y todo esto sin ni siquiera introducirnos en el debate sobre cómo las transferencias zoonóticas -es decir, el traslado de enfermedades de animales a humanos- que originaron las recurrentes epidemias de las últimas décadas podrían ser el resultado de las incursiones agroeconómicas expansivas del capitalismo sobre el ecosistema. En definitiva, las miles de muertes no tienen una explicación biológica.

Mientras escribo estas líneas, la catástrofe ya tiene pleno desarrollo en las potencias centrales y conserva perspectivas aún inciertas para las periferias mundiales. Numerosos intelectuales críticos, referentes de las diversas tradiciones de pensamiento emancipatorio contemporáneas, se han posicionado ante la novedad desatada por la pandemia. Se han generado así una suerte de dos posiciones enfrentadas, que nos interesa plantear y discutir, porque asumimos que sólo desde esta reflexividad conceptual es posible constituir la inteligibilidad de cualquier praxis militante. En primer lugar, tenemos

aquellos pensadores que conciben la pandemia como la excusa perfecta que el capitalismo ha encontrado para generalizar definitivamente el “estado de excepción” y la multiplicación hasta niveles inauditos de formas de control Biopolítico. Allí encontramos a Agamben, Byung-Chul Han, Berardi, Preciado y otros. Más allá de sus especificidades teóricas, nos interesa identificar un elemento político común a todos ellos: dado que el Estado, las diversas instancias representativas y la democracia misma son considerados mecanismos ya capturados por la lógica del Capital -lo cual solo tendería a acentuarse tras esta crisis-, la única práctica emancipatoria posible se define por una retirada respecto de las instituciones. Se apuesta, entonces, por la construcción de una especie de activismo militante puramente social, molecular, rizomático y ajeno a toda estructura macropolítica. En la vereda opuesta, visiones más optimistas han planteado que la irrupción pandémica podría sacudir sensibilidades y generar una reflexividad crítica sobre las características injustas de nuestra sociedad, desnudando la necesidad de un cambio radical. El anteriormente mencionado Zizek ha sido, sin dudas, quien comandó este enfoque, pero con la enorme limitación de que, en este caso, la transformación social se plantea en términos absolutos (la reinención de un nuevo tipo de Comunismo que entierre por completo las estructuras del presente), y sin ningún tipo de reflexión sobre cómo se podría construir un sujeto político capaz de llevar a cabo semejante transformación.

En ambas perspectivas, lo que se ignora son las enseñanzas teórico-políticas de la oleada de gobiernos de izquierda latinoamericanos que durante las primeras décadas del siglo XXI han demostrado ser los movimientos sociopolíticos más dinámicos y capaces de agrietar la hegemonía agobiante del capitalismo neoliberal. Los pensadores europeos se dan el lujo de resignar el Estado o los ideales democráticos porque escriben mirando una sociedad con las necesidades básicas satisfechas para la mayoría de la población, con instituciones diezmadas

pero operativas que aún ofrecen cierto nivel de orden para el desarrollo normal de la vida. Las periferias mundiales no podemos darnos ese lujo y frente a la barbarie neoliberal debemos articular una propuesta emancipatoria alternativa: la necesidad de reinventar globalmente la izquierda bajo el prisma de lo nacional y popular.

Lejos de la resignación estratégica que atraviesa a los pensadores europeos (ya sea bajo la forma de un nomadismo autogestivo o de un radicalismo inmovilista), la izquierda puede apostar -como sugiere el pensador argentino Jorge Alemán- por reinventar un proyecto de Soberanía Popular conducido desde el Estado que incluya un ensamblaje mixto entre movimientos sociales, organizaciones militantes e incluso las fuerzas armadas. Se trata, entonces, de apostar a la conformación de un nuevo bloque histórico, de pretensiones necesariamente globales, que construya la correlación de fuerzas necesaria para establecer un límite a la lógica depredadora del Capital y sea capaz de fundar un nuevo modo de planificación de la vida, en donde la preservación de lo Común -la educación, la salud y el medioambiente- opere como su pilar incuestionable. Frente a las lecturas fetichistas del encierro biopolítico, desde nuestras latitudes podemos ensayar la combinación creativa entre una biopolítica desde abajo -cuya potencia sea más democratizante que coercitiva, como señaló Panagiotis Sotiris- impulsada desde los propios movimientos sociales capaces de organizar los cuidados colectivos, y una macropolítica desde arriba con estados fuertes responsables de fijar los principios ordenadores de la vida colectiva. En ese camino debe reinventarse una Democracia con mayúsculas, que deje de gestionar lo inevitable para pasar a discutir lo que merece ser rescatado de la inercia a la desintegración neoliberal. Una Democracia entendida como el espacio donde se litiga por el derecho incondicional a una vida digna de todo ser humano en tanto ser humano. Quizás, solo quizás, allí radica la posibilidad más interesante abierta por la pandemia: la proliferación de ciertas sensibilida-

des sociales, solidarias y colaborativas, indispensables para recomponer una ética humanista que funcione como el cemento afectivo de nuevos proyectos políticos igualitaristas.

No debemos ser ingenuos, la salida de esta crisis puede ser un nuevo punto de relanzamiento de las potencias del sistema. El resultado puede, sin dudas, ser la profundización de formas de socialización aún más segregativas y el desarrollo de una moral de los cuidados que prescindiera completamente del otro -convertido en potencial amenaza permanente- lo cual no supondría ningún punto de quiebre con el capitalismo sino más bien la realización final de sus anhelos. También es probable que la pandemia que estamos atravesando sea sólo el prolegómeno de futuras crisis aún más profundas. La dimensión escatológica del neoliberalismo nos acecha. Es evidente que la tarea es gigantesca. Ya no se trata de discutir los modos de realización de la gran Utopía futura sino de acertar en los proyectos que eviten la consumación de la Distopía final. La pandemia ha expuesto la dramática fragilidad de nuestro mundo y la necesidad imperiosa de aplicar el siempre vigente freno de emergencia benjaminiano. Quizás esta sea la verdadera tarea histórica de una generación: permanecer, perseverar, insistir en la posibilidad de un porvenir igualitario.

PANDEMOCRACIA: UNA MIRADA AL CORONAVIRUS DESDE LAS EPISTEMOLOGÍAS DEL SUR

Antoni Aguiló

David Abril

Pandemia, democracia y demagogia son probablemente tres de las palabras que mejor definen el actual momento político, ecológico y social. Las tres se diferencian en su significado, pero comparten una raíz común: el demos, el pueblo. La pandemia es la enfermedad que afecta a todo el pueblo; la democracia, según Aristóteles¹ y las convenciones actuales, es el sistema de gobierno que mejor permite la participación de la ciudadanía en el poder; la demagogia, la degradación de la democracia para conseguir el poder con estrategias como el miedo, la mentira y la propaganda.

Las tres palabras se retroalimentan en este tiempo de incertidumbre, y del resultado de la tensión entre ellas saldremos más fuertes o más debilitados como demos. En la literatura y las ciencias sociales podemos encontrar pistas para tratar de explicar este tiempo extraño que nos ha tocado vivir: la aldea global de McLuhan, la sociedad del riesgo de Ulrich Beck, la biopolítica de Foucault, la comunidad inmunitaria de Roberto Esposito, el estado de excepción de Giorgio Agamben, la doctrina del shock de Naomi Klein, el “Gran Hermano” de Orwell, la ceguera epidémica de José Saramago, la necropolítica de Achille Mbembe... Podemos hacer confluír todos estos análisis para comprender qué está pasando y cómo se está gestionando, pero debemos admitir que no tenemos ni una sola certeza sobre cuáles serán los escenarios posteriores a la crisis del coronavirus ni en qué sentido se decantará la balanza. Nuestra historia no está determinada, porque el mundo

no es, sino que *está siendo*, parafraseando a Paulo Freire.²

De qué modo esta pandemia cambiará el curso de la historia está por ver. Lo único cierto es que tenemos una oportunidad global para repensarnos, para explorar escenarios de futuro y alentar un cambio civilizatorio emancipador. Aprovechemos esta oportunidad histórica para recordar, con Hélène Cixous, que “somos posibles. Cualquiera. Basta que no amurallemos los paréntesis en los que viven nuestros «por qué no»”.³

Agrietar la muralla que rodea esos paréntesis es el gran desafío ético y político de nuestro tiempo. En su reciente libro *Aprendizajes globales*, Boaventura de Sousa Santos sostiene que esa posibilidad adquiere la forma de un aprendizaje del Sur y con el Sur global, metáfora de los múltiples y heterogéneos segmentos territoriales y poblacionales que en términos económicos, geopolíticos y epistémicos ocupan una posición subalterna en el tablero mundial. Pero al mismo tiempo, el Sur también adquiere el significado de un espacio plural a partir del cual articular resistencias, reflexión crítica y alternativas políticas.

El sociólogo nos invita a realizar este proceso de aprendizaje de la mano de las epistemologías del Sur, un conjunto de prácticas cognitivas y metodológicas que buscan reconocer y legitimar el conocimiento nacido de las luchas populares, el conocimiento producido por quienes a lo largo de la historia vienen sufriendo sistemáticamente las injusticias, la opresión y la dominación causadas por el colonialismo, el capitalismo y el heteropatriarcado. Y aun así, resisten.

Esta labor de aprendizaje se basa en los tres principios que, de acuerdo con Santos, deben orientar las actuales luchas emancipatorias: descolonizar, desmercantilizar y despatriarcalizar. Pensamos, desde una perspectiva interseccional, que estos tres desafíos son imprescindibles para

provocar lo que denominamos una “pandemocracia” frente a la gestión neoliberal, autoritaria y eurocéntrica de la crisis. No hablamos de un ideal cerrado y totalizante, sino de un proyecto abierto y cosmopolita que convoca todas las experiencias posibles y disponibles de vida democrática y moviliza las energías del Sur global para crear potencia constituyente, para construir un mosaico de resistencias y alternativas a partir de un nosotros plural, complejo y diverso (el nosotros democrático) que más allá de cualquier frontera comparten el mundo. Una pandemia democrática global que, en palabras de Santos, enseña que “lo que es diverso no está desunido, lo que está unificado no es uniforme, lo que es igual no tiene que ser idéntico, lo que es diferente no tiene que ser injusto”.⁴ Una pandemocracia en la lógica de la consigna zapatista de “un mundo donde quepan muchos mundos”. En la democracia de Aristóteles no todos tenían el privilegio de ser ciudadanos para poder decidir; en la democracia actual decidimos a quién votamos, pero quienes toman las decisiones en nuestro nombre tienen cada vez más acotado el campo de decisión, por el desfase entre un poder financiero global e ilimitado y un poder del demos político, local y limitado. Aunque haya sido por las malas, el coronavirus nos interpela más que nunca como ciudadanos y ciudadanas globales, huérfanos, sin embargo, de una pandemocracia que priorice la vida, la soberanía popular y los cuidados.

A la luz de estas consideraciones, asumimos el reto de pensar la pandemia desde el Sur global como clave de lo que consideramos un proceso de desaprendizaje y reaprendizaje del pensamiento desde una perspectiva crítica y solidaria. Este nos sitúa frente a algunos desafíos que solo pueden superarse en común, democratizando la participación de los sujetos que hacen la historia.

4 “Las paradojas de nuestro tiempo y la plurinacionalidad”, en Acosta, A. y Martínez, E. (comps.), Plurinacionalidad. Democracia en la diversidad, Quito, Abya-Yala, págs. 59.-60.

Descolonizar la pandemia. La pandemia intensifica las contradicciones de un sistema capitalista que ya hace tiempo que requiere dosis crecientes de autoritarismo y demagogia para mantener su lógica explotadora y extractivista, en particular la contradicción entre capitalismo y vida. Aunque esta es anterior a la crisis del coronavirus, los diferentes modelos de gestión socioeconómica de la pandemia (entre dejar morir para salvar la economía o someterlo todo a la prioridad de salvar vidas) la han vuelto dramáticamente visible, sobre todo para las comunidades negras, asiáticas, indígenas y racializadas que ahora, ante la caracterización de Donald Trump de la COVID-19 como el “virus chino”, han experimentado reacciones racistas y xenóforas. Estas reacciones evocan recuerdos del ébola y del VIH, enfermedades que en su día también fueron asociadas a la naturaleza africana.

Desmercantilizar la pandemia. La desigualdad en el acceso a los sistemas de salud fue una de las principales preocupaciones de la socialdemocracia durante la segunda mitad del siglo XX. La actual crisis del coronavirus la ha convertido una vez más en uno de los temas cruciales. Años ininterrumpidos de recortes neoliberales han socavado los cimientos de los sistemas de salud pública. Como resultado, las posibilidades de acceso a una atención médica de calidad de los grupos sociales económicamente más vulnerables (personas con capacidades diversas, jubilados, trabajadores precarizados, migrantes irregulares, etc.) se han visto reducidas, si no son imposibles. Mientras, la guerra comercial por la adquisición de mascarillas y respiradores ha estallado y las grandes corporaciones farmacéuticas compiten por desarrollar tratamientos antivirales y vacunas. ¿Las pondrán a disposición del bien común de la humanidad o estarán sujetas al negocio de la especulación con patentes?

Despatriarcalizar la pandemia. La perspectiva de género en el análisis de los impactos de la pandemia revela que las

mujeres están en la vanguardia de la lucha contra el coronavirus y sus consecuencias, y que son ellas las que sufren mayor estrés y presión emocional, empezando por las profesionales sanitarias que en todo el mundo son en su mayoría mujeres y se exponen al virus día a día. Muchas han visto cómo su responsabilidad como trabajadoras domésticas no remuneradas ha aumentado enormemente; otras han perdido sus empleos (que ya eran objeto de desigualdad salarial) debido a la crisis; y muchas se ven obligadas a convivir durante el confinamiento con la violencia machista de sus parejas.

Es preciso atender al papel de los cuidados y a las posibilidades que abren. Abogamos por una lectura interseccional que no solo tenga en cuenta la dimensión económica del cuidado, sino también su dimensión epistémica (conocimientos generados por el cuidado), su dimensión ética (actitudes) y su dimensión social (prácticas de amor y respeto hacia la comunidad). En ese sentido, hacemos nuestras las palabras de Johanna Hedva, que a partir de su experiencia personal reflexiona sobre cómo se cruzan cuestiones como la salud, el género y la raza, poniendo en valor la dimensión revolucionaria de los cuidados: “La protesta más anticapitalista es cuidar a otros y cuidarse a uno mismo. [...] Tomarse en serio las vulnerabilidades, fragilidades y precariedades de cada uno, y apoyarlas, respetarlas y empoderarlas. Protegernos mutuamente. [...] Porque una vez que estemos todos enfermos y confinados en la cama, compartiendo nuestras historias de terapias y ayudas, formando grupos de apoyo, escuchando historias de trauma ajenas, priorizando el cuidado y el amor de nuestros enfermos, afligidos, queridos, sensibles y fantásticos cuerpos, y no quede nadie que pueda ir a trabajar, quizá entonces finalmente, el capitalismo se detendrá”.⁵

5 *Teoría de la mujer enferma*. Traducción nuestra a partir de la conferencia “My Body Is a Prison of Pain so I Want to Leave It Like a Mystic But I Also Love It & Want It to Matter Politically”, Los Ángeles, 7 de octubre de 2015, disponible en <http://sickwomanttheory.tumblr.com/>

Pocas certezas sobre un futuro bloqueado por estados de alarma que se suceden y superponen en el tiempo y las geografías. La única: que todo dependerá del pueblo, del *demos*. Y como decía el poeta catalán Miquel Martí i Pol: “El pueblo somos todos, el pueblo no es nadie. El pueblo es todo: el principio y el fin, el amor y el odio, la voz y el silencio, la vida y la muerte”.⁶

[post/138519901031/transcript-of-my-body-is-a-prison-of-pain-so-i](https://www.elpost.com/post/138519901031/transcript-of-my-body-is-a-prison-of-pain-so-i)(consulta: 10/4/2020).

6 L'arrel i l'escorça, Barcelona, Edicions del Mall, 1979, pág. 173. La traducción es nuestra.

INSISTENCIAS DEL FUTURO: HABITAR LA PANDEMIA DESDE UN ANÁLISIS FEMINISTA: ¿OTRA DEMOCRACIA ES POSIBLE?

Dahiana Belfiori
Barbara Corneli
Julia Exposito

*El cuerpo,
es nada más que todo.
(El alma es un cansancio
magnificado,
un escape superlativo
y radiante).*

(3-IX-56) Susana Thénon.

Estos días venimos escuchándonos una frase recurrente que si no fuera por el contexto la veríamos como un síntoma de época: “Estoy cansada de las pantallas”. Algo nos resuena: el cansancio. ¿Qué de ese cansancio sigue operando en el contexto de la pandemia? ¿Qué de ese cansancio pareciera saturarnos y olvidar su preexistencia? Nos preguntamos por las dimensiones de este cuerpo cansado. ¿Cuántas capas lo aíslan de otros cuerpos? Emociones, vísceras, carne, piel, ropa, barbijo (o tapaboca), guantes de latex, casa (si hay), transporte (con permiso), distancia (obligatoria), pantallas y sonidos que se cuelan por las paredes. Sin embargo, ¿cuán conocidos son estos espacios (cuerpo-cama-pantalla-casa-calle) en los que el presente nos aísla unxs de lxs otrxs?

Habitar la distopía no nos permite pensar y sentir el fu-

turo, o bien la posibilidad de la futuridad queda clausurada de los cuerpos en los presentes distópicos. Vivimos en ella, sólo en ella, no hay más normalidad (¿la hubo alguna vez?) a la que volver ni futuro feliz al que aspirar. La violencia del aislamiento se vuelve atmosférica y vibra entre las pieles que no pueden ser rozadas bajo sospecha de contagio. Violencia que, en contextos de cuarentena, se sostiene en la ilusión de la virtualidad compartida. Ilusión que nos aliena en un como si colectivamente estuviéramos atravesando este proceso, aunque nos confina a trabajos cada vez más aislados y nos distancia socialmente. Estalla entonces la demarcación precisa entre jornada laboral, tiempo de ocio y reproducción y las funde en un sin fin de temporalidades múltiples y complejas donde la (auto)explotación y (auto)control juegan un papel central en los modos disciplinarios actuales del trabajo de nuestras sociedades democráticas.

El aislamiento en lo doméstico no es una situación de excepción ni desconocida para las mujeres y feminizadas. Si hablamos de estructuras conocidas la que se manifiesta en lo “doméstico” es una cuya lógica de explotación y opresión venimos pensando y debatiendo desde los feminismos y sobre la cual hemos generado profundas discusiones y polémicas respuestas, tanto hacia adentro como hacia afuera. Las feministas hemos debatido y visibilizado largamente que el territorio privado e íntimo es en donde se reproduce la explotación del trabajo doméstico y de la violencia en las relaciones de opresión. El capitalismo no puede ser comprendido sin su carácter patriarcal y colonial, como tampoco la posibilidad misma del futuro y del futuro de la democracia -si fuera feminista-, podría pensarse si no pasara por las calles, las pantallas, las casas, y las camas.

En el ritmo crítico y voraz del neoliberalismo, venimos afirmando que la lógica acumulativa fordo-industrial que se basaba en una distinción evidente y violenta entre lo público

(masculinizado) y lo privado (feminizado), lo productivo y lo reproductivo, otorgándole valor/salario y razón a la primera, y amor/destino y emoción a la segunda se ha permeado cada vez más precarizando y flexibilizando nuestras vidas al globalizar los modos feminizados del trabajo poniendo en crisis a la sociedad salarial y del derecho tal como la conocíamos. Más allá de que la pandemia muestre signos disruptivos de los modos de nuestras vidas cotidianas, aquello que pone en primer plano y agudiza es un proceso que ya navegaba por los canales de la re-producción de valor de un capitalismo hegemónico por las finanzas. El teletrabajo, la informalidad, la precariedad, lo independiente y lo autogestivo, el subsidio y la deuda asumen la lógica molecular, individual, desindicalizada y desmovilizada que marcamos y discutimos las feministas respecto del trabajo doméstico y reproductivo.

En el contexto neoliberal de SARS-CoV-2 se acentúa y se generaliza aquello sobre lo que las feministas insistimos: la crisis actual y su posibilidad de transformación radica tanto en poder generar un diagnóstico profundo de los modos actuales de producción de valor, como en imaginar estrategias colectivas que trastocan los modos contemporáneos que asume el trabajo re-productivo (educación, salud, sexualidad, socialización, crianza, acompañamiento y cuidado de viejxs, niñxs, medio ambiente, etc.). Podemos hablar entonces de una feminización global del trabajo que en tiempo de coronavirus suspende y reduce salarios, aumenta subsidios a clases medias y populares, acrecienta deudas privadas y recorta derechos. Observamos además que los trabajos que siguen activos puertas afuera, continúan aplicando una lógica precaria, llevando a la acción la metáfora bélica con la que se convoca a enfrentar y/o evadir al virus en un orden cuya responsabilidad es repartida y apropiada en términos de una vigilancia omnipotente-violenta. La tarea del personal del área sanitaria en particular se desarrolla bajo un discurso que refiere al cuidado como parte de un

combate, cuya lógica bélica somete a la ambigüedad entre la sospecha y la cualidad heroica a las subjetividades de lxs médicxs y lxs enfermerxs que deben estar dispuestxs a arriesgar la propia salud al ponerse en contacto con lxs infectadxs, sin certeza de contar con los materiales de bioseguridad. Mientras que presiona a empleadxs de limpieza, administrativxs y demás empleos que garantizan la circulación de materiales, a que se sumen a la “trinchera” y que cumplan sus tareas sin el mismo reconocimiento salarial y social.

Es aquí donde observamos que la feminización de las condiciones de explotación no ha llevado a una feminización de los trabajos re-productivos, neologismo necesario para plasmar la disputa por los modos y las estructuras en que nos damos una definición social de los cuidados. Quedarse en casa, ese convite tan necesario para cuidarnos colectivamente como la “única vacuna” contra el presente viral, también viraliza la (re)producción social que sobreexplota los tiempos, los cuerpos, los trabajos. Afuera, quienes cumplen tareas “esenciales” y quienes sostienen el consumo de bienes “esenciales”, obligados a usar barbijos, atraviesan una ciudad que escenifica una “campaña militar” y de control afectando los modos de circular y las fronteras entre interior y exterior, entre provincias y ciudades, como también el comportamiento obediente de los cuerpos que se vigilan, se denuncian unos a otros y se vinculan de un modo cada vez más distante y ascético.

Cuando por fin salimos de casa masivamente al territorio internacional de nuestras luchas en un contacto prolífico y entreverado de cuerpos y saberes, la consigna es quedarse en casa. Sabemos que es necesario el distanciamiento social impuesto pero estamos advertidxs de que acentúa la desconfianza, la competencia, el punitivismo y la moral xenófoba y racista. Si el discurso social predominante de la solidaridad se ejerce de este modo, son los feminismos, los movimientos sociales y la creatividad docente, por citar algunos ejemplos,

quienes nos invitan a organizar de modo colectivo las lógicas de la reproducción social. Otro fin del mundo mejor es posible porque lo estamos haciendo aquí y ahora en esos micro estallidos de resistencia a los que no debemos subestimarle su capacidad de contagio por el poder insistente del susurro que las feministas supimos conseguir. Frente a la presencia excesiva de dispositivos que regulan nuestra circulación y comunicación, darle materialidad al cansancio de nuestros cuerpos encerrados, expandir el susurro de su queja, hacerla audible en las esferas de circulación cotidianas, puede habilitar una frontera habitable. Si el adentro es el afuera y está hecho de hostilidades y violencias conocidas, habitar en esas fronteras puede ser uno de los modos de “salir de casa”.

A diferencia de una imagen igualitaria y democrática del virus que nos afecta a todxs, lo urbano, lo fronterizo, la gestión bio-política de los cuerpos influyen de manera diferencial según raza, clase, género, nación, edad. Porque cuando nos dicen que el virus “no discrimina” se invisibiliza que el “riesgo” de contraerlo y la “vulnerabilidad” de contagiarnos no es la misma para todxs ni depende exclusivamente de prácticas individuales. Si el virus se mueve como el capital, transnacional y desterritorializado, lo hace también porque su gestión y su circulación está signada por las lógicas soberanas que organizan los modos de la vida y la muerte y la potestad de declarar la guerra. En este sentido, más allá de determinadas políticas concretas de cada gobierno para paliar o empeorar la situación, el Estado en el neoliberalismo asume la lógica empresarial flexible y el lugar de reproductor del modo de acumulación por desposesión de manera más explícita. Si el virus es entonces como el capital, los cuerpos se producen como la fuerza de trabajo obligados a migrar ahora hacia adentro, hacia casa, pero cargados de fronteras, muros, cárceles, muerte y desidia.

Si, como dijimos, la posibilidad misma del futuro y del

futuro de la democracia -si fuera feminista-, debería pensarse en las calles, pantallas, casas y camas, implica que no pretendamos volver simplemente a viejas recetas porque no hay vuelta atrás en la historia. Insistir en el futuro de una posible democracia es hacerlo desde una perspectiva que no pretenda abogar a un proceso unificador que vuelva a esconder la opresión, la desigualdad, el privilegio y la explotación social. Una que no pida seguridad y punitivismo. Sino otra -acaso ya no representativa, parlamentaria y presidencialista-, que no conocemos aún, que ensaye nuevas estrategias de resistencias de contagio emancipatorias que, a la vez que permitan poner en movimiento, expongan los actuales procesos antagónicos. Una que aprenda a mutar, como el virus, entendiendo que lo que importa son los senderos y derivas que asuman esas mutaciones. Frente al continuo rediseño de las vidas que merecen ser vividas, no queremos ningún permiso para liberar el deseo hacia el futuro, pero sí sostener una memoria -genealógica y feminista- que nos permita imaginar las vidas que queremos vivir. Fugarnos, devenir otrxs, porque si como dice nuestra querida Susy Shock, no queremos ser más esta humanidad, nos interpela otro modo humano y quizás pos-humano, que abra la posibilidad democrática de la disputa y la diferencia sin el velo totalizador y el imaginario bélico.

EL DILEMA ÉTICO DE LA DEMOCRACIA EN RED

Magdalena Chirom

Hoy los ciudadanos hiperconectados estamos aislados en todo el mundo y solo tenemos una forma de conectarnos, la cual está mediada por algoritmos ocultos y dueños multimillonarios. ¿Es posible nuestra democracia en una pandemia global?

Las ciencias sociales tardamos mucho en empezar a dimensionar los cambios en la sociedad y la constitución de los individuos a raíz de la masificación del uso de internet y las redes sociales. Hace unos años empezamos a preguntarnos sobre sus implicancias en la dinámica política y los procesos de polarización social. Recién empezamos a discutir legislación posible para protegernos de quienes tienen más datos nuestros que nuestra propia familia. En eso estábamos, cuando llegó una pandemia mundial y nos obligó a encerrarnos en nuestras casas, con un solo una forma de salir de ese aislamiento: internet y sus redes.

La democracia representativa moderna como la conocemos fue forjada para otro tipo de mundo, en donde los ciudadanos se comunicaban por cartas (luego teléfono), se informaban por los diarios y eran pocos los actores que tenían una voz de peso en la opinión pública. Pero sobre todo, un mundo en que la velocidad de la información y de la circulación de las demandas ciudadanas era menor. Hoy cuando un sector de la ciudadanía se siente inconforme puede manifestarlo en el instante, los cambios en la opinión pública son veloces, y los tiempos de reacción de la política deben ser más rápidos. Quisiera puntualizar sobre tres peligros asociados a la internet y las redes sociales que ponen en jaque las propias bases de la

democracia moderna y que creo que se profundizan en tanto nos vemos obligados a mantener el aislamiento social.

El primero consiste en las transformaciones que las redes sociales producen sobre los individuos y sus lazos sociales. La cantidad de información en las redes es imposible de procesar para cualquier humano y por eso usan un algoritmo, oculto y oscuro por cierto, que selecciona lo que veremos en nuestra pantalla. Como su objetivo es comercial, nos mostrará el contenido que le indiquemos (a partir de likes y otras interacciones) que nos interesa más para que nuestra experiencia sea placentera. Del mismo modo nos evitará lo que nos genere disonancias cognitivas o afectivas y por ende ganas de salir de la red. Esto produce filtros de burbuja, como los llama Eli Pariser (2011), en donde compartimos mundo con quienes tienen nuestros mismos valores morales y creencias. De esa manera no sólo olvidamos cómo procesar el disenso, sino que se profundiza más nuestra polarización. Imagínese una persona que durante los últimos diez años de su vida ha escuchado que tenía razón en todo y recibido cantidad infinita de información que la respalda, difícilmente pueda escuchar con atención una idea muy distinta, ¿no?. Actualmente casi todo el mundo occidental está viviendo procesos de escalada de polarización social y, si bien no podemos atribuirlo exclusivamente a las redes, definitivamente podemos encontrar en ellas una de sus causas. Es necesario aclarar que no todo en las redes es negativo y otros mecanismos pueden generar dinámicas de activismo social con una comunicación más horizontal y democrática. Sobre este punto volveré al final.

En segundo lugar, a esta población preactivada dividida en burbujas se le suma otro elemento más: quienes intervienen en la red de manera intencionada. Hablar de los actores que buscan influir en la formación de la opinión pública no es algo novedoso, pero tal vez sí lo sea analizar cuáles son los nuevos mecanismos que adoptan. Por un lado los medios de

comunicación tradicionales dejaron de ser un intermedio necesario para informarse. Por ejemplo, hoy cualquier político que quiera emitir su opinión puede hacerlo de manera directa con los usuarios mediante un simple tweet. Esto está lejos de quitarles jerarquía a los medios, pues siguen marcando agenda dado que sus redes tienen una autoridad destacada en el ámbito online. Sin embargo, eso no es suficiente para sobrevivir comercialmente y cada vez son menos quienes compran el diario o prenden la tele, por eso comienza la guerra por los clicks. Los medios empiezan a construir los titulares más amarillistas y alarmantes para atraer tráfico a sus portales y luego poder venderlo a otros que están dispuestos a pagar por esa aglomeración de tránsito en la web. Por otro lado, estos usuarios polarizados y con grados bajos de tolerancia ahora le exigen mayor afinidad ideológica a sus medios. W. Lance Bennett & Shanto Iyengar (2008) se preguntan incluso si no estamos volviendo a la era de los “efectos mínimos” dado que los medios de comunicación masivos toman la decisión racional de profundizar el sesgo político para aumentar sus ganancias: TN le habla a los opositores, C5N al oficialismo, y así.

Por último están los trolls y las noticias falsas, las famosas fake news, que intervienen con el objetivo de dañar a alguien o algo. Vale aclarar también aquí que la idea de mentir para manipular la opinión pública es tan vieja como la comunicación misma, la diferencia es que hoy su propagación es mucho más veloz. Las fake news son lanzadas sobre sujetos preactivados y polarizados lo cual genera una activación en cascada que las hace crecer en difusión (Calvo y Arguete 2020). Los trolls tienen una intención estratégica al buscar instalar agenda con trending topics y agredir a usuarios para que abandonen la red. Ambas herramientas serán mejor aprovechadas por quien posea el dinero suficiente para hacerlo a gran escala.

El tercer elemento que quiero destacar es la propiedad privada de los datos que circulan por internet. Nuestros dis-

positivos saben a qué hora entramos a trabajar, en dónde, qué hacemos los fines de semana, nos escuchan cuando charlamos con amigos, y probablemente sepan mejor que nosotros que queremos para el próximo cumpleaños. El rastro digital que dejamos nos vuelve transparentes para cualquiera que lo posea, pero solo se accede al mismo con dinero. Así, internet refuerza las desigualdades que ya existen en el ámbito offline brindándole una herramienta muy poderosa a quienes tengan los millones para gastar en procesamiento de datos y publicidad dirigida (sin contar el dinero invertido en un ejército de trolls o en la circulación de fakenews). Pero el problema principal no es que están en venta, sino que tienen dueños y para colmo cada vez son menos. Natalia Zauzo (2019) afirma que una de cada dos personas en todo el mundo está usando en este momento alguna herramienta del “Club de los 5”: Google, Amazon, Microsoft, Apple y Facebook. La autora cuenta que esto no fue siempre así, en 2007 el tráfico de internet se dividía en cientos de miles de sitios y en 2014 eran treinta y cinco empresas. Actualmente estos 5 tienen un poder inconmensurable sobre la sociedad en tanto conocen en profundidad cada encuentro, cada gusto, e intermedian las acciones y comunicaciones de los usuarios, lo cual pone en riesgo las bases de la democracia misma. Hace poco fue noticia como Google gratuitamente le entregó a primeros mandatarios de todo el mundo un informe de cumplimiento de la cuarentena muy exacto utilizando estos datos. Al día de hoy hay poca legislación, y en América Latina es prácticamente nula, que proteja a los usuarios no sólo de la manipulación de datos sino incluso de la tenencia indiscriminada de ellos. El límite a los monopolios no debe ser solo comercial, sino también moral. Debemos preguntarnos ¿Hasta cuánta información es moralmente aceptable que posea una sola compañía? ¿Quién regula lo que pueden hacer con ese poder? ¿El Estado debe tener derecho sobre esos datos? ¿Permitirían estas redes circular libremente contenido que las

perjudique a ellas o a sus dueños?

Hoy tenemos una democracia intervenida que se comunica mediante herramientas privadas y con reglas que desconoce. Enfrentaremos una de las crisis económicas más importantes de la historia, y cada vez parece más claro que habrá una confrontación social para ver quién la paga: quienes amasaron fortunas exorbitantes o la gente de a pie. La polarización se profundiza aún más en momentos de crisis y la salida puede ser una exacerbación de la miseria humana o una colectiva y comunitaria. De hecho, en el SXX luego de la crisis del 30 tuvimos la expansión del fascismo y también del comunismo. Tan sólo hagan el ejercicio de imaginar ese escenario en este enorme panóptico. ¿Cómo puede la ciudadanía dar la disputa sin una de sus herramientas más efectivas, la movilización popular? ¿podrá la democracia sobrevivir este terremoto?

Mi intención no es dar una respuesta negativa, sino alertar sobre situaciones que pocas veces nos cuestionamos. Creo que la respuesta siempre debe ser sí, que podemos incluso tener un mundo mejor luego de la pandemia, pero para eso deberemos elaborar nuevas tácticas. En primer lugar podemos crear estrategias colaborativas para fomentar el activismo digital para incidir en la dinámica política y social. Basta mirar a la generación de los centennialls con sus pañuelos verdes y preocupación medioambiental para comprender la contracara transformadora del mundo hiperconectado. A su vez, los contextos de crisis son permeables a propuestas novedosas que pueden crecer de forma horizontal. Quienes nos dedicamos a la comunicación y/o a la política tenemos que pensar más que nunca fuera de los moldes como dar esta pelea que se viene. Por otro lado, es fundamental legislar un límite moral y comercial a los dueños de los datos y su creciente concentración. Mientras tanto sería interesante también empezar con políticas de concientización en la sociedad civil sobre la protección de datos, igual que educación para seleccionar contenido y com-

batir la infodemia.

Ya no podemos mirar a un costado de las consecuencias negativas de la nueva era digital por las facilidades que nos brinda el avance tecnológico, como tampoco podemos posicionarnos de manera infantil contra los enormes beneficios que trajo internet y la comunicación en red. La pandemia nos ha puesto frente a lo que creo uno de los principales dilemas morales y éticos de la actualidad y es urgente resolverlo.

“A IGREJA É MUITA COISA!”: NEOPENTECOSTALISMO EM TEMPOS DE PANDEMIA

Delana Corazza
Angélica Tostes
Marco Fernandes

Em entrevista realizada no Encontro Nacional das Mulheres Sem Terra que aconteceu em março deste ano, antes da pandemia chegar à América Latina e nos colocar em quarentena, Adriana da Silva, militante do MST do Estado de Goiás e evangélica, disse “A igreja é muita coisa!”.

A fala da Adriana traduz o papel psicossocial que as Igrejas evangélicas têm cumprido cotidianamente em diversos países da América Latina, e com muita força no Brasil, onde os evangélicos já são quase um terço da população. A Igreja é muita coisa, quando não é tudo para um setor da classe trabalhadora abandonada pelo Estado que encontra refúgio nas igrejazinhas de garagem espalhadas aos milhares pelas periferias de nossas cidades. São essas igrejazinhas que têm dado respostas concretas, subjetivas e objetivas, para as demandas mais profundas da classe trabalhadora. Inúmeros relatos apontam os cultos como força poderosa de terapia popular - e também de acolhimento e cuidado. O acolhimento e o cuidado que todos nós, crentes ou não, buscamos ainda mais desesperadamente em tempos de coronavírus. No entanto, apesar de serem nessas pequenas igrejas que a maioria do nosso povo está, são os grandes templos e seus pastores midiáticos que têm desenhado no imaginário de grande parte da população quem o evangélico é. Nesse sentido, aquilo que aparece de forma hegemônica nos grandes meios de comunicação não dialoga necessariamente com as distintas realidades desse grupo tão heterogêneo.

Antes de pensarmos no fim do mundo que se avizinha, temos que dar um passo atrás e entender o fenômeno do

neopentecostalismo na América Latina apoiado no fundamentalismo religioso – aquilo que chamamos de leitura anistórica, acrítica e descontextualizada da Bíblia. Esse fundamentalismo que enxerga o outro como inimigo, como oposição, no qual a única possibilidade de salvação é a conversão.

O avanço das igrejas neopentecostais “coincide” com o avanço do neoliberalismo da década de 90 e podemos compreender esse paralelo tanto pelo papel psicossocial na vida cotidiana dos trabalhadores empobrecidos, quanto como um projeto de poder que enxergava a Teologia da Libertação como uma ameaça significativa às demandas neoliberais – o inimigo a ser aniquilado. Diversas igrejas neopentecostais receberam aportes financeiros e midiáticos de governos estadunidenses para sua consolidação na América Latina como ação concreta contra a Teologia da Libertação. Lideranças estadunidenses precisavam consolidar um novo modelo de ação cultural que destruísse qualquer ameaça à sua hegemonia; em 1980 a CIA realizou na cidade de Santa Fé, Novo México, reuniões para elaborar estratégias de ação dos governos para a manutenção do seu domínio em nosso continente, suas conclusões estão no “Documentos de Santa Fé” que afirmam a necessidade de educar o povo contra as visões transformadoras que estavam em curso. Mas o quê de novo a teologia neopentecostal irá trazer?

É necessário afirmar que a Teologia da Libertação inaugura uma nova visão dentro do cristianismo, em que a felicidade é possível não somente após a morte, no “reino dos céus”, mas também durante a vida na terra. Esse corte teológico radical vê na luta por justiça social e na construção do socialismo, a possibilidade real e concreta de sermos felizes. É com a classe trabalhadora, na construção cotidiana contra o capitalismo, que essa felicidade poderá se edificar. Esse mesmo corte teológico é absorvido pelos neopentecostais que passam a enxergar a possibilidade de felicidade “no mundo”, sem a necessidade de esperar a morte para encontrar o paraíso. A fundamental diferença é que este corte pode ser traduzido do ponto de vista

apenas individual. A felicidade existe, é concreta e pode ser construída nesta vida, mas a interpretação no momento histórico vivido que serve para um projeto de poder nos moldes neoliberais é aquele que enxerga no indivíduo o único responsável pela sua vida na terra; sendo assim, a dedicação à igreja e aos valores cristãos, apoiados em uma leitura fundamentalista da Bíblia, e o esforço individual passam a ser determinantes para essa felicidade. Nesse contexto, ser próspero financeiramente, enriquecer, ser saudável e vitorioso na terra é interpretado como uma prova de fé. A visão neopentecostal de felicidade está afinada com o “espírito do tempo” que vê no consumismo a receita para essa felicidade. Essa nova visão – nomeada de Teologia da Prosperidade, ainda que dentro de um mesmo corte teológico, passa a ser fundamental para um projeto de manutenção de desigualdades e privilégios no qual se sonha somente no singular.

Do ponto de vista hegemônico, a possibilidade de poder e enriquecimento dentro das igrejas é, portanto, legitimada por essa “nova” Teologia que segue fomentando ambições políticas e econômicas de muitas lideranças religiosas, afinadas com ideias conservadoras, que enriquecem graças às doações de seus fiéis e aos negócios que puderam abrir com o capital acumulado, adquirindo também algum poder político.

Durante a pandemia, esse fundamentalismo religioso apoiado na Teologia da Prosperidade se esbofeteou com a realidade e diversas contradições dessa leitura da Bíblia se evidenciaram. Vamos aos fatos:

No Brasil foram proibidos os cultos presenciais durante a pandemia. O atual presidente do nosso país, em meio ao desespero que vivemos, tem mostrado de forma descarada para diversos setores da sociedade seu absoluto despreparo para governar - chegando à inacreditável atitude de, em rede nacional, chamar a pandemia de “gripezinha”, “resfriadinho” - afastando importantes aliados, inclusive no campo evangélico – que mesmo não rompendo com o apoio, se pronunciaram

a favor da quarentena, realizando apenas cultos virtuais. Boa parte dos pastores midiáticos manteve o bom senso e não aderiu à cruzada negacionista de seu líder. Mesmo assim, alguns insistiram em suas performances falaciosas incentivando os cultos presenciais, gritando que a culpa do vírus era de Satanás e que a fé conteria o vírus. Para esses, o fundamentalismo cristão esbarrou em limites objetivos: o vírus não faz distinção de religião, o risco de contágio é alto e a justiça brasileira, ao proibir os cultos, agiu para evitar uma tragédia ainda maior. Agora, para os que mantiveram o bom senso, se uma vida próspera e saudável é uma prova de fé, se os escritos bíblicos são o que de mais sagrado – mais do que Deus! – os neopentecostais pregaram, como lidar com a contradição de crer na cura pela fé e se manterem isolados em casa? A fé não é, sozinha, capaz de aniquilar o mal?

A fé não imuniza: uma esperança em meio ao caos

É difícil prever a ação do coronavírus na realidade latino-americana, em especial a brasileira, onde não se pode escolher entre ir ou ficar. Em um país onde o acesso ao saneamento básico e água potável ainda é um privilégio, a vulnerabilidade das periferias e favelas se entrelaça com a falta de serviços por parte do Estado. A exclusão compulsória dos direitos à moradia e saneamento torna ainda mais preocupante a pandemia em nosso território.

A necessidade genuína de acolhimento, os absurdos profanados por parte dos líderes religiosos apoiados pela leitura fundamentalista da Bíblia e a falta de respaldo econômico para as vidas marcadas pela informalidade e insegurança desenharam um futuro devastador para nossa classe. No entanto, as contradições evidenciadas nas leituras fundamentalistas contra o vírus trouxeram à tona o limite que essa visão pode chegar. O fim do mundo pode ser outro.

Nesse cenário, a pergunta que nos cabe responder de imediato é: o que fazer?

Não é mais possível ignorar 30% da população brasileira,

em especial as mulheres negras e periféricas, tão fortemente presentes nas igrejas evangélicas. Dentro da impensável realidade que estamos vivendo, podemos escolher alguns caminhos para nossas ações assim que o fim do mundo acabar e, ao contrário do que os fundamentalistas pregam, continuarmos vivendo por aqui.

As potencialidades residem nas brechas e fissuras, transgredindo e recriando novas narrativas. Muitas pastoras/es, teólogos/os e militantes religiosas/os têm feito esse trabalho, embora ainda de maneira marginal, recontando a fé a partir de ideais de libertação das opressões. Algumas igrejas têm disputado a narrativa contra o fundamentalismo, compreendendo a espiritualidade e a ciência não como antagônicas. Inclusive, algumas delas, antes mesmo da proibição dos cultos presenciais já colocaram seus templos a serviço das necessidades da população. Portanto, não podemos consolidar a imagem de que todo cristão evangélico é fundamentalista, conservador e alienado, pois fortalecemos um projeto de poder que se utiliza dessas características e perdemos boa parte de nossa classe para este projeto, aniquilando o diálogo. “A igreja é muita coisa”, nos alertou Adriana, e as pessoas que a frequentam também são. É com a classe trabalhadora que encontraremos respostas, é na sua vida cotidiana e nos buracos de equivocadas interpretações da realidade que consolidaremos as ações para a justiça social que tanto almejamos.

As verdades seguem nesse momento se construindo – o Estado se mostra como fundamental para combater a pandemia e os setores privados escancaram suas limitações. Se estamos todos vulneráveis a esse vírus mortal – do ponto de vista econômico e daquilo que cegamente se crê – as mensagens neoliberais e fundamentalistas se tornam gigantes com pés de barro!

Mas um outro fim de mundo não se constrói sem luta.

Coloca-se, portanto, como imprescindível dialogar com a nossa classe, que está imersa nessa realidade, seja como

militante, seja como crente, compreendendo o fenômeno em sua miudeza, em sua subjetividade além das questões estruturais que o compõe, para construirmos de forma concreta este outro fim de mundo. Provavelmente, ao fim da pandemia, com o aprofundamento da crise e complicações referentes à saúde mental dos trabalhadores, as igrejas evangélicas sejam mais uma vez o refúgio de nossa classe e haja um aumento de sua procura. Parece-nos fundamental colocar em evidência as contradições entre os discursos falaciosos profanados já há décadas e suas práticas de extermínio a curto, médio e longo prazo e a necessidade real de nosso povo – escancarados como nunca pela pandemia em curso. No entanto, apesar de tudo ficar mais evidente nessa conjuntura, os mecanismos ideológicos dificultam que isso seja apreendido pelos trabalhadores. Levantarmos a bandeira contra a leitura fundamentalista da Bíblia e estarmos com força nas periferias para compormos novos olhares sobre a realidade, nos aparece como um caminho possível e necessário nesse momento. É tarefa do nosso campo popular cumprir uma agenda estratégica de formação e luta que escancare mais ainda as contradições, mas que também proporcione acolhimento e cuidado que tanto necessitamos. Que estejamos prontos, em marcha, para disputarmos cotidianamente as narrativas em curso a fim de construirmos uma sociedade radicalmente solidária, onde os sonhos sejam, mais do que nunca, construídos no plural.

CORRIGIENDO DESIGUALDADES EN LA POLÍTICA GLOBAL: LA DISPUTA POR EL PODER HEGEMÓNICO Y LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO

Guido D'Angelo

Estados Unidos es hoy el país con más casos confirmados de COVID-19 y se encamina a ser el de mayor cantidad de muertes. La competencia feroz en el interior del gobierno y entre los gobernadores de los Estados, combinada con medidas no coordinadas, colaboran para prolongar el grave colapso sanitario que se vive en el autodenominado líder del mundo libre.

Mientras tanto, la República Popular China parece haber logrado detener la expansión del virus y progresivamente retorna a su normalidad. Años de un sostenido proceso de crecimiento económico muestran la eficacia de la planificación del desarrollo chino y de su política de inserción internacional, cada vez más expandida. De hecho, algunas mediciones muestran que en el pasado reciente la economía china ha superado en tamaño a la estadounidense¹.

Décadas de una tasa de crecimiento económico chino superior a la estadounidense ya habían puesto en duda la estabilidad del sistema de poder global. La crisis generada por la rápida difusión de este virus renueva y le da más fuerza a la duda ¿Se está dando verdaderamente un cambio de hegemonía en la geopolítica mundial?

Hace pocos días, un editorial del Washington Post alertaba sobre la posibilidad del declive del liderazgo de Estados Unidos, derivado de su falta de cooperación en las instituciones internacionales y con los gobiernos aliados. No hay conspiraciones ni debilitamientos generados, se afirma que el daño

diplomático es infringido por la propia política norteamericana. El editorial llega a alertar sobre un posible “momento Suez” para los Estados Unidos, en referencia a la crisis del canal de Suez en 1956, que marcó el fin de Gran Bretaña como actor hegemónico global².

Pero, aun si existiese ese momento Suez, no está tan cerca como parece. Ya en los inicios del siglo XX la productividad industrial estadounidense era mayor que la británica, y hacía tiempo que no se hablaba del “taller del mundo”. Además, si bien en las dos Guerras Mundiales Gran Bretaña había resultado victoriosa, ambas contribuyeron sin duda a debilitar el papel global del Imperio británico frente a los estadounidenses, quienes jamás fueron afectados en su territorio por las contiendas globales. La crisis del canal de Suez fue entonces la frutilla de la torta, o la gota que rebalsó el vaso.

Si se aprecia la brecha de crecimiento económico entre Estados Unidos y la República Popular China, se ve con claridad un cambio rotundo desde 1978, año a partir del cual se observa el ininterrumpido crecimiento chino hasta nuestros días. El ascenso al poder en China de Deng Xiaoping en ese mismo año puso en marcha una serie de reformas que posibilitaron altos niveles de crecimiento. Su concepción puede resumirse en una frase “No importa que el gato sea blanco o negro; mientras pueda cazar ratones, es un buen gato”, dando a entender que el gobierno del Partido Comunista de China no sería incompatible con determinadas dinámicas del capitalismo global, restándole importancia al régimen político en la discusión económica.

En paralelo a las reformas chinas, los gobiernos de Estados Unidos y gran parte de Europa comienzan a abrazar la concepción económica monetarista, con Milton Friedman como su máximo exponente. La nueva visión dominante del

conflicto político puede verse con claridad en los escritos de Friedrich Hayek. Este nuevo relato será individualista y ultraliberal, dando sustento a la reducción de la participación en la economía de los Estados nacionales. La emergencia de esta nueva concepción no sólo derivará en menores tasas de crecimiento económico, sino también en un incremento exponencial de la desigualdad de ingresos.

Ante la desregulación, la tasa de rendimiento del capital ha superado sostenidamente y por décadas a la tasa de crecimiento de la producción y el ingreso, generando desigualdades económicas que, como bien advierte Thomas Piketty, complican la legitimidad de los sistemas políticos³.

Sin embargo, la desigualdad de rentas no parece ser un factor muy distinto entre las economías china y estadounidense. Mientras el 10% de la población china más rica dispone de algo más del 40% de la renta, en Estados Unidos es poco más del 45%. Al mismo tiempo, el 50% más pobre dispone en ambos países del 15% de la renta aproximadamente. Los últimos 40 años de políticas económicas han profundizado las brechas de ingresos que en la actualidad existen en el interior de estas dos potencias⁴.

La diferencia en el desarrollo económico puede encontrarse entonces en la propiedad pública: mientras en la República Popular China el Estado dispone de alrededor del 30% del capital nacional, en Estados Unidos hoy la riqueza neta estatal es negativa. Es decir, si el país americano quisiera cancelar toda su deuda pública con todos sus activos públicos, hoy no podría hacerlo, incluso a costa de quedarse sin activos. La llamada globalización financiera ha debilitado el poder del Estado norteamericano, generando un enorme monto de deuda

3 Piketty, Thomas - El capital en el siglo XXI. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. 2014, pp 41-43.

4 Piketty, Thomas - Capital e Ideología. Paidós, Buenos Aires. 2019, pp 739.

pública, gran parte de la cual se encuentra en manos chinas.

Otra diferencia fundamental del modelo chino se expresa en la estructura de la propiedad empresarial. Así, mientras el Estado chino posee aproximadamente el 55% del capital de las empresas del país, los ciudadanos chinos disponen del 33%. Sólo el 12% restante se encuentra en propiedad de extranjeros⁵.

Las características de la estructura de la propiedad no son sino el reflejo de un proyecto político ambicioso y global por parte del Partido Comunista de China, contra el proyecto político estadounidense, cada más más cooptado por intereses privados, en muchos casos contradictorios con los intereses nacionales. Que la economía china será mayor que la estadounidense es el escenario más probable. Sin embargo, otros elementos ponen en duda el cambio de hegemonía global tan anunciado. Sólo en el plano militar, la superioridad presupuestaria, naval, aérea y nuclear de Estados Unidos sigue siendo enorme e indiscutible⁶. Es precipitado afirmar que está llegando el “momento Suez” de ese país, si es que llega, pero de lo que no caben dudas es que tomará tiempo establecer una nueva hegemonía unipolar global.

Mientras tanto, el posible escenario de multipolaridad y un poder global más equilibrado puede dar lugar a un mundo en donde se regule con más equidad el problema económico. El conflicto entre las potencias globales puede permitir un mayor margen de acción a países periféricos en el orden global, lejos de la legitimidad absoluta con la que buscó coronarse al fin de la historia y al choque de civilizaciones.

Propuestas consideradas hasta no hace mucho radicales

5 Op. Cit. Pp. 728.

6 Al respecto puede consultarse las interesantes infografías de la BBC - 8 gráficos que comparan el poderío militar de Estados Unidos y China. 16 de marzo de 2017.

e insólitas, como impuestos progresivos sobre los patrimonios, toman más fuerza en el contexto de incertidumbre que está viviendo todo el planeta. Quizá ha llegado la hora en que el socialismo se haga indispensable. Pero no cualquier socialismo, sino el socialismo que vislumbró Zygmunt Bauman como “un arma apuntada hacia las injusticias de la sociedad”. La pregunta es entonces, si el socialismo chino podrá cumplir ese rol. Lo veremos en breve.

Bibliografía

Banco Mundial. (2019). Indicadores - Base de datos del Banco Mundial. Recuperado el 13 de Abril de 2020, de <https://data.worldbank.org/indicador/NY.GDP.MKTP.PP.CD?locations=CN-US>

BBC. (16 de Marzo de 2017). 8 gráficos que comparan el poderío militar de Estados Unidos y China. Recuperado el 13 de Abril de 2020, de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-39274331>

Piketty, T. (2014). El capital en el siglo XXI. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Piketty, T. (2019). Capital e Ideología. Buenos Aires: Paidós.

Schuster, M. (15 de Enero de 2017). Zygmunt Bauman, por una izquierda humanista. Recuperado el 13 de Abril de 2020, de La Nación: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/zygmunt-bauman-por-una-izquierda-humanista-nid1975284>

Washington Post Editorial Board. (23 de Marzo de 2020). The coronavirus pandemic may mark a decline in U.S. leadership. Recuperado el 13 de Abril de 2020, de https://www.washingtonpost.com/opinions/global-opinions/the-coronavirus-pandemic-may-mark-a-decline-in-us-leadership/2020/03/23/76d1fe8c-6d28-11ea-b148-e4ce3fbd85b5_story.html

SENSEI COVID

Vanina Escales

*If the end of the world was near...
If there was five more minutes of air
Would you...
stand here and spend them with me?
If we had five more minutes
Would I
Could I
Make you happy?*

Escuchado a Billy Eilish

Sensei Covid es el maestro de la revelación a través del silencio. Ilumina zonas de la existencia construidas a la sombra de opresiones más o menos explícitas y naturalizadas con indolencia. A diferencia de pandemias anteriores Sensei Covid se expande en forma de muerte y preguntas.

¿Es el capitalismo lo mejor que podemos hacer? ¿Cuánto queremos saber sobre cómo se sostiene? ¿Puede haber población sin ingresos? ¿Por qué hay sectores sin derechos laborales, a la salud, a la vivienda? ¿Cuándo fue acordado? ¿Cuánta responsabilidad sobre las últimas pandemias tiene la producción industrial de alimentos? ¿Cuánto tiene que ver con la crisis del medio ambiente? ¿Qué sentido social tiene el ser con otre? ¿Cómo recuperar formas de vida comunitaria? ¿Cuánto sirve al capital la división sexual del trabajo? ¿Cuánta contaminación es tolerable, cuánta extinción? Los ingresos del 20% más rico de la Argentina equivale al 50% de los ingresos totales, ¿vamos a trabajar para recuperar la economía con esa misma ecuación? Lo que se hace visible es la desigualdad distributiva, pero lo que no deja dormir es constatar que la vida

en este sistema es inviable, la nuestra, la de otras especies animales y vegetales, llevadas al borde del colapso.

Escribo ahora, cuando todavía no murió nadie que conozca, con la certeza de que más de les que quisiéramos vamos a pasar por esa vivencia y que cualquier reconstrucción desde las ruinas tiene que dar espacio al duelo colectivo y no olvidar las preguntas que nos hacemos hoy, cuando la tristeza y la estupefacción no terminaron de instalarse. Las generaciones vivas no tenemos experiencias similares ni por tanto memorias que nos ayuden a actuar en una dirección más o menos precisa. Avanzamos a tientas, por un laberinto, en una noche sin luna.

La buena noticia es que si buena parte de lo que hizo que esta crisis sea más grave se revela como inconducente, podemos instalar las bases de un nuevo acuerdo político y social, con mayor distribución imaginativa para alcanzar cuotas de buen vivir y dignidad. Sensei Covid destapó la olla de amplios sectores sociales sin derechos laborales, que viven al día, con deudas que crecen, a quienes sus patronxs someten a la arbitrariedad -alguien ya dijo ingreso universal-; sin derecho a la vivienda, que viven a la intemperie o en lugares precarios o con alquileres abusivos que hoy no pueden pagar. El aislamiento es un privilegio.

La inmediatez ruidosa de las noticias se agolpa para borrar de nuestro espectro la densidad del tiempo. Esa voracidad es parte del consumo, tal vez nuestra primera identidad. Parecen lejanos los incendios del Amazonas con el fin de ganar tierras para el cultivo industrial y alimentar animales para el matadero. Parecen lejanos los incendios en Australia y la pérdida de diversidad. Parece lejano El corazón de las tinieblas, pero está cerca, a mano, en nuestros teléfonos y conectividad, en el coltán extraído con violencia. El consumismo, parte es-

tructural del capitalismo, del neoliberalismo, necesita fuertes dosis de complicidad. Luzco mi complicidad en mi remera comprada en una tienda global, fabricada en uno de los llamados países del tercer mundo, por maquilas. Parecen lejanos los alimentos con veneno que como hoy.

El colonialismo neoliberal tiene una vigencia tan abrumadora que no hay rincón en el globo que no sea leído en términos de mercancía. Hace un siglo y medio un filósofo americano ya había adivinado el rumbo desastroso de todo esto. La crisis del coronavirus es una crisis especista del neoliberalismo: las granjas y criaderos industriales, los mataderos, la necroindustria de la alimentación y las enfermedades infecciosas que salen de esos mercados (la gripe aviar, la gripe porcina, el coronavirus), las masacres posteriores de miles de animales no humanos enfermos. Nuestro estilo de vida está sostenido en la explotación animal y el extractivismo en los países “en vías de desarrollo”. La agricultura familiar es hoy una de las formas de soberanía radical.

Sensei Covid enseña que el virus somos nosotres, o el capitalismo, o nosotres con el capitalismo. Y el capitalismo atrapa cualquier gesto de libertad y lo tritura o lo captura. Y sabemos que el 1% de la población mundial es “dueña” de la mitad del mundo, de sus bancos, de las empresas de producción industrial de alimentos, de la tierra. Esa ficción, que sostenemos voluntariamente, no deja de ser un acuerdo coyuntural, histórico y que necesita ser reescrito. Porque no tenemos solo un problema de distribución de la riqueza (aunque en este momento ese 1% nos esté diciendo “coman pasteles”), sino de cómo esa riqueza se genera, a costo de quiénes y para qué. Si fuéramos Edmund, el niño de Alemania año cero, ¿querríamos construir la misma ciudad que fue arrasada? Realmente seríamos zombies alienados si trabajamos después de la pandemia para restituir el orden mundial que nos trajo acá.

El virus circula y se desplaza como el mercado de consumo, como viajan los objetos que no necesitamos, como el dinero en bits de la especulación financiera. El virus viaja como el turismo, ese neo derecho del excedente que contamina todo a su paso. Al contrario del espíritu individualista que consume mundo, el creador del concepto de ciudadanía mundial nunca salió de su ciudad. Nuestra propia extinción es posible, pero sería deseable terminar de una vez con el capitalismo que nos mata antes.

No es cierto que este virus no es político: no es otra cosa, amigos. Tiene sentido pensar la Argentina, sí, cuidar nuestra aldea, pero como nunca antes las fronteras muestran su peso ficcional. El César de un antiguo imperio dice en una obra de teatro: el mal que hacen los hombres les sobrevive. La dependencia fundamental de unos con otros -en el reino de los vivos- como condición para la vida está en la base de la comunidad global. Pero esa dependencia no es solo con nuestros coetáneos, la dependencia humana también se traza en el porvenir; así de extensa es la trama. Solo en la interiorización de una subjetividad capitalista podemos imaginarnos aislados individuos independientes y comernos la película de que somos libres.

La política es una forma instituyente de nuevas libertades, de nuevas formas del ser con otro, donde los derechos no sean bienes escasos sino invenciones comunes. De este lío grave como una tragedia podríamos salir con nuevas preguntas para nuevas realidades, con un programa político que tome como brújula los derechos humanos y se pregunte si el norte en realidad no fue siempre el sur.

**Escrito luego de conversaciones con Luciano Bonati Griffiths y lecturas de Donna Haraway, Norbert Elias, Judith Butler, Henry David Thoreau, Giorgio Colli, Hakim Bey y Virgilio.*

PREÁMBULO AL CUERPO DEL QUE SE TRATA

*Mariana Garfinkel
Constanza Torrado*

Un sueño a las cinco de la mañana que precede la escritura.

La imagen: las manos de mi pequeña hija entrelazadas, jugando a que amasa. Entre sus dedos no hay nada.

El texto: “Se amasan desde tiempos inmemoriales los cuidados” (una voz sin sujeto)

No es un sueño de días dorados lo que vuelve inspirador un momento de irrupción.

Es un sesgo, un atisbo, un parpadeo, un tambalear de las formas y el sentido. Es detalle, es minúsculo, impar y errante.

Es un relámpago, y no promete nada.

Lo que vuelve inspirador un momento de irrupción es la nota anonadada que se escucha y no. Es un temblor que no da miedo sino vértigo, es la poesía intermitente.

Inspira una irrupción que suspende el habitado marco y abre ventanas que miran hacia adentro.

Irrumpe una inspiración que porta un aire ni nuevo ni viejo, más bien habilitante de la suspensión.

Se suspenden las promesas y las clases, se suspenden los flujos y trayectos, se suspende el sentido, más no los sentidos.

Un canal se vela y desvela.

Un lecho se dispone y allí va, y allí no va, y allí va lo sensible

sinsentido.

La irrupción no es una fiesta, no admite teorías ni razones, no tiene linealidad ni continuidad, no suma ni multiplica. La operación en juego no se deja leer si al mismo tiempo irrumpe.

Y no hay virtualidad que sea suficiente. Y no hay cuerpo que sea suficiente a la virtualidad.

Es en el cuerpo. Ahí sí se concentra y se disipa un saber, ahí en la experiencia sensible, que es de sueño y olvido.

Ahí sí, en el cuerpo, habita el tiempo y el espacio de la irrupción.

Cuerpo de letras, cuerpo asimétrico, cuerpo incompleto, cuerpo humano. Cuerpo con sombras y con fantasmas, cuerpo doliente que ama, cuerpo de borde y de silueta, ahí sí es ubicable el campo de la irrupción.

Cuerpo sin antagonismos. Cuerpo de cornisa. Sin alas para volar. Sin risas de festival, ni de velorio, ni de entierro.

No es eso. Gotea. No es eso. Hilitos de arena y viento. Desparejo. No es eso.

1. ¿Dónde está el cuerpo del feminismo popular?

¿Quién ha presenciado, sentada en un escritorio, a una mujer con su nariz sangrando frente a ella? Y otro día, un marido golpea repetidamente con su puño las costillas de la esposa, tirándola con otro puño hacia adelante mientras su cuerpo aplasta al pequeño hijo en brazos ¿Cómo interrumpir los golpes? ¿Cómo retirar al niño atrapado entre el escritorio y el cuerpo de su madre mientras el hombre continúa golpeando y empujando?

Con fuerza.

¿Quién ha escuchado a una adolescente en Cámara Gesell denunciando a su agresor sexual?

¿Quién ha presenciado que una niña de dos años muestre con sus propias manos lo que le hace *papá*?

Trabajadoras anónimas del Estado, de la justicia, provenientes del corazón paradigmático de los derechos tantas veces enunciados. Presencias, espectros entre los equipos quemados, usados, diezmados durante estos últimos años. Los llamados, mal llamados, equipos técnicos, están ahí esas trabajadoras; con sus manos; atienden y escuchan una línea de urgencias, con sus piernas; entran y buscan a una mujer en el fondo, caminan entre piezas rotas, sobre los restos de aquello que alguna vez se nombró hogar.

Y ahora, esos cuerpos obreros del Estado, de la justicia, de los programas, del barrio ¿cómo propondrían un feminismo popular para salir de la crisis? Es con otras sí, pero eso ¿qué significa? Fuerza, ley y Estado no alcanzan. Hace falta que el feminismo alcance a todas, que tenga resto y no que camine sobre él.

Esas presencias anónimas no alcanzan. Saben, pero no alcanzan. Dan testimonio, pero no alcanzan.

2. La experiencia: con las manos, amasar el vacío

¿Alguna vez viste un refugio? No hay dirección. Lógicas del refugio, no de aislamiento, la calle en la casa y que lo colectivo se reproduzca como refugio con otras. Fátima enviaba audios, prueba del alto riesgo, audios que no la salvaron. A Fátima y a todas las asesinadas la denuncia y lo virtual no impidieron. Así se manifiesta lo ineficaz, se cuentan las desapariciones y las muertas pero no se cuentan los abusos y las niñas, niños y adolescentes con madres asesinadas, cuando empiecen a contarse será un diluvio.

Los espectros llevan la cuenta.

Cuando se habla de democracia se espera un estado presente, la definición de estado precisa fronteras. En el feminismo no hay fronteras, es lo abierto, contingente, abraza las contradicciones, descubre las dialécticas y las máscaras, sostiene las preguntas vivas.

La pandemia del covid-19 enseña sobre la necesidad de hablar en presente.

¿Por qué cuando se ven las noticias “ya es un después”, como dice Marguerite Duras en *Las Conversadoras*¹? Y trazos, pistas del recorrido sinuoso de las mujeres y disidencias; intentos de encontrar el inicio de la ruta crítica, y los encierros, las trampas, los impedimentos.

Ojo con el cuidado, las lógicas patriarcales forjan leyes que expresan sus ideas de protección pero, luego, se sub-ejecutan presupuestos y se desfinancian programas. Seguir el hilo de arena que cae de la mano vacía, con otras, otros, otros. Es el cuidado el que necesita reconfigurarse, no como potestad materna sino como aquello que es ética y praxis.

Enseña Marguerite Duras con sus *Cuadernos de la Guerra*² escritos durante la segunda guerra mundial y la ocupación nazi. ¿Escribía en confinamiento? No sólo. Estaba en la *résistance*. ¿Qué es resistir?

El cuerpo cuando lucha es otro, distinto al que está a disposición de aquello que se ha establecido como amo. Intentos de zurcir un cuerpo colectivo porque la marea, las olas, el océano feminista trazaron recorrido lunar para transmitirlo. ¿Cómo, entonces, luchar y resistir sin tutelar? ¿Cómo cuidar emancipando? ¿Cómo encender el alma sin apelar a la voluntad ni a

1 “Las conversadoras: entrevistas con Xavière Gauthier. M. Duras y X. Gautier. El cuenco del Plata 2005.

2 “Cuadernos de la Guerra”. Duras, M. Ed. Siruela. Madrid, 2006.

los consejos?

Hay vacío entre las manos que amasan ¿por qué? Porque es tiempo de inventarlo y en eso va el cuerpo. No hay invento sin los cuerpos presentes, no caer en las metafísicas de las presencias pero tampoco renegar de ellas, sin reproducir o acatar.

Al comenzar la búsqueda de una mujer desaparecida existe un breve instante en que su pulso deja de latir, la huella se pierde, instancia de ausencia. Ahí es el nodo del invento colectivo. El botón antipánico pierde duración y batería, el celular también, la perimetral no impide el acercamiento, la agresión, el asesinato. Frida Kahlo pintó a dos cuerpos de gemelas a su imagen y semejanza “transmitiéndose” corporalmente. Difícil *googlear* el cuadro, la red arroja links directos a Frida y Diego, es decir; el algoritmo mismo no puede separarlos, pero en el cuadro sólo vemos a dos Fridas, a ella y a la otra.

Un feminismo popular no puede tomar los emblemas identificatorios de otros espacios. Sentidos condensados en las leyes que bregan por la “eliminación de la violencia”; quien escribió eso ¿adónde va a poner su violencia? (no hay a quién, no hay con quién). La violencia se enfrenta, se trabaja; lo saben lxs obrerxs que están al filo de la escucha, disponibles, cerca.

3. Ética: lo abierto y lo contingente.

La ética no obedece a ninguna dialéctica. Crisis: Ni vida, ni economía. Pensar por fuera del cableado dialéctico y situarse desde el abismo. No es posible hablar de aquello que inexistente hasta aquí y que precisa de ser inventado. Si todo lo “real” es “racional” ¿cómo será posible estar en línea con la pura contingencia que podría advenir?

La única manera de entablar un diálogo es meterse en problemas, dice Athena Athanasiou. Dejarse ser desposeído y movido por otro, contra la sujeción de los nombres del capital y la lógica de lo calculable.

En las denuncias hay lecturas y escrituras pero ¿alguien puede escuchar?

Lo necro, lo desechable, precario, ante eso: rehusamiento. ¿Cómo llevar adelante los rehusamientos de modo colectivo?

4. Poética del acto

¿Qué haremos hoy?

Un niño dice: “Quiero ser el espíritu de la mariposa de metal”

Una mujer se enamora y espera. Él no la corresponde.

Otras, otros, otras van de la mano.

En el encierro, por la noche, se golpea, se ultraja, se llora.

Todos los esfuerzos van conduciendo a lo peor; ¿qué más evidencias necesitan los ojos llenos de horror?

¿Cómo localizar lo que hace falta? Ninguna acción. Motora.

Vacío: única condición de posibilidad.

Lo posible: esa porción de real a la espera de que se escriba.

Se escribe con las manos. Pero crece desde el pie.

¿Cuándo y dónde el cuerpo si no puede reunirse? ¿Cuál es la performance de la disidencia? Ni la Una ni la Otra: se las suele enfrentar en la biósfera big-data: Cada Una en la voz de la Otra.

La poesía hace algo, es esencial, central, y no alcanza.

Una pista histórica: mujeres caminan, portan símbolo propio y nuevo, piden, dicen, insisten, rehúsan. El topos no es donde te mapean.

Las enfermeras de hospitales excluidas del escalafón profesional, con sueldos que no llegan a fin de mes; ellas están en la

primera línea de atención a quienes enferman y enfermarán de COVID_19.

El límite donde algunxs se asoman a pensar la crisis que provoca la Pandemia es: cuando enfermen los cuerpos en la línea de resistencia ¿quiénes irán a su lugar a resistir?

¿Cómo se llaman quienes están dispuestxs a aprender y a morir?

TIRAN BEEF PERO NO DISPARAN: PUNTAS PARA INTEGRAR MIRADAS JUVENILES Y SALVARNOS ENTRE TODES

Cindy Fraenkel
Lucas Grimson

Empezaba otro miércoles de cuarentena, parecido al de la semana anterior. Mientras terminaba de hervir el agua para el mate, filosofaba en formato de “prode” sobre cuándo la bombilla volvería a conocer nuestras bocas en una misma tarde. Me preguntaba: ¿qué cambia con esto? Es difícil no ver a nuestros amigos y la convivencia familiar resulta un tema. Prendo la tele. El gobierno menciona que la prioridad es con quienes las desigualdades sociales les atan de pies y manos. ¿Formo parte de ese primer escalón que todes pisan para seguir subiendo? Se nos iluminan los ojos cuando pensamos en un futuro para nosotres, aunque nos gustaría uno pensado por nosotres.

Hace poco una amiga nos dijo que había conseguido un trabajo en blanco, pero de muchas horas. Le respondimos riendo y codeándonos que no se quejara, ya era un montón estar en blanco. Es difícil esto del aislamiento. Encerrades, cada desencuentro se siente parecido a cuando debato con ese viejo que me dice la típica frase de “cuando seas más grande vas a entender” o “ya vas a cambiar de opinión”. Así entonces se siente cada discusión, con mirada desvalorizante, mientras nos encontramos entre un montón de desigualdades profundizadas hoy que la Tierra tiene fiebre. Las cosas se juntan y golpean en patota: no solo nos fumamos el adultismo de la sociedad sino que también nos pega el patriarcado, la heteronorma, la desigualdad etaria, la pobreza, y podría seguir, ¿pero quién me

lee? ¿Quién me escucha? ¿Quiénes escuchan a las juventudes? Estamos todes escribiendo el guión en el escenario. Y bancá, porque salta ahora este tema, pero el espacio para lxs pibxs en la política falta hace tiempo. Es que cuesta encontrar ese lugar, me pregunto esto mientras me hacen sentir que opino al pedo. Les encanta decir que somos el futuro, pero no aceptan que entonces tenemos que tener un lugar en el presente. Y mientras sigan sin aceptarlo, aunque nos cueste encontrarlo, nos vamos a ir haciendo ese lugar.

“Pero hijo, ¿quién representa a la juventud?” me preguntan mil veces. Pero no hay alguien, una única voz, sino que nuestras voces son colectivas y plurales. Las juventudes nos construimos espacios de distintas maneras por nuestra heterogeneidad y aquellas diferencias deben mostrarse a la hora de pensarnos.

¿Pensar a les jóvenes? ¿Quién nos piensa? Es que ahora todes están fascinades con la participación juvenil; de repente, los organismos de financiamiento internacional llenan de guita ese concepto pero el problema está en qué ideas y espacios se integran con esa guita. Ahora que lo pienso, no sé qué tanto nos interpela el término “jóvenes”, capaz pibxs va mejor, pero nadie se anima a definirnos. Aunque... ¿es necesario? Volviendo entonces, ¿qué es la participación juvenil? No solo entendiéndose como un derecho, sino pensando la participación con la construcción de ciudadanía como objetivo. Y en este contexto de pandemia, no podemos dejar de pensar en que fomentar la ciudadanía es fomentar la salud.

Eso lo tenemos claro, porque sabemos que involucrarse, movilizarse, es sano; porque para algunes puede ser estratégico; y porque debemos ser escuchades, como leímos alguna vez en alguno de nuestros derechos que aparecen en largos

leyes. Pero -hace rato- es momento ya no sólo de pensar a las juventudes como sujetas de derecho sino construyéndonos como sujetas políticas.

“¿POLÍTICA?” me gritó mi tía abuela, la única que sigue llamando al teléfono fijo de casa, cuando le conté que me interesaba últimamente. ¿Será posible que les jóvenes seamos sujetes políticos con tal desprecio social a la política? Y encima, ¿jóvenes en política? ¿Política joven? Olvidate de LA política, o de la Política, la de la famosa P mayúscula. “Olvidate de que te apoye en eso” creo que me dijo después. Es que es muy necesario que siga ganando la política, pero no la vieja, esa que no nos representa.

Pensar nuevas formas de hacer política es necesariamente incluir nuevos actores y actrices, nuevas generaciones; es generar procesos de renovación e intercambio. Qué lindo discurso, ¿no? Ya suena re bien decir esto, pero la cosa está en cómo se llevan a cabo esas acciones: ¿son efectivas? ¿Dan lugar a influencia real? “Convocamos a jóvenes de todo el país a aportar su mirada sobre un proyecto que estamos desarrollando, ¡sumate!” y altas ganas me dieron. “Che te aviso, el proyecto está cerrado, queremos que opinen pero no podemos cambiar nada con lo que digan. Pero opinen igual, eh.” y de repente un día se cae la escenografía de cartón.

Igual un día en esa reunión sentí que me escuchaban y tomaban mis ideas, porque nos encontramos subiendo una escalera: quizás ya avanzamos, en muchos espacios logramos que no sea una truchada para aparecer en la foto, pero seguimos en el camino de pasar el escalón de lo simbólico, de llegar a una participación efectiva, con incidencia. Igual, esa escalera es cualquiera. En nuestros aquelarres nos gusta desahogar que los chabones suben por ascensor mientras nosotras por es-

caleras con escalones inmensos. Pero de alguna manera avanzando, lograremos ser parte estando informados y que nuestra opinión sea considerada. Quizás hacia el final de la antigua escalera hay espacios de poder, donde participaremos de las decisiones a partir de lo que nos proponen; y con unos escalones más podremos generar intercambios y tomar decisiones en conjunto. Nosotres ya demostramos la fuerza que nos mueve. Somos la espuma de la cuarta ola verde, revolucionaries de las redes e ideas y quienes seguimos levantando los lápices como legado.

Bancá, ¿nuestro objetivo es llegar ahí arriba? ¿Banca-mos esa idea de que las decisiones las toman les de arriba y queremos ser parte de eso? No sé amiga, tenemos que dar esa discusión y pensar esa transformación. Es parte del proceso, Roger Hart lo describe como la escalera de la participación, con un modelo que diferencia ocho grados. Y no es menor entender esto como un proceso, recordar que incorporar una mirada no es de un momento al otro, que quienes hoy toman las decisiones sepan que no alcanza solo con un gesto piola.

“¿Por qué no pensamos en una perspectiva de juventudes?” le dije por chat una madrugada. Podemos proponernos pensar la incorporación de nuestra mirada, en realidad diversas miradas, como una perspectiva transversal. El otro día con el mate de la tardecita, que ya es rutina en cuarentena, me puse a buscar y leí una guía de debate de la activista feminista Perla Vázquez Díaz, “¿Qué es la perspectiva de juventud?”. Así como existen las lentes violetas de los feminismos, se refiere a la perspectiva de juventud como “unos lentes rojos a partir de los cuales democratizar la participación de las generaciones más jóvenes”. Y se pregunta “Si en las iniciativas participan jóvenes, ¿ya hay perspectiva de juventud?”, volviendo entonces a recordar todo lo que implica nuestra posibilidad de par-

ticipar, con diversas responsabilidades y relaciones de poder en juego. Las juventudes no queremos hablar solo de nosotres sino que nos reafirmamos cada día como sujetas políticas activas en una batalla cultural constante. Capaz mis viejes me dan una receta para algo que quiero cocinar y, a cambio, quieren que contemos esto con otra. La verdad que no la hay, es que a veces nos quedamos con más preguntas que respuestas. Por suerte sabemos lo que no queremos. Aunque me gustaría encontrar palabras para lo que sí deseamos.

La pregunta “¿qué educación queremos?” me interroga durante el año y se multiplica ahora que extraño el aula. Los atropellos de la educación bancaria, que nos moldea, nos hacen querer pensar en un modelo distinto. Uno que cobije nuestra trinchera como se merece. ¿Qué significa educación? Los hábitos y costumbres de una comunidad son transferidos de generación en generación y va desarrollándose a través de experiencias vividas por cada une. Estoy cansada de esta educación que me encierra y me hace sentir chiquita. Nos gusta plantear, en cambio, una “educación problematizadora”. El nombre es hermoso y lo que la define mucho más. Como decía Freire, un modelo de educación que permita la transformación social. El rol pasivo en el proceso educativo nos aburre y preferimos ser activistas de nuestra querida escuela, facultad y cada espacio de aprendizaje.

Ida y vuelta, diálogo, educarnos entre todes para dar lugar al proceso educativo. Me gusta que rompamos con esa vieja idea de que une es más inteligente mientras más grande es. Como si nuestras cabezas fueran recipientes en donde el saber debe depositarse. Mirá que soy chiquita pero poderosa. Me gustaría que nos preguntemos, que incitemos al movimiento. Que deje de ser le docente quien tenga la última palabra y les pibis quienes aprendamos mediante memorización mecánica. Queremos participar y decidir en conjunto. Llegó la hora de

aprender mediante la alegría, la inclusión y la empatía de por medio.

En tiempos de pandemia, los actores de la democracia se reducen pero los debates sobre ella se profundizan. ¿Tenemos las juventudes un lugar en la democracia? ¿Tienen las poblaciones un espacio para pensarse? Y si no lo tenemos, ¿cuánto menos en este contexto? Nadie sabe quién nos abraza hoy. No sé bien quién me escucha, capaz es raro que piense todo esto y me ponga a escribirlo, pero queríamos construirnos los espacios y lo estamos haciendo. ¿Un fin del mundo mejor es posible? ¿Qué es lo posible? Hay algo con eso... como dijo una gran compañera en una charla de sábado por la tarde: “las generaciones se construyen cuando logran correr el límite de lo posible”. Y en eso estamos.

EL FEMINISMO POPULAR Y SU CAJA DE HERRAMIENTAS: UNA MIRADA DESDE LA PRAXIS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

María Angelina Huguenet

Luego de la disposición gubernamental del aislamiento social, preventivo y obligatorio¹ para las personas en Argentina, a raíz de la pandemia mundial del Coronavirus, se abrieron diversos interrogantes y debates en torno a la problemática del confinamiento. En particular, colectivos feministas reclamaron² por la situación de vulnerabilidad de las mujeres encerradas en sus hogares con su potencial agresor, violador o femicida. Desde que se inició la cuarentena el 20 de marzo de 2020 hacia el 29 del mismo mes, se reportaron siete femicidios³. A su vez, mujeres de distintos movimientos sociales⁴ exigieron medidas para garantizar las necesidades básicas de los sectores más humildes de la población que en su mayoría sobreviven del trabajo informal y de la economía popular, hoy

1 DNU 297/2020 Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, Pub. L. No. DNU 297/2020 (2020).

2 Agrupaciones de mujeres como Ni una menos, MuMalá, La Casa del Encuentro y distintas ONG convocaron a un “ruidazo federal” en modo de protesta debido a la cantidad de femicidios en cuarentena. Fuente: <https://www.infobae.com/sociedad/2020/03/30/realizaron-un-ruidazo-contrala-violencia-de-genero-y-los-femicidios/>

3 Según el registro de la Unidad Fiscal Especializada de Violencia contra las Mujeres (UFEM) y del Observatorio de La Casa del Encuentro. Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/256291-femicidios-sin-cuarentena>

4 Movimientos como Unión de Trabajadores de la Economía Popular (UTEPE), Movimiento Popular La Dignidad, la Garganta Poderosa, entre otros. Fuente: <https://notasperiodismopopular.com.ar/2020/04/08/mujeres-detras-ollas-batalla-barrios/> y <http://diariotortuga.com/2020/04/01/merenderos-en-cuarentena-testimonios-de-necesidades-y-urgencias/>

paralizados. Frente a estas demandas, podríamos pensar que el feminismo popular militante dispone en su discurso y en su práctica de una caja de herramientas para dar respuestas solidarias a las contingencias de los sectores más castigados. Entre sus instrumentos podemos distinguir las tareas de relevamiento, las redes de contención para la violencia de género y la experiencia del trabajo cooperativo.

En cuanto a las políticas estatales de prevención para evitar la propagación del Coronavirus en Argentina podríamos decir que, hasta el momento, resultaron efectivas. Se logró amesetar la curva de contagios⁵ y –lo que todavía es esperanzador– el virus aún no escaló en los sectores vulnerables. En mayor medida, gracias al aislamiento comunitario⁶ gestionado en los barrios periféricos. Por el contrario, en algunos países de América Latina el Coronavirus afectó a las clases más bajas. Como es el caso de la ciudad de Guayaquil, en Ecuador, donde –a través de imágenes que se repiten en el prime time televisivo– es posible ver cómo grupos familiares sin asistencia higiénica depositan cadáveres en descomposición en la vía pública ante falta de capacidad de respuesta de las instituciones sanitarias responsables. Una imagen que revela la importancia de contar con un sistema de salud universal y un aparato estatal efectivo. Podríamos pensar que este razonamiento no es suficiente para el aparato comunicacional del establishment de Argentina cuya agenda mediática gira principalmente alrededor de las posibles consecuencias económicas de la pandemia. Pese a los esfuerzos del Estado argentino por priorizar la salud de la población, nos encontramos ante una disputa de poder

5 Según el Dr. Hernán Michelangelo Argentina no se encuentra en la “fase ascendente” de circulación del Covid-19. Fuente: <https://www.telam.com.ar/notas/202004/447783-coronavirus-curva-fase-ascendente-salud-medico.html>

6 En los barrios populares con imposibilidad estructural de realizar el aislamiento se tomaron otro tipo de medidas de carácter comunitarias. Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/254728-la-cuarentena-en-los-barrios-populares>

con intereses privados económicos que perjudicará inevitablemente a los sectores vulnerables, cada vez más empobrecidos.

Ahora bien, la situación actual de pobreza y precarización en las clases bajas argentinas es el resultado de un entramado complejo de factores políticos, sociales y económicos que datan de décadas atrás. Podemos decir que son sectores que históricamente han sido relegados por una sucesión de mandatos de gobiernos con lógicas neoliberales. Incluidos estos últimos años. Es interesante ver cómo se desarrolla esta genealogía en la película documental *Memorias del saqueo* (2003) del director de cine y político argentino Fernando “Pino” Solanas. En el film se relata con crudeza y claridad el empobrecimiento sistemático de las clases más bajas en Argentina, producto de la negligencia y corrupción en el Estado y el desenlace en una crisis institucional, política, económica y social profunda como la de 2001. En esa coyuntura, los sectores de la sociedad más relegados se organizaron colectiva y solidariamente. De esta manera, según el historiador Waldo Ansaldi, se fue consolidando un “nuevo tejido social”⁷ propiciado por la crisis, con “nuevas formas de representación, organización y acción” como las organizaciones piqueteras –gestadas en la mitad de los ’90– y las asambleas vecinales y barriales como una “nueva forma de instituir lo público-político”⁸. Estos grupos de esencia cooperativa –con sus matices– aún siguen formando parte del entramado social y político argentino. Y si nos referimos al contexto actual de nuestro país –y con un paradigma atravesado por la perspectiva de género y reivindicaciones feministas en materia social y política– es posible ampliar ese tejido incluyendo a la organización de mujeres y disidencias. En este sentido podemos identificar al feminismo popular, como sostiene la investigadora Claudia

7 Ansaldi, W. (2017). Quedarse afuera, ladrando como perros a los muros. Protesta y movimientos sociales en América Latina en la bisagra de los siglos XX y XXI. Anuario de la Escuela de Historia, (21), 15-62.

8 Ansaldi, W. (2017). Quedarse afuera, ladrando como perros a los muros, op. cit, 15-62.

Korol, que tiene como premisa de acompañar y crear vínculos potentes entre mujeres y disidencias⁹.

En suma, ¿qué instrumentos podría aportar el feminismo popular para dar respuestas solidarias a la crisis emergente? Atendiendo a la esencia práctica de este movimiento podríamos pensar que dispone de una “caja de herramientas”¹⁰— apropiándonos libremente de la propuesta metafórica del filósofo francés Michel Foucault— para dar respuestas a las necesidades inmediatas. De esta forma, podríamos distinguir tres ejes de acción en el campo popular. Como un primer eje, las tareas de relevamiento de necesidades sanitarias y alimenticias, que permiten el armado de estrategias de contención. Cabe mencionar que las mujeres referentes de los sectores humildes llevan adelante como labor principal asegurar la manutención comunitaria con la organización de los comedores y las ollas populares. Como es posible ver en el caso de Alta Gracia, Córdoba, donde las mujeres del Encuentros de Feminismo Popular desarrollan estrategias para relevar las necesidades básicas del territorio y asegurar la ración de comida para los hogares donde no hay ingreso de dinero debido al confinamiento¹¹.

Como un segundo eje de acción, cuando se detectan necesidades referidas a la integridad de las mujeres y disidencias en el ámbito doméstico, se activan las redes de contención y de apoyo para la violencia de género. En este contexto de aislamiento se puede tomar como referencia el caso de la propuesta de la campaña Línea Violeta de la colectiva Mala Junta. Esta agrupación pone a disposición canales de comunicación para personas en situación de violencia de género actuando como un vínculo entre la esfera privada de la víctima¹² y el Esta-

9 Korol, C. (2016). *Feminismos populares: Las brujas necesarias en los tiempos de cólera*. Nueva sociedad, (265), 142.

10 Foucault, M. (1985). *Poderes y Estrategias*. En: *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza Ed., Madrid, p. 85.

11 Fuente: <http://diariotortuga.com/2020/04/01/merenderos-en-cuarentena-testimonios-de-necesidades-y-urgencias/>

12 Entendiendo “lo privado” como la vida doméstica y familiar y, tal

do. Como expresa Rocío Liébana, referente de Mala Junta, se busca “tejer redes entre las organizaciones sociales, políticas, sindicales, universidades, grupo de profesionales autónomos y el Estado, y construir puentes entre quien está atravesando una situación de violencia de género y quienes acompañan”¹³.

Por último, el eje del trabajo cooperativo de mujeres en situación de vulnerabilidad como una experiencia colectiva y de apoyo comunitario. En este sentido podemos destacar la labor de la agrupación La Bandada, feminismo entre rejas que trabajan desde el Centro de Detención de Mujeres de Villa Los Lirios en la ciudad de Resistencia, Chaco. En ese contexto de encierro confeccionan tapabocas para la prevención del Covid-19 y así obtienen recursos para solventar sus necesidades¹⁴.

Apelando a la esencia colectiva, solidaria y militante del movimiento de mujeres en el campo popular podemos concluir que en su práctica genera un valioso aporte como apoyo a las causas y reivindicaciones urgentes, especialmente de personas en situación de vulnerabilidad. También como un faro para construir una vía de diálogo y contención entre los sectores humildes y las políticas públicas.

como sostiene Elizabeth Schneider en “La violencia de lo privado” (2010), como un factor de opresión, que puede permitir, alentar y reforzar la violencia de género.

13 Expresado en una entrevista a referentes de Mala Junta para diario El Tiempo. Fuente:<https://www.diarioeltiempo.com.ar/nota-la-linea-violeta-frente-al-coronavirus---prioridades-claras--feministas-y-populares-164089>

14 Fuente: <http://www.radionacional.com.ar/mujeres-detenedas-confeccionan-barbijos/>

PANDEMIA O LA CONTINUACIÓN DE LA GUERRA POR OTROS MEDIOS

Julián Bilmes
Mariano Dubín
Santiago Liaudat

I

En la Antigua India se narraba una historia conocida como el cuento de los ciegos y el elefante. Se la entendía como una parábola de la condición humana. Se contaba que un grupo de ciegos de un remoto pueblo conoció por primera vez a un extraño animal llamado elefante, del que nunca antes había oído y, por tanto, no conocían. Como el primer ciego tocó la trompa del animal aseguró que era como una serpiente; el siguiente lo contradijo acariciando las orejas: “tiene la forma de un abanico”; el tercero, tocando las piernas aseguró: “es como el tronco de un árbol”; pero quien se topó con su cuerpo afirmó: “es una muralla”. Los ciegos no mentían. Cada uno de ellos describía la parcialidad a la que tenía acceso según su percepción y, entonces, discutían sin poder acordar sobre qué es el elefante.

Lo ejemplar de la parábola es que las diferentes posiciones son, en principio, verdaderas. Pero al confundir la parte con el todo surge un juicio errado. La ausencia de una idea de totalidad es la culpable. La totalidad no era perceptible para ninguno de ellos por separado. Pero tampoco es la suma de las percepciones parciales. La totalidad es hipotética, imaginable, pensable. Es el todo en el que las partes cobran sentido. Pues bien, el coronavirus no es el elefante sobre el que discutimos, interminablemente, estas semanas. El coronavirus es la ceguera que impide que veamos al elefante.

II

Durante la Guerra Fría surgieron las tecnologías que configuraron el mundo por venir, nuestro mundo. La lucha por la supremacía fue el impulso determinante para el desarrollo de la microelectrónica y la informática, la biotecnología y la ingeniería genética, las tecnologías aeroespacial y nuclear, las telecomunicaciones e internet. La gradual superioridad obtenida por el bloque capitalista en el campo de estos conocimientos le otorgó una ventaja clave sobre el bloque soviético. Además, y en simultáneo, le permitió resolver la crisis de rentabilidad capitalista a la que se había llegado en la década del '70 del siglo pasado. Nacían así la acumulación flexible, la transnacionalización económica -publicitada como globalización-, el programa neoliberal, la revolución digital, el capitalismo informacional, nuevas formas de subjetividad y sociabilidad, etc.

China es el más claro emergente del capitalismo globalizado y Wuhan una de sus ciudades emblemas. Los rasgos más notables del “milagro chino” han sido los procesos de industrialización y urbanización a una escala inédita en la historia humana. El gigante asiático, convertido en la factoría del mundo, transformó cientos de millones de campesinos en asalariados urbanos. Este acelerado desarrollo estuvo acompañado –en todo el mundo- por la intensificación de la explotación de la naturaleza (incluida la producción agropecuaria) con métodos industriales y tecnocientíficos, constituyendo un caldo de cultivo fenomenal para el surgimiento de nuevas enfermedades. Lo cual, sumado al incremento de la circulación global de personas y mercancías, ha derivado en una secuencia de epidemias en décadas recientes. Desde este punto de vista, la pandemia de COVID19 es un episodio más de una sucesión que se acelera. Por lo que es previsible que, de mantenerse la actual lógica desenfrenada de producción, circulación y consumo, los acontecimientos del presente vuelvan a repetirse.

III

La pandemia está actuando como catalizador de las tensiones geopolíticas entre China y Estados Unidos (y sus respectivos aliados), acelerando un proceso reactivo que venía en curso. Al igual que en la etapa anterior, en ella se está incubando el mundo del mañana. Con rasgos en común y algunas diferencias sustantivas. Entre las similitudes podemos enumerar que nuevamente son terceros países, como Corea del Norte, Venezuela o Siria, escenarios donde se dirimen intereses de los grandes bloques en pugna. Los arsenales nucleares siguen siendo un poderoso disuasivo para la confrontación directa entre potencias. Además, la disputa por la supremacía científico-tecnológica es una dimensión clave del conflicto, al otorgar simultáneamente competitividad económica y superioridad militar. Ahora bien, más allá de estas similitudes destacan a su vez importantes diferencias. En primer lugar, la confrontación actual no expresa una disputa ideológica que ponga en cuestión al capitalismo, sino que se trata de un conflicto entre potencias centrales y potencias emergentes. En segundo lugar, destaca el alto grado de interdependencia de las economías de los bloques en pugna, con enormes flujos de capital, comerciales y humanos que circulan recíprocamente.

La capacidad de enfrentar la pandemia se ha vuelto un terreno más de disputa entre los bloques en pugna. Ello se expresa en diferentes planos, como la competencia científico-tecnológica por la vacuna y la provisión de insumos críticos. A todas luces China parece estar ganando la contienda. La vulnerabilidad de las potencias occidentales y la estrechez de miras de sus dirigentes contrastan con la capacidad demostrada por el gigante asiático, a pesar de algunos errores iniciales. Y mientras de un lado se recayó en actitudes xenofóbicas y se violaron principios elementales de solidaridad (alcanzando incluso el pillaje entre Estados), del otro lado se tendió una mano con asistencia técnica y material.

Sobre este trasfondo geopolítico podemos vislumbrar algunas tendencias de mediano plazo. En el terreno político, es previsible que se extienda un discurso nacionalista y anti-globalización en las potencias occidentales, de la mano con un fortalecimiento económico y militar de sus respectivos Estados. Aspectos que se traducirán en proteccionismo y rearme global. Por último, la percepción de riesgo legitimará la vigilancia digital y el poder comunicacional concentrado, debilitando las ya enflaquecidas democracias occidentales.

En el plano ideológico la confrontación se articulará sobre la antinomia Occidente - Oriente. La hegemonía cultural, mediática e intelectual norteamericana fortaleció su poder de penetración durante la globalización. Junto al aparato militar, es uno de sus principales factores de poder. En la próxima década veremos desplegar toda su capacidad propagandística para resaltar a Estados Unidos y sus aliados como resguardo de la tradición liberal occidental, portadores de la verdad y el bien, frente a un mundo oriental identificado como despótico, extraño y ruin. Se trata de una nueva máscara del viejo eurocentrismo, que ya tuvo, entre otros, los nombres de evangelización, modernización, civilización, globalización.

En el terreno económico la pandemia ha desatado una gran crisis económica, superando a la de 2008-2009 y se prevé mayor que el crack de 1929. La especulación financiera, “respirador artificial” de la economía mundial, se encuentra muy endeble, haciendo entrever el estallido de una nueva burbuja. Estructuralmente existe un problema de acumulación del capital a causa de la reducción de las opciones de valorización en la economía real. En ese sentido es posible entrever la acen tuación de las crisis de deuda, guerras comerciales y mayor competencia por mercados, recursos naturales e innovación.

Por último, en el plano tecnocientífico la crisis económica inducida por la pandemia va a acelerar la transición

tecnológica en curso, tal como la crisis del petróleo de 1973 propició el pasaje de la industrialización fordista al modelo de acumulación flexible. Por un lado, la cuarentena consume el despliegue de las tecnologías digitales, abarcando áreas y sectores sociales que tenían una relación accesorio con las mismas. Se fortalecen el capitalismo de plataformas, el comercio electrónico, la educación a distancia y las empresas que lucran con los datos. Por el otro, recrudece la competencia por la supremacía en las tecnologías de la llamada Cuarta Revolución Industrial: inteligencia artificial, internet de las cosas, telecomunicaciones de 5ta generación, computación cuántica, tecnologías “verdes”, etc. Correr la frontera del conocimiento implica, además, resolver temporalmente la crisis de acumulación en curso, creando nuevos esquemas de valorización, nuevas zonas de mercantilización, nuevos territorios de ocupación.

IV

El pesimismo de la inteligencia indica que, en las condiciones actuales, esta disputa dará lugar a un mundo más turbulento y competitivo. Pero al mismo tiempo hay tres elementos que generan un marco de incertidumbre y pueden alumbrar nuevos acontecimientos. Por un lado, el ascenso del Asia Oriental supone un proceso de des-occidentalización del capitalismo que pone en jaque el mito eurocéntrico como gran legitimador de las asimetrías globales. Por otro lado, hay una creciente conciencia social acerca de la gravedad de la crisis ecológica que el productivismo y el consumismo están propiciando. Por último, el capitalismo globalizado ya no ilusiona. El único salvavidas que tiene al alcance es el mito de la salvación tecnocientífica. Nos dicen: la tecnociencia resolverá los problemas de la humanidad, sea el subdesarrollo, el deterioro ambiental o el coronavirus. Pero la ciencia y la tecnología actuales, en manos del capitalismo corporativo, son un nicho más de negocios y, en manos de los Estados centrales, instru-

mentos de poder. Dificilmente el mito tecnocientífico satisfaga las aspiraciones de futuro y el anhelo de sentido de los seres humanos. De hecho, la imagen de futuro es apocalíptica. Y esto es una oportunidad.

En el marco de esta geopolítica multipolar, Nuestra América sigue siendo el lugar de la esperanza global. El neoliberalismo y el capitalismo encuentran aquí un cuestionamiento que no existe en ningún otro lugar del mundo. Existen vigorosos movimientos sociales, partidos políticos populares y una memoria histórica de luchas y derechos conquistados. Por supuesto, tenemos también grandes debilidades que subsanar. La globalización significó un hundimiento para la región (re-primarización, extranjerización, empobrecimiento) y un aumento de la dependencia a todo nivel. Se hace imprescindible en este marco la audacia política e intelectual, la recuperación del pensamiento estratégico y desconectarse de las tendencias globales (financieras, económicas, tecnológicas, académicas). De modo de asentarse en una economía para la vida, más allá del desarrollo, un proceso de liberación que será necesariamente nacional, popular y latinoamericano, y un proyecto de transmodernidad como única salida a la crisis civilizatoria.

BIENVENIDO AL (NUEVO) SIGLO XXI: FAVOR DE USAR BARBIJO

Agostina Dasso Martorell
Juan Manuel Menéndez

Los cambios sistémicos suceden de a poco y todo de golpe. La estructura del sistema internacional ha cambiado a lo largo de los siglos. La conformación del juego de poder en el siglo XIX no es la misma que en el período de guerras y entreguerras, definitivamente está muy lejos de la configuración de la Guerra Fría, la post Guerra Fría y, sin duda alguna, del mundo actual. La historia de las relaciones internacionales es, sin demasiados reparos, la historia de potencias declinantes y potencias en ascenso. Ciertos momentos de este devenir marcaron el fin de un orden y el comienzo de otro: las guerras mundiales, la caída del muro, la eclosión de la URSS, el 9/11.

La pandemia encuentra al mundo frente a un liderazgo estadounidense débil y en retirada, el avance del populismo conservador en las democracias liberales, el ascenso del modelo económico, político y tecnológico del gigante asiático y el declive geopolítico de aquellas otrora potencias mundiales. El mundo del presente, interconectado e interdependiente, convive con tendencias anti-globalistas que militan la recesión de la globalización. Hoy este mundo global atraviesa una crisis con un nivel de extensión nunca antes visto. Estamos frente a una crisis sistémica que -aunque no tome la forma de una guerra- puede aparejar implicancias similares.

Originario de la ciudad de Wuhan, China, el virus no tardó en expandirse por el resto del globo. Si bien comenzó como un problema local, pronto se nacionalizó y globalizó, para volver a hacerse carne en las distintas realidades nacionales del resto del mundo. En este sentido, es interesante analizar

cómo el virus escala en diversas geografías. Si bien no hay una idea clara de cómo esta crisis afectará a los gobiernos locales, sí podemos identificar dos fuerzas en puja. Por un lado, los oficialismos son cuestionados: quien lidia con la crisis paga los costos de hacerlo. Por el otro, los gobiernos que deciden hacerle frente, se vuelven más fuertes respondiendo al patriótico “estamos en guerra”. Una guerra que, además, es contra un enemigo invisible y desconocido, pero cuyo fin último es claro: encontrar una vacuna. Por el momento, una hipótesis para el mediano plazo: los líderes pragmáticos que se pongan al frente de la protección de su población -discursiva y fácticamente- saldrán fortalecidos frente a los que le recen a sus santos, ninguneen el virus y pequen de negligentes.

Pensando en un nivel más elevado, la emergencia actual nos recuerda que los Estados siguen siendo los principales actores de la política internacional. El sistema westfaliano, cuestionado en las últimas dos décadas por los expositores de la inevitabilidad de la globalización, parece revitalizado. Cuando el peligro acecha, los humanos buscan a sus gobiernos nacionales para que los protejan, los ordenen y organicen. El Estado reacciona: se cierran las fronteras y se refuerza lo local frente a lo global. La pandemia ha forzado a los Estados a mirar hacia adentro, acelerando la recesión económica y comercial de la mano del proceso de desglobalización. Una reflexión bien realista puede sugerir que si fallamos en encontrar una cura rápida y permanente, la crisis reforzará aún más las tendencias de-globalizadoras.

Sin embargo, reforzar lo local frente a lo global no vuelve a este problema menos global de lo que realmente es. Un Estado por sí solo no puede controlar y solucionar del todo esta pandemia. No hay nada nuevo bajo el sol: los beneficios de la globalización son claros. Sin embargo, lograr una efectiva cooperación internacional puede no ser tan fácil como obviamente necesaria. La falta de reglas claras y el miedo a

la deserción, trae la sospecha de que la cooperación pueda beneficiar sólo a algunos, o bien perjudicar a quienes decidan correr con sus costos. He aquí el dilema de la provisión de bienes públicos globales ante la falta de una autoridad central o, en su defecto, de un liderazgo hegemónico que esté dispuesto a hacerse cargo de dichos costos. La respuesta colectiva, en estos términos, puede ser menos efectiva o tardar más de lo pensado.

Retomando la historia de las potencias declinantes y las potencias en ascenso, estamos asistiendo a uno de esos momentos críticos. El cambio sistémico que se cierne sobre el mundo empuja a las potencias a reaccionar. China, por su parte, construyendo la épica de la instalación del virus de la mano de un grupo de militares norteamericanos, pero enfrentando con relativo éxito la crisis y ofreciendo ayuda internacional. Estados Unidos, construyendo la narrativa del enemigo, el otro: el “virus chino”. La globalización está en cuarentena. Los movimientos entre los países se interrumpieron, el flujo de bienes y servicios está truncado, la salud pública está en emergencia. Mientras Beijing juega al héroe internacional, Trump sigue fantaseando con ser el mesías nacional. Apuestan en mesas distintas.

Las consecuencias internacionales nos dejan a la vista tres cuestiones a analizar: la ausencia de liderazgo internacional, el rechazo a las élites políticas, y la consagración de China como hegemón.

El mundo es desordenado, anárquico, caótico. Sin embargo, la estructura del orden internacional depende de cómo se distribuya el poder. Hace 20 años vivíamos en un claro orden unipolar y, antes de eso, en uno bipolar que tomaba el pulso de la Guerra Fría. En la actualidad, vivimos en (des)orden. Estados Unidos se encuentra en retirada voluntaria de ese liderazgo asumido post Guerra Fría, mientras que las instituciones internacionales que él mismo dio a luz, se estancan, pierden

importancia y vislumbran la crisis del multilateralismo.

En consonancia, las élites políticas son cada vez más cuestionadas. El rechazo acelerado que motivan las tendencias nacionalistas y anti-globalistas las pone en jaque a la hora de lidiar con una crisis inmanejable y tomar medidas que contengan la propagación del virus. Como resultado, esta vez no de su incapacidad, sino producto de la magnitud de la epidemia, los discursos escépticos se refuerzan.

Por último, el ascenso de China manifiesta la importancia de jugar al poder utilizando lo que en Relaciones Internacionales se conoce como soft power. Además de un momento de cambio sistémico, podemos estar frente a un nuevo paradigma donde quien se consagre como hegemón sea quien exporte mejor el soft power antes que el hard power. Donde quizás quien se imponga sobre el otro no sea el más poderoso militarmente, o el vencedor de una violenta contienda; sino quien haga uso inteligente de sus recursos económicos, sanitarios y diplomáticos. Ante la negativa estadounidense de colaborar y cooperar internacionalmente, China se encuentra en una campaña de exportación de know-how, equipos de médicos especialistas, suministros y hasta aviones sanitarios. El interrogante es ¿está China finalmente asumiendo su rol de liderazgo? Al parecer, está dispuesta a correr con los costos.

Cuando el resto del mundo está empezando a experimentar los graves efectos de la epidemia, y ante la estupefacción estadounidense, China se recompone y encuentra, una vez más, la oportunidad de influenciar el comportamiento de otros Estados. Si bien fueron los propios errores chinos de intentar acallar voces y cubrir la severidad del virus los que propiciaron el estallido de la crisis global, Beijing entiende que mostrarse como un líder puede influenciar la percepción de otros estados sobre la posición global de los Estados Unidos para, finalmente, sentarse sobre la silla vacía del hegemón del siglo XXI.

Trágicamente, una crisis global requiere de una solución global. Los esfuerzos chinos por proyectar poder haciéndose cargo de la crisis pueden no ser suficientes para resolverla. Mientras el poder internacional se reordena, la expansión del virus se vuelve una amenaza real, constante y acuciante. Aunque la crisis sea un momento de oportunidad para la potencia oriental, la solución no llegará hasta que desarrollemos estándares de coordinación internacionales, al menos, en materia sanitaria. Solo la cooperación global podrá salvar la humanidad como la conocemos.

#40TENA Y FEMINISMOS: DE LOS LIBROS DESEMPOLVADOS A LOS HASHTAG MILLENNIALS

Recetas para sobrevivir a la pandemia en tiempos de aislamiento social, preventivo y obligatorio*

Rocío Moltoni

*[...] Es ese fuego de la tapa, el fuego que guardamos en el corazón.
El calor que nos impulsa cada día, a un día más.
Y a otro,
a otro más¹*

*Muches² de nosotres en esta cuarentena hemos depositado en el explorar culinario varias de nuestras angustias y/o mejores deseos. La creatividad es de esta manera puesta al servicio de una tarea³ tan ancestral y básica para toda la humanidad como es cocinar para poder comer (y así sobrevivir). Sin embargo, históricamente esta actividad se ha asignado mayormente a las mujeres, llegando incluso a discriminar a quienes cocinen con un género distinto al asignado por el he-

1 Dillon, Marta (2016). Vivir con virus: relatos de la vida cotidiana. Editorial EDULP - 1a ed. - La Plata.

2 Es necesario aclarar que durante todo el desarrollo de esta producción ensayística se utilizará la “e” de forma disruptiva-política para abonar a una de las variables existentes del “lenguaje inclusivo”. De esta manera, se expone el carácter sexista del lenguaje aún latente en todos los ámbitos pertenecientes a la vida social.

3 Si bien el acto de “cocinar” puede entenderse de diversas maneras y no solo en su función social-vital; como el “arte culinario” por ejemplo, en este trabajo nos referimos a aquel como parte del “trabajo reproductivo” que realizan las feminidades* en sus hogares.

tero-cis-patriarcado a través de la ya clásica división sexual del trabajo. A su vez, encontramos que la cocina también tiene clase social, ya que no es lo mismo cocinar con los novedosos y brillantes electrodomésticos del “baby boom” posterior a la segunda guerra mundial en EEUU que en una casilla de la villa banana de Rosario en pleno siglo XXI; tampoco es igual realizar grandes banquetes griegos que nunca podrás degustar, así como ser ama de leche en el Brasil monárquico o freírle “patitas” y cuidar ocho horas por día al único hijo que tiene una pareja cis-hetero-clasemedio/alta de cualquier capital latinoamericana que “trabaja” fuera de su casa casi todo el día en el 2020.

Hoy, luego de un mes de aislamiento creo cada vez menos que haya fenómenos sociales novedosos para analizar, sino que se exacerban las contradicciones del viriarcado⁴. En otras palabras, si bien estas desigualdades sociales han existido desde tiempos remotos, gritan PRESENTE más fuerte en estos momentos que nos toca vivir. Es en estas instancias donde nos dicen: “quedate en casa”, coníñate a tu “hogar” que ningún filósofo reconocible a nivel mundial pudo evitar polemizar el privilegio que significa para algunos poder tener ese lugar al que llaman “hogar” para poder aislarse. De todas maneras, las feministas fuimos más allá, no solo cuestionamos esta dimensión de clase que tiene el confinamiento; sino que advertimos tempranamente que esto podía ser un peligro inminente para las personas que sufren violencias machistas domésticas, que podía vulnerar el der-hecho de las personas gestantes a abortar de manera segura; o peor aún, que todas estas variables podían juntarse y eclosionar en una vida sumamente precaria

4 Del latín vir = varón. Viriarcado es un concepto acuñado por la feminista materialista francesa Nicole-Claude Mathieu (en Falquet, 2018) para hacer referencia al poder de los hombres en tanto que personas de sexo (entendido como clase de sexo) masculino, más que como padres o patriarcas. El concepto de patriarcado le parecía insuficiente (Falquet, 2018).

y vulnerable al decir de Judith Butler y Wendy Brown. Pues “El virus por sí mismo no discrimina, pero nosotres humanas seguramente lo haremos”⁵.

Por lo demás, tener una “vivienda” o una “casa” (nombre femenino. Construcción cubierta para ser habitada) no es lo mismo que tener un “hogar” (ambiente familiar de la vivienda habitual). Donde hay privilegios objetuales-materiales (territorio-casa) quizás no hay derechos garantizados, hay relaciones violentas, posesivas, nocivas (sentimientos, emociones). Es por eso que quizás es momento de comenzar a reconfigurar otras maneras de con-vivir, convidar la vida con más personas, quizás así no solo solucionemos el tema del confinamiento y el acceso a la vivienda, sino también un reacomodamiento feminista de las tareas de cuidado. De esta manera, podría darse una respuesta feminista a los profundos cambios que existen en el tradicional concepto de “familia”, así como pensar y llevar a cabo colectivamente el cuidado de les niñes por ejemplo. En este sentido, vale darle letra a los “hogares colectivos”, las “hermandades” trans de Nueva York como relata la serie “POSE” de Netflix, o las pensiones sudacas de travas cordobesas que describe tan hermosamente la autora argentina Camila Sosa Villada; quien hasta relata la crianza colectiva del hijo de una de sus personajes. No olvidemos tampoco las experiencias del movimiento okupa de Berlín, propiciado más que nada por inmigrantes; tampoco el movimiento hippie estadounidense de los ‘60 tomando reservas naturales para sus vivencias en manada.

Tampoco olvidemos que “hogar” también pueden ser los comedores argentinos, con esas fuertes mujeres que pararon la olla en los ‘90 y la crisis del 2001 (mujeres piqueteras con las que se empezó a hablar de “feminismo popular”) y lo siguen

5 Frase extraída de Judith Butler (2020). Disponible en: <https://www.eldesconcerto.cl/2020/03/21/judith-butler-sobre-el-covid-19-la-desigualdad-social-y-economica-se-asegurara-de-que-el-virus-discrimine/>

haciendo ahora en la situación de emergencia sanitaria. Con barbijos y alimentos donados, planes del Estado, recolecciones autónomas, estas COCINERAS de lo colectivo también hacen lo suyo en la cocina que entonces no es solo “para poexs”, “para privilegiados”. Las recetas de los barrios también florecen entre las casillas (porque tampoco todas las edificaciones de las que hablábamos anteriormente son “construcciones cubiertas”). Las artesanas de la vida en las barriadas populares, las que nos salvaron en los ‘90 y el 2001 serán recordadas entonces por este 2020 tan peculiar en el futuro. Porque sí, porque a la inmemoria y el olvido no volvemos NUNCA MÁS.

De todas maneras, en las casas clasemedieras sigo viendo algo, nada menos que un vacío en este caso propiciado por el aumento de la reflexión de la cuarentena, uno que no voy a describir porque ya lo hace demasiado bien “Betty” en la conocida serie “Mad men”; “Ana” en el cuento “Amor” de Clarice Lispector; Betty Friedan en un libro característico de la segunda ola “La mística de la feminidad”. Hay vacío y desconcierto con estas tareas que solíamos pensar como obligaciones, realizándolas a contramano de los duros tiempos impuestos por el sistema de productividad capitalista; tal vez es momento de reapropiárnoslas y pensar en hacerlas cuando haya goce, como por ejemplo en esa acción que recorre tanto este ensayo: el cocinar. Esta podría ser una manera feminista de re-interpretarlas.

Esto último a su vez marca que el confinamiento replantea cómo las diversas “familias” pueden ser contenedoras en lugar de opresivas: ¿todas terminarán divorciadas o podremos generar alternativas? El desafío será constituir espacios de convivencia elegidos y conscientes, deseados y habitados, de vincularse sin perder la “independencia” (encontrar en el MISMO ESPACIO, DISTINTOS TIEMPOS). Tiempos de encontrarse con uno mismo, con sus deseos, pero también con otros, o con otros placeres.

A mí personalmente hoy me toca acompañar una nueva situación de violencias machistas VIRTUAL, me encuentro con el desafío de transformar la herramienta que suelo usar en mi trabajo cotidiano. Me choco con las noticias, abrumada de cifras, llamados al 144, al teléfono verde (de aquí de Rosario), crueles femicidios y travesticidios, a veces incluso también de sus hijos; me horrorizo, se me erizan los vellos de todo el cuerpo, pero también me pregunto: ¿por qué siempre pensamos en términos necrológicos⁶, de la TRAGEDIA?, ¿por qué hay más sectores de acuerdo con el hashtag #niunamenos, como idea y también como política que con la soberanía de nuestros cuerpos, con el autoconocimiento de nuestra sexualidad, con el encuentro con el placer y el erotismo? A veces me despierto y siento que estoy en un cuento pandémico distópico, que los femicidios son tramas de esos oscuros libros de literatura de terror. Pero no, esta es la realidad, la que nos toca abordar y transformar. Por eso pienso también en cómo se empoderan las mujeres^{*7}, cómo se liberan de las consecuencias negativas que trajo para ellas, ellos, para su subjetividad, y cómo lo hacemos de manera feminista (y no punitivista), qué respuestas, qué salidas, qué reparaciones podemos generar. Resaltemos más la potencia reparadora del arte y la militancia por ejemplo, que las necrológicas de los noticieros.

Destaquemos también nuestra participación del PODER en este “momento histórico”. Por supuesto no hay un solo po-

6 Proviene de la “necropolítica”, concepto acuñado por el filósofo camerunés Achille Mbembe para designar al uso del poder social y político para dictar cómo algunas personas pueden vivir y cómo algunas deben morir.

7 Me refiero a mujeres, lesbianas, travestis, trans y no binaries. El asterisco lo utilizo tomando la propuesta de Blas Radi (2019) (en Políticas del conocimiento: hacia una epistemología trans*. En López, Mariano Los mil pequeños sexos. Intervenciones críticas sobre políticas de género y sexualidades. Sáenz Peña: EDUNTREF) para términos que considero no equivalentes ni intercambiables pero que hacen a la economía del texto.

der, como nos contaba Foucault, pero pienso a nivel internacional y no puedo dejar de ver machirulos hablando en todas las pantallas de tv. Las grandes autoridades y voces reconocidas para hablar de la pandemia siguen siendo los VARONES hegemónicos⁸. Recién hace unos días salió una nota, SOLO UNA, sobre cómo gestionan la pandemia las presidentas o primeras ministras mujeres de distintos países del mundo, y adivinen qué: parece que lo han hecho mucho mejor! Porque los feminismos, como decimos siempre, (los populares), no salvan solo a las mujeres*; NOS SALVA A TODAS. Nos salva del virus, de la opresión del hetero-cis-patriarcado, de las ortodoxias económicas, entre tantos otros aspectos vitales. Sin embargo, seguimos sin discutir nuestra “parte de las que no tenemos parte”, como dice Rancière, de la política y la policía. Nos queda seguir interviniendo políticamente en este sentido.

De todas formas, no puedo negar que día a día me recorre la pregunta: ¿cómo hace un movimiento que siempre se hizo en el encuentro, en lxs cuerpxs, en lo colectivo, para mantener viva su llama? Retomando el subtítulo de este ensayo, no existen recetas para este desafío enorme de seguir siendo el gigantesco y potente movimiento internacionalista; pero puedo adelantar que donde algunos ven fin de la globalización yo veo ventana de oportunidad de construcción de redes globales de feminismos. Al igual que el compartir cientos de recetas para hacer en esta cuarentena; nos queda seguir ensayando respuestas colectivas, no bajar la guardia, seguir luchando con los nuevos medios y repertorios movimentistas que consigamos; y sobre todo, no perder los lazos corpo-colectivos que tanto nos han caracterizado y nos caracterizan. El fin del mundo hetero-cis-patriarcal nos compete como feministas, nos mantiene vivas y encendidas en la pandemia, atentas a los cuidados y transformaciones genéricas, porque...

“El fin del mundo será devenir feminista o no será”

⁸ Varones cis-hetero, clase/media alta y/o con poder político.

No sé si “algo ocurrirá”, si “tengo una carta guardada” o “un buen signo del sol” como dice la canción de Fabiana Catillo, pero confío en la potencia despotenciable del movimiento.

SUJETO Y ESTADO DE MALESTAR FRENTE AL CAPITALISMO INMUNODEFICIENTE

Ariel Parajón

El fenómeno del COVID-19 nos expone en varias dimensiones: ataca el cuerpo humano, altera nuestra forma de relacionarnos, modifica el funcionamiento laboral o los circuitos del mercado, y hasta los Estados son interpelados directamente. En esta oportunidad nos interesa repensar el impacto en una dimensión que, aunque no se nos dificulte figurar, la podemos sentir e inclusive dialogar con ella: nuestra mente.

Día a día los medios de comunicación convocan a “especialistas” en la conducta humana que lo único que hacen es desplegar técnicas conductuales sobre cómo sobrellevar la ansiedad, la angustia, el miedo, y el encierro que genera la cuarentena, sin tener en cuenta la particularidad de cada sujeto: sus singularidades. A pesar de las recetas normalizadas y estandarizadas, estas sensaciones se pueden manifestar en los individuos en forma de: aumento de los consumos problemáticos, hiperactividad, nervios, depresión, peleas familiares, aceleración del tiempo o lentificación del reloj, entre otras. Ahora bien, entendemos que estas prácticas pueden ser pensadas a partir de un común denominador: la lógica hiperactiva productivista del capital.

El capitalismo tiene un mandato -tan inmanente y abstracto, como aceptado y automatizado-, de acrecentar la riqueza más allá de lo necesario para vivir. Según sus premisas, dentro de este sistema nunca se puede dejar de acumular mercancías (ya sean productos, bienes, servicios y hasta sensaciones); su lógica utilitaria no nos permite dejar de producir. Por lo tanto, cuando la maquinaria se frena, entramos en crisis. No

existe en el actual sistema la posibilidad de reposo, no fuimos educados para eso, aunque a veces parar un poco hace bien ya que permite regenerar nuestras células, energías y hasta nuestras ideas. No siempre es necesario estar haciendo algo, pero ¿Por qué nos cuesta parar? ¿Qué hay en el hacer nada que nos atormenta o incómoda?

El capitalismo necesita de individuos atomizados, activos y productivos que no tengan momento para la reflexión o la autocomprensión de sí mismos. El sistema busca modos para que no emerja la angustia frente al “estar quietos”. Puede que, en este sentido, ante la quietud y falta de ruido aparezcan preguntas y dudas que el dispositivo del capital prefiere que no nos hagamos: Si no tengo coronavirus pero me siento cansado, fastidiado o aturdido ¿Necesitaré analizar el estado de mi salud mental? ¿Qué vida estoy llevando? ¿Cuáles son mis prioridades? ¿Qué lugar le asigno a la salud?. Consideramos pertinente pensar que, en el acto reflexivo por despejar estas incógnitas, se abran condiciones de posibilidad para que el individuo liberal aloje la emergencia de un sujeto arrojado a la búsqueda de dichas respuestas.

La necesidad de extrañamiento es elemental para pensar(nos) tanto interior como exteriormente. Tal vez este periodo de cuarentena y encierro obligatorio en nuestras casas nos permita paradójicamente mirar hacia afuera y percibir que el mundo -más allá de nuestras individualidades- está colapsando.

En su libro “El aroma del tiempo. Un ensayo sobre el arte de demorarse” (2018) Han utiliza dos conceptos contrapuestos para describir la crisis que atravesamos como sociedad global durante las últimas décadas: “vita activa vs. vita contemplativa”. Para el pensador surcoreano “la crisis de hoy remite a la disincronía (...) El tiempo carece de un ritmo ordenador. De ahí que pierda el compás (...) El sentimiento de que la vida se acelera, en realidad, viene de la percepción de que el

tiempo da tumbos sin rumbo alguno (...) La responsable principal de la disincronía es la atomización del tiempo. Y también a esta se debe la sensación de que el tiempo pasa mucho más rápido que antes” (2018:09).

Según este autor, el capitalismo es básicamente vida activa, donde lo único que rige es el imperativo del trabajo y el sujeto es meramente un animal laborans: “La hiperkinesia cotidiana arrebatada a la vida humana cualquier elemento contemplativo, cualquier capacidad de demorarse supone la pérdida del mundo y del tiempo.” (2018:11) Dicho planteo encaja perfectamente con la situación actual: el tiempo es dinero pero el reloj del mundo hoy en día se pausó. Se suele pensar que el mundo está perdiendo el tiempo y eso resulta intolerable para la lógica del capital.

Según lo que podemos observar, durante la cuarentena la gente tiende a establecer rutinas, a sobrecargarse de actividades, e inclusive obreros con ropa de pijamas trabajan más desde el Home Office que cuando estaban en sus lugares físicos de trabajo. La separación entre vida privada y actividad laboral se vuelven -en muchos casos- indisociables transformando sus hogares en una verdadera jaula de hierro.

La figura del hacer por hacer podríamos reconfigurarla del siguiente modo: hacer por miedo a no hacer. En este sentido, la actividad compulsiva tiene una finalidad que suele ser fallida en sí misma. Frenar es insoportable y el hacer por hacer se transforma en algo más dificultoso de cortar que el mismo disfrute (si es que hay espacio para ello, ya que muchas veces a ese disfrute se lo añora y bajo nuevas condiciones, como la cuarentena, se lo busca reemplazar). Cierta búsqueda por colonizar el vacío y compulsiones desesperadas por eludir la aparición de una nada, emergen en estos momentos donde el tiempo parece sobrar pero paradójicamente se nos acorta, sin alcanzarnos el día para hacer todo lo que nuestras mentes se trazaron en hacer.

Marx expresa en su libro *El Manifiesto Comunista* (1847) una frase que siempre nos llamó la atención por su poesía épica para describir la disolución de la sociedad feudal frente a la expansión capitalista: “Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar seriamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas” (2003: 30). A partir de lo dicho en la cita anterior, podemos pensar que en la actualidad, frente a este momento de incertidumbre, tal vez emerjan preguntas en nosotros (ya no sólo como sujetos sino también como ciudadanos) que nos ayuden a reflexionar sobre nuestras sociedades, destinos y acciones: ¿Que nos pasa como sociedad? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Para qué hacemos lo que hacemos? ¿Qué sentido le damos a nuestras acciones? ¿Que afectó le ponemos a nuestras actividades? ¿Hay placer en lo que hacemos?.

En este sentido, consideramos necesario repensar y repolitizar el ámbito de la salud mental y sus efectos en la comunidad. Al contrario de lo que se tiende a imaginar – y en diversas ocasiones afirmar– algunos síntomas como el estrés y la ansiedad no pertenecen a la vida privada de los sujetos, sino más bien al dominio público, ya que los sujetos están sujetos por sus contextos. Resulta elemental asociar patologías y síntomas de este tipo, con los modelos de Estado y sociedad que deseamos construir.

Cuestión de Estado:

La crisis global actual volvió a poner en el centro de la escena el rol que tienen los Estados en nuestras sociedades. Basta con ver cómo se aborda la pandemia en distintos países para comparar concepciones e ideas sobre el Estado contrapuestas.

En el libro “Temor y control, la gestión de la inseguridad como forma de gobierno”, Aizueta (2014) utiliza un concepto

de Estado neoliberal que nos interesa resaltar. El autor describe que en materia de seguridad, a fines de la década de 1970 se generó el paso de una matriz anclada en la presencia del Estado de Bienestar a uno de malestar. Este malestar, podría cristalizarse en los siguientes pilares que actualmente apuntalan la sociedad: criminalización de la pobreza, gestión del miedo, bombardeo mediático, fomento del hiperconsumo desbocado (conjugado con un recorte sustancial de la capacidad real monetaria para adquirir bienes por parte de los ciudadanos), displacer permanente y “estalinismo del mercado” (Fisher: 2016). En síntesis, si bien consideramos que el neoliberalismo es un “Estado de malestar” (Aizueta, 2014), nos surge un interrogante: ¿Puede ser que en la actualidad este tipo de Estado esté llegando a su fin?. Para dar respuesta a ello, resulta indispensable resaltar que las estructuras institucionales y sus lógicas relacionales no se desmoronan por sí solas. Siguiendo la idea de Foucault (1975), quien entiende al poder como una relación social, consideramos que no existe en la política mundial la posibilidad de un vacío de poder, pues siempre alguien debe -y/o tiene- que ocupar ese lugar. Llamamos a esto “correlación de fuerzas”, y son ellas las que pugnan por disputar, convencer, imponer u oponer modelos de vida, prioridades sociales, y hasta concepciones de Estado. Quizás un nuevo tipo de Estado, más social, solidario y aggiornato ante las nuevas demandas que plantean distintos sectores de la sociedad -como el feminismo o el cuidado del medioambiente-, pueda darse paso en esta nueva etapa que se abre a nivel global.

A modo de conclusión, podemos afirmar que la lógica mercantil de acumular riqueza como fin en sí mismo o de regirse por el dinero nos ha quitado el derecho a la pereza (Lafargue, 1848). En este sentido, el menosprecio por el ocio y del placer por la vida misma, deben ser repensados en esta nueva coyuntura¹.

1 Mientras escribimos estas líneas, algunos actores de la política y la aca-

La complejidad acecha y quizás padezcan menos quienes puedan darle asilo a sus dudas, tensiones, alegrías y angustias, es decir, quienes desechen las respuestas pre-fabricadas por la cultura de la vida utilitarizada del “hacer por hacer” que describimos al comienzo. En este escenario, y sin perder de vista que la normalización de las medidas que hoy se aplican como excepcionales dependerá de la puja entre fuerzas sociales, surge la idea de que transitando esta experiencia inédita algo se transforme en la sociedad, posibilitando construcciones colectivas que den lugar a la emergencia de singularidades, sujetos y Estados que garanticen los derechos que aquellos reclaman para gozar de una vida saludable.

demia, debaten la manera de efectuar con políticas públicas esta idea. Un ejemplo de ello es el llamado “salario universal ciudadano” que implicaría garantizar un mínimo de ingresos por el simple hecho de existir.

MUNDOS AGRADABLES

Ignacio Samuel Ramírez Andrade

La gestión de la incertidumbre

Si algo traje consigo el neoliberalismo financiarizado fue el sentimiento de angustia por parte de las capas mayoritarias de la sociedad, una angustia que tiene su anclaje en la concepción de un futuro cada vez más hostil e incierto. En efecto, el individuo se percibe situado en un mundo que se haya gobernado por fuerzas bancarias inasibles que lo superan y exceden. Actualmente, el mundo es dominado por estos intereses de las grandes finanzas, cuya accionar depredador ha desorganizado por completo la vida de los individuos, arrojándolos así, a una realidad sobre la cual les es imposible poder realizar proyecciones a largo plazo. Tras la crisis del 2008, en donde los Estados reaccionaron realizando cuantiosas erogaciones salvando a las principales entidades financieras para evitar un colapso a nivel mundial, estos Estados se han puesto al servicio de estos intereses realizando, en contrapartida, severos ajustes al resto de la población.

Esta situación en la que el Estado dejó desamparado a grandes capas de la sociedad generó una percepción del futuro en el cual las fuerzas del individuo poco pueden hacer para modificarlo. Un futuro que pasó a ser gobernado por aquellas fuerzas fantasmagóricas que han financiarizado todos los aspectos de la vida y cuyas poderosas influencias gobiernan sus posibles derroteros. Es decir, el futuro se dotó de un carácter de ilegibilidad, de incertidumbre. Es el terror a ese abismo que se aproxima lo que impera en las conciencias de los individuos. En este sentido, Ipar retoma el concepto de “condición flexible” relacionándolo con el auge de formas de autoritarismo

social. Esta condición “produce necesariamente temores con respecto a la situación y promueve en los trabajadores la experiencia de estar viviendo en un riesgo continuo” (Ipar, 2018, p.843). Es este riesgo continuo, el elemento que nos interesa subrayar relacionándolo con la incertidumbre del futuro. Si desde el 2008 nos encontrábamos en una situación de vulnerabilidad extrema, ésta se vio exacerbada con la aparición del coronavirus. En efecto, la implementación de las cuarentenas a nivel mundial han suscitado en los individuos las siguientes preguntas: ¿hasta cuándo?, ¿cuándo volverá la normalidad?, ¿cuándo podré salir a hacer mi vida nuevamente?, o peor ¿habrá vida después de esto?. Estas interrogantes que exponen la fragilidad del ser humano, pueden generar la aceptación de respuestas autoritarias como soluciones a la ilegibilidad del futuro y el riesgo continuo. Es decir, pueden estas respuestas políticas pueden ser abrazadas con mayor aceptación ya que responden a esos afectos que demandan una vida en la que ésta se despoje de sus velos funestos e impredecibles de un mundo cada vez más caótico.

Dicho esto, nos resulta imposible eludir las aportaciones que Byung-Chul Han ha realizado respecto a cómo China pudo solucionar a grandes rasgos los efectos de la pandemia. Según el filósofo, China puede sortear la crisis gracias a su infraestructura de vigilancia digital mediante la cual pudo efectuar eficientemente una estricta vigilancia para controlar la población. Gracias a los datos digitales con los que cuenta el Estado se logró controlar la propagación del virus. Sin embargo, esto significó la renuncia absoluta de la privacidad, de un no-reconocimiento de la esfera privada. A partir de aplicaciones y cámaras de seguridad, nada queda fuera de la visión del Estado, del Big Data. Esta cantidad de información exponencial con la que cuenta el Estado puede generar un control más eficiente de la sociedad para solucionar alguna crisis venidera, pero a costa de un sometimiento completo al Estado, de la renuncia

a libertades individuales fundamentales. Si no se reconoce la esfera privada, el individuo es subyugado al gran poder del Big Data. Si, como sostiene Han, esta crisis puede generar que el “modelo chino” se exporte al resto del mundo, dado lo que hemos analizado respecto al riesgo continuo y la condición flexible que se vio exacerbado producto del coronavirus, no vemos porque, de ser así, surja un rechazo a dicho modelo o modelos de autoritarismo similares. Y es acá donde el anhelo por un futuro privado de avatares desorganizadores, pueden jugar en contra de la democracia.

Las distopías han funcionado como representaciones de un peligro existente o inminente en el presente, puestas en un futuro hipotético en su extremo lógico. Es decir, denuncian defectos de la sociedad que, de no impedirse, pueden traer como consecuencia, en su exacerbación, una realidad terrorífica. Sería un lugar común caracterizar un mundo gobernado por el Big Data como una espantosa distopía que adquiere cada vez mayor verosimilitud. Sin embargo, la mención del carácter distópico resulta interesante en cuanto hace referencia, al igual que la utopía, a una sociedad reconciliada consigo misma en donde cualquier tipo de conflicto es erradicado. Es decir, se presenta una sociedad donde no existe un factor interno o externo a ella que ponga en peligro su existencia ni la de cualquiera de sus integrantes. Es solo en estos mundos donde la vida puede ser planificada a largo plazo con absoluta certeza de que ningún imprevisto obstaculizará su realización. No hay enemigos ni peligros a los cuales temer: todos gozan de una vida segura y feliz. Ahora bien, a nuestro entender no existe diferencia alguna entre utopía y distopía. Ambas son dos caras de la misma moneda ya que si en las “utopías la violencia y el antagonismo son eliminados, si la utopía se basa en la expulsión y la represión de la violencia, es únicamente porque debe su propia creación a la violencia; está sustentada y alimentada por la violencia”(Stavrakakis, 2014, p.148). Los intentos por

“crear el paraíso en la tierra”, un mundo en el cual no exista ningún tipo de conflicto o peligro, son manifestaciones de deseos de eliminar de cuajo cualquier tipo de impredecibilidad de la vida. Pero esta construcción utópica, necesariamente supone un procedimiento previo de violencia y coerción para eliminar cualquier tipo de contingencia desagradable. Dicho de otra forma, debió de implicar la aceptación de un tipo de autoritarismo social para garantizar la realización de dicha utopía. Pero esto implicaría el aniquilamiento de la democracia. Es decir, las construcciones utópicas terrenales van en detrimento de la democracia ya que, para efectivizarse, deben haber realizado procesos de violencia centralizados, así como un control rígido de las conductas de los individuos en el presente para que ninguno de ellos actúe en contra de las normas imperantes y se adecue a las conductas sociales aceptadas, evitando así cualquier atentado contra la armonía del cuerpo social. En realidad, la única distinción entre la utopía y la distopía sería un juicio moral subjetivo: la aceptación o no de un determinado tipo de control social para evitar la fragmentación y la discordia. Como bien sostiene Zizek “un compromiso excesivo con el Bien puede en sí convertirse en el mayor Mal: el Mal en realidad es cualquier clase de dogmatismo fanático, en especial el que se ejerce en nombre del supremo Bien” (Zizek, 2019, p. 54).

Dicho esto podríamos preguntarnos, dado el actual estado de crisis mundial en el que la incertidumbre, el riesgo constante y el futuro ilegible fagocitan la aceptación de respuestas autoritarias para garantizar una vuelta a la normalidad de la vida en donde el peligro sea erradicado ¿acaso no peligran los valores democráticos en dichos contextos? Es en este sentido que pensamos que la gestión de la incertidumbre es un factor que se debe tener en cuenta a la hora de pensar la democracia. Una percepción angustiante del futuro en el que el individuo carezca de garantías de llevar una vida con

perspectivas, puede traer como consecuencia la aceptación de respuestas autoritarias. No debemos olvidar que, previo a esta pandemia, ya existían impugnaciones a las instituciones democráticas del sistema liberal. Sin embargo, un mundo en el cual la incertidumbre sea nula, es decir, una sociedad que se halle en armonía consigo misma y esté exenta de cualquier tipo de peligro o conflicto, no es más que la aniquilación plena de la democracia misma, ya que son la violencia y el control estatal centralizado los basamentos sobre los cuales ésta se erige.

Entonces, para que la democracia no peligre, los gobiernos deben garantizarles a sus ciudadanos condiciones materiales de vida mediante las cuales puedan desarrollarse como personas de acuerdo a sus preferencias. No pueden quedar desamparados frente un futuro que los mire como un abismo terrorífico, tal como ocurre en el neoliberalismo en su faceta actual. Es decir, el nivel de incertidumbre e ilegibilidad del futuro no pueden ser elevados. Pero del mismo modo, se debe evitar la interferencia excesiva en la esfera privada para que cada uno de ellos se despliegue en su individualidad sin ningún tipo de coerción externa. Se debe evitar imponer formas de conducta en pos de lograr esa sociedad idílica y libre de peligros. El individuo debe tener la libertad de poder desarrollarse como persona en un mundo en el cual no le sea hostil, pero que al mismo tiempo tampoco le sea impuesto externamente. Es decir, el nivel de incertidumbre no puede ser nula. Se puede concluir, entonces, que la democracia debe gestionar la incertidumbre del futuro de los individuos, evitando cualquiera de sus dos extremos. Ya que es en esta oscilación entre lo absolutamente impredecible y lo impuesto coercitivamente, el espacio donde puede existir la libertad del despliegue individual de cada uno de nosotros, sin el cual cualquier democracia no sería más que una farsa o un cadáver.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Ipar, Ezequiel (2018), Neoliberalismo y neoautoritarismo. Política y sociedad, 55(3), 825-849.

Stavrakakis, Yannis (2014), Lacan y lo político, Buenos Aires: Prometeo.

Zizek, Slavoj (2019), El sublime objeto de la ideología, Buenos Aires: Siglo XXI.

COVID-19, TRANSICIÓN Y DESPUÉS: LOS DESPLAZAMIENTOS GLOBALES DE PODER Y AMÉRICA LATINA

Alejo Serrano

*Hay que volver a ordenar todo (...)
en algo nuevo y distinto. (...) Porque así no va más.*
Cristina, Sinceramente

*¿Quién sabe?
¿Quizá todo no está perdido aún!*
Juan Salvo, El Eternauta

Covid-19 es hoy sinónimo de dudas. ¿Qué cambiará? ¿Qué no? ¿Cuánto? ¿Hacia dónde? Algunas voces abogan por cambios totales, esperanzadores, horizontes de un mundo nuevo, libre de la miseria y la estupidez humanas. Otras, menos exultantes, afirman que nada cambiará, que al disiparse la niebla la miseria seguirá allí saludando con la mano. Sin duda es temprano para saber cómo se verá un mundo post-covid. Pero es la apuesta de todo texto encontrar directivas. Aquí nos centraremos en el orden surgente de ciertas contradicciones globales, y sus repercusiones en América Latina. ¿Cómo se ve nuestro futuro cercano?

Durante el último año la guerra comercial entre China y EEUU fue el tema de la agenda mediática. La esperable confrontación de potencias iniciaba en el terreno del comercio internacional, con la suba de aranceles a exportaciones de ambos lados. La batalla por las tecnologías 5G se profetizaba como el tema de este año. Una serie de conflictos no tan mediatizados subyacían ya desde antes. La guerra narrativa, las inversiones en infraestructura, las balanzas comerciales, el presupuesto

militar, los aliados internacionales. El coronavirus, ese catalizador inesperado, parece haber acelerado contradicciones y pujas latentes en las más variadas esferas de la realidad. La transición sino-yanqui no está, por supuesto, excluida. De qué modo, bajo qué ropajes, en qué tiempos se producirá el desplazamiento de un hegemón por otro, no es algo que podamos saber ahora. Pero es preciso abordar el fenómeno de las transiciones del poder global y las implicancias de un eventual triunfo chino.

Las transiciones imperiales, de una potencia a otra, rara vez han estado carentes de violencia y nunca les ha faltado conflictividad. Las potencias dominantes se niegan a aceptar su declive relativo frente al desafío creciente de una potencia en ascenso. El griego Tucídides lo describió en su Guerra del Peloponeso. Del imperio portugués al holandés, del británico al estadounidense, las pujas entre Alemania y el Reino Unido o EEUU y la URSS son algunos de los ejemplos históricos. Sin embargo, una vez que la potencia emergente en efecto desplaza al imperio anterior, y se erige en hegemón, a la vez creador, garante y gendarme del nuevo orden, la potencia en declive no desaparece; se mantiene en segunda o tercera línea. Retiene para sí capacidades y espacios, márgenes de maniobra y lugares en los que ejercer su voluntad de poder a menor escala. Es constatable por ejemplo, que el Imperio Británico, más de medio siglo después de su caída, aún mantiene colonias en América y Asia, como Malvinas y Mauricio. O Francia, que bajo el eufemismo de territorios de ultramar aun decide el destino de una considerable porción de territorio continental sudamericano, o que ha mantenido su influencia en Argelia, Mali, Senegal, por nombrar algunos. La declinación relativa transforma potencias globales en potencias regionales. Y he aquí el problema que surge para América Latina: nosotros somos la región de Estados Unidos.

Llegado este punto queremos señalar que aun si el co-

ronavirus deja como resultado un visible deterioro del poder gendarme estadounidense, el vecino del norte seguirá allí, saludando con la mano al sur, su presupuesto militar en un bolsillo, y la IV Flota en el otro.

Pues cómo país, EEUU, desde sus inicios erigió su poder a costa del continente y sus diversos habitantes. Nació en la costa este, esclavizó a nativos y africanos, exterminó a los pueblos del Oeste, robó tierras a México, conquistó o compró islas y penínsulas, pirateó el Caribe de la mano de William Walker, construyó una esfera de influencia al norte del Ecuador, se justificó en la doctrina Monroe, disputó luego el sur del sur con sus primos ingleses, y dio algunas de las últimas batallas inter-sajonas en tierras argentas, de los autos vs trenes de los 30, a la postura argentina en la guerra de los 40. Ejerció su dominación hemisférica cómodamente en la segunda mitad del siglo XX, concibió la Doctrina de la Seguridad Nacional, y no le tembló el pulso a la hora de producir golpes y alentar genocidios para evitar cualquier resistencia organizada, en su guerra con los soviets. Frente a las oleada populares, organizó contra-oleadas que más tarde o más temprano se efectivizaron. La más reciente iniciada en 2009 con el Golpe a Zelaya, llega a nuestros días, y muestra un tendal de operaciones entre guerras de cuarta generación, golpes blandos, duros y amenazas de invasión. Su estrategia actual procura la cooptación y el alineamiento de los gobiernos del hemisferio y los organismos panamericanos.

Por su parte, China como país, tiene un origen lejano y una larga historia de dinastías centralizantes y feudos regionales. Ofició de centro de la economía mundial durante largos períodos, y llegó a producir cerca del 30% del PBI mundial desde la dinastía Qin. Algunas dinastías procuraron extender sus dominios por el Oeste, pero fueron vencidas por distintos pueblos y Estados de Eurasia, como los árabes en Talas en el año 711. En el siglo XIX, llamado de la humillación en sus

libros, los imperialismos europeos la obligaron a abrirse al “libre mercado”, y el centro de gravedad económico se desplazó a Europa. Tras la fundación de la República Popular y en particular desde la Reforma y Apertura de Deng Xiaoping, ha crecido a un ritmo acelerado. Xi Jinping habla hoy del sueño de revitalización de la nación china por medio del socialismo de características chinas. Y en sus discursos enfatiza la necesidad de relación con interlocutores estables con quienes planificar en el mediano y largo plazo.

Sin embargo, en el pasado, la centralidad global de la economía china convivió con la expansión colonial europea. Fue por ejemplo el destino final de la mayor parte de la plata americana. De modo que surgen algunas inquietudes. ¿Podría reeditarse tal convivencia? ¿Puede producirse una connivencia entre el interés estadounidense de gobiernos alineados con el interés chino de interlocutores estables? ¿Cómo convencer a China de que una América Latina unida es un mejor aliado? ¿Verá en Alberto, Lula, Correa, AMLO aliados naturales? ¿O se imagina acaso que su vitalidad económica basta para atraer a Nuestramérica, aunque en ella gobiernen Piñera, Macri y Bolsonaro?

Por ello, en medio de la pandemia que azota el orbe, vale la pena realizar un estado de situación del mapa general nustramericano. México, Cuba, Nicaragua, Venezuela y Argentina están en manos de fuerzas populares, revolucionarias o progresistas, pero sobre ellas operan las derechas imperiales de formas diversas. Sobre México, el problema de los carteles está lejos de resolverse. Baste recordar los enfrentamientos entre el cartel de Jalisco y el Ejército. Además su economía está fuertemente atada a la estadounidense por medio del tratado de América del Norte. Por su parte Venezuela pareciera ver cernirse sobre si un asalto, tras la profundización del bloqueo, la orden de captura sobre la dirigencia bolivariana y el posicionamiento de la flota estadounidense sobre sus costas. En

cuanto a Argentina, si bien el gobierno del Frente de Todxs es el que mejor ha reaccionado frente a la pandemia, se encuentra rodeada de gobiernos poco amigos, endeudada y el bloque de poder opositor aún se mantiene impune y activo. En cuanto a los países en donde gobiernan los súbditos de la derecha imperial, las movilizaciones se han detenido como en el caso ecuatoriano, colombiano y chileno, la dictatriz Añez sigue al comando del Estado boliviano, Evo y Rafael Correa persisten en el exilio, el Law Fare ha recientemente condenado a ocho años de prisión a éste último y en Brasil el gobierno de Bolsonaro se encuentra cuestionado por sus aliados, que buscan más bien ocupar su lugar que convocar a elecciones. Por supuesto todavía no conocemos los efectos que traerá la pandemia sobre estos escenarios, el modo en que producirá acumulados y desgastes para unos y otros, los movimientos, grupos, sectores y tendencias que capitalizarán soluciones, reales o imaginarias, las respuestas creativas de unos u otros, y el modo en que impactará en la relación de fuerzas de cada país. ¿Quiénes proveerán de narrativas frente a estos temores y angustias? ¿Las iglesias evangélicas, las organizaciones sociales, los feminismos, la iglesia católica, los grupos narcotraficantes? ¿Cómo afectará la opinión de las clases populares, medias y altas el manejo de la pandemia de las distintas crisis? ¿Puede Alberto contribuir a capitalizar en favor de los movimientos contestatarios en Chile, Ecuador y Colombia? ¿O la perduración en el tiempo de estos gobiernos, aún con sus crímenes, perjudicará a los gobiernos populares?

Estas preguntas son relevantes porque en Nuestramérica las oleadas continentales se consolidaron en simultáneo, producto de la llegada al poder de fuerzas populares en los distintos estados. Tanto en los 40, como en los 70 y los 2000, las alianzas latinoamericanistas a la vez fueron producto y se posibilitaron por la coordinación de las fuerzas surgidas al interior de cada sociedad. Por el contrario, cuando las fuerzas

nacionales sucumbieron, una a una sucumbieron las otras, embestidas por la clásica alianza de sectores cipayos e intereses foráneos. En esta transición que se avecina, Nuestramérica, aún en la periferia del mundo, al final de la ruta de la seda, patio trasero del norte, llena de recursos necesarios para el capital del centro global, necesita construir una cuarta oleada, capaz de recuperar estrategias y espacios de acción, tanto para enfrentar al Norte, como para planificar estrategias win-win con el Reino Medio.

PATRIA AL SUR: CRÓNICA SOBRE UN REGRESO DESEADO

Pablo Solana

Corría el mes de marzo y, mientras transitaba la peor semana de dolores y malestares producto de la infección por Covid-19, internado en el Hospital Argerich en el barrio porteño de La Boca, aún con pronóstico reservado, pensé: Argentina es un buen país para curarse de las dolencias que provoca un virus pandémico. En seguida maticé: era consciente que la reflexión tenía un sentido genérico y obviaba los evidentes impactos desiguales que genera esta enfermedad —como cualquier otra— según la clase social de pertenencia (prevención que cobró sentido y dramatismo poco tiempo después, con la llegada del virus a las villas y barriadas populares).

Argentina no es un mal lugar para curarse aunque, si de salud se trata, podría haber dicho Cuba; incluso en otras regiones del mundo seguramente haya países que puedan garantizar atención de calidad ante la pandemia en curso. Pero así de ombliguista, de nacionalista silvestre, fue mi pensamiento en ese entonces.

Después lo supe con precisión: me contagié durante el viaje que me forzó a pasar por los aeropuertos de Bogotá, Santo Domingo y Panamá. Eran los días previos a la clausura de vuelos internacionales. No se sabía cuándo anunciarían los cierres de fronteras, pero la ansiedad por acelerar los regresos se respiraba en el aire. En alguna de esas bocanadas con las que buscaba salir del ahogo se me escurrió el virus.

Debía volver a Argentina después de vivir 7 años en Colombia. Volvía al sur como se vuelve siempre al amor: con mi deseo, con mi temor. Tararéé ese tango en cada momento de desesperante espera.

Llegué con una idea inconsciente, primaria, de que aquí estaría a salvo. De a poco esa intuición se fue anclando en algunas certezas. Por ejemplo, que la calidad humana de quienes trabajan en el sistema de salud estatal y el profesionalismo que genera la universidad pública en este país hacen la diferencia. Ponderé además el hecho de que, desde hace algunos meses, están al mando del gobierno personas que aún reivindican una identidad política con pretensiones de justicia social.

Vengo de vivir en Colombia, paradigma de neoliberalismo. Durante años me costó explicar allá que, aún en el marco de nuestros maltrechos capitalismo dependientes, puede haber un sistema de salud gratuito y universidades gratuitas. Mis interlocutores —por lo general gente de izquierda o progresista— entendían el concepto pero, aun así, les resultaba improbable en su país un diseño de estado distinto al neoliberal (“la democracia más sólida de América Latina” bautizaron al régimen colombiano, porque las élites supieron mantener las formalidades conservadoras/republicanas aun con una guerra civil de 50 años, mientras los otros intentos de democracias estallaban, cada tanto, en los demás países de la región).

Me preocupaba la idea de tener que padecer, ante un hipotético riesgo, el privativo sistema de salud del país del cual me estaba yendo, o de cualquier otro que compartiera los preceptos de la gestión neoliberal. Quería volver a Argentina, pero la posibilidad de que cancelaran vuelos y debiera quedarme en algún otro destino no me daba ninguna tranquilidad.

Cuando no queda más alternativa que ir pensando al mismo tiempo que se van tomando decisiones, la ideología combina bien con la intuición. Mientras resolvía la triangulación entre distintos aeropuertos latinoamericanos que me trajera a mi patria chica, me ofrecieron otra posibilidad: hacer escala en Miami y volver directamente desde allá. Una sola parada intermedia parecía mejor que tres. Unas chicas argentinas que evaluaban sus opciones en la misma ventanilla eligieron esa

vía. “Si se para el mundo, al menos nos quedamos en Estados Unidos, va a ser divertido”, dijo una de ellas, y las demás celebraron la ocurrencia. A mí, en cambio, la idea me aterró. Aún no habían anunciado casos de contagio en el país del norte. El mío fue un temor ideológico. Un miedo premonitorio. Si el mundo se iba a parar, pensé, y si lo que iba a detenerlo sería una crisis humanitaria global, prefería resistir desde la trincheira más propia: esa claridad volvía a orientarme al sur.

Aprendí a valorar los beneficios estructurales del estado populista argentino por contraste. Cuanto más conversaba con las personas de otros países sobre los derechos de la población acá y allá, menos pretensiosas se volvían mis justas críticas izquierdistas. En no pocos casos me encontraba defendiendo afuera lo que siempre había criticado acá.

Otras elucubraciones teóricas se me aclararon durante esta última etapa de la travesía que me trajo de regreso. En este contexto me di cuenta que podía esbozar mi idea de patria de manera bien sencilla a partir de quienes seguían haciendo que todo funcione y generando las condiciones para que la crisis pueda superarse: el enfermero, la farmacéutica, el chofer de colectivos, la maestra, el cartonero, la investigadora, el pibe de la motito, la doña del barrio.

Y los compañeros y compañeras, esa patria inmediata que siempre nos abraza.

Llegué al país con mis planes alterados por el lío global. Debí entrar en cuarentena y, para ayudarme a resolver, ahí estuvieron las viejas lealtades. Vino a mi auxilio un viejo compañero de militancia que, aun sabiendo el riesgo, se ofreció a prestarme la casa y se puso a disposición. No fuimos conscientes en ese momento la posibilidad de contagio porque aún no sabíamos de mi infección. Pero, más allá de eso, pudo más la solidaridad. Pasados los primeros días él, con problemas respiratorios crónicos, me confesó su temor ante una molesta tos; yo, de inmediato, caí en cuenta de mi posible responsabilidad.

Pero la culpa y la impotencia no miden en las estadísticas: que solo haya tenido relación con una sola persona a mi llegada, para el plan de contingencia general en aquellos días de desinformación, era todo un éxito. Ponerle rostro y nombre a mi preocupación, aún con todo lo angustiante que me resultaba, implicaba que el objetivo de evitar esparcir el virus a más personas se había cumplido.

Para mí, sin embargo, si mi compañero se hubiera contagiado hubiera sido una tragedia personal del tamaño de la pandemia. En ese único temor se condensa toda la angustia del universo: imagínense perjudicar, sin saberlo, a quien más te está ayudando. Síntomas sociales y psicológicos de la era post coronavirus: con esas contrariedades deberemos aprender a vivir de ahora en más; de esas dolencias espirituales, más que de las orgánicas, deberemos aprender a recuperarnos cuando pase lo peor.

Con los días, apenas tuve síntomas compatibles con las afectaciones que provoca el virus, llamé para notificar mi caso. Después de tomar nota de que no tengo cobertura médica, enviaron una ambulancia para llevarme al hospital. Telefonista, enfermero, médica, personal de limpieza: todos me trataron con la mayor cordialidad. Más allá de la confusión que me provocaba no saber todavía si estaba infectado o no, una sensación se me impuso con claridad: el agradecimiento a quienes sostenían con su trabajo el sistema de salud, que me estaban atendiendo con dedicación, profesionalismo y eficacia desde el primer minuto, y lo harían hasta el final de mi recuperación. Aún en el contexto difícil, o por eso mismo: no me sentía en manos tan expertas desde los paños fríos para la fiebre que ponía sobre mi frente, cuando era un niño, mi mamá. En ese momento sentí que el hospital público también era mi hogar.

Para más, en el hospital Argerich me tocó una sala de internación con vista a La Bombonera. Después de todas las dificultades para llegar y de las que se sumaron cuando ate-

rricé, la emergencia me iba llevando donde debía estar: en mi patria pero también en el barrio, que es la patria más cercana. El sentimiento trágico que me sobrevoló inconsciente desde el inicio de todo esto recién entonces pareció encontrar algo de espacio para aflorar: si me voy a morir que sea entre los míos, pensé, cuando me dieron el resultado positivo, casi en un susurro. Sabía que no iba a morirme aún, pero de todos modos disfruté esa ilusoria tranquilidad. Si no fuera tan ateo agradecería a alguna deidad la deferencia.

Pensé mucho durante esos días en quienes trabajan en la salud pública, que se están haciendo cargo de lo principal. Pero igual de convencido estoy que “hacen patria” quienes deciden exponerse por convicción solidaria: hay miles de personas trabajando en nuestros barrios más jodidos, que padecen necesidades fuertes no por el coronavirus sino por el abandono estructural.

Corren riesgos quienes sostienen comedores populares para que no falte la comida en los hogares de cientos de miles de familias que no tienen la alimentación garantizada. Esta vez patria es militancia: son las organizaciones sociales las que están garantizando abastecimiento y redes de contención desde lo más profundo de nuestro maltrecho tejido social. Si hay patriotas en este lío, son quienes están ayudando a garantizar la subsistencia de todxs aun poniendo en riesgo su salud, y su vida.

La solidaridad es la ternura de los pueblos; ese mandato nos viene de lejos y de muy profundo. En Argentina, el internacionalismo humanista de las ternuras que nos nutren y nos atraviesan, cada tanto logra llevarse bien con las políticas sociales, educativas o sanitarias de un Estado golpeado pero que resiste. Aunque no siempre es así: esa tensión también es nuestra identidad.

Aquí aterricé, así me recibieron. Ya estoy recuperado. Como era de esperarse me quedaron anticuerpos, por lo que

voy a ir a donar plasma, que viene resultando eficaz en el tratamiento de pacientes graves. Esa es una forma de colaborar, pero hablando de patria: no veo la hora de pasar la cuarentena y ponerme a militar.

EL DÍA DESPUÉS DE LA PANDEMIA: CINCO CLAVES PARA REPENSAR LA DEMOCRACIA

Héctor Solano Chavarría

La pandemia del coronavirus y sus implicaciones reflejó cuán frágiles son muchas de las certezas sobre las cuales se asientan nuestras vidas. Las del millonario que por décadas, hacia el alba de su vejez, que habiendo amasado fortunas repentinamente falleció infectado por el virus; hasta las del surfista clase mediero que desafiante frente a cualquier cuarentena, invulnerable, se fue de vacaciones, pero que contagió a papá, mamá, abuelo y abuela, a su regreso. El coronavirus ingresó a los países a través de los aeropuertos internacionales, y no desde otro lugar.

La pandemia del coronavirus dio pie a situaciones “absurdas”, o cuando menos, inimaginables hasta hace pocas semanas. Fosas comunes en el centro financiero del mundo, la ciudad de Nueva York, de todos esos miles que fallecieron amontonados en las afueras de los hospitales del sistema privado de salud de los Estados Unidos. Mexicanos en la frontera norte de su país, organizados, haciendo un “muro” de contención para impedir la entrada masiva de estadounidenses a México. En Suramérica, miles de venezolanos agolpados en el espacio fronterizo de Venezuela con Brasil y Colombia, respectivamente, intentando volver a la Patria. Intentan volver a la misma Venezuela que atraviesa una ya conocida “crisis humanitaria” sin precedentes en la historia contemporánea, y cuyo “régimen” –presidido por el “usurpador” Nicolás Maduro- donó respiradores al gobierno democrático de Iván Duque, para atender a los enfermos de coronavirus en Colombia. El mundo está de cabeza.

Las crisis permiten dimensionar la cuestión de la solidaridad. Y en especial, aquella de quien comparte lo poco que tiene. Ese es el caso de Cuba, país cuyo “régimen” comunista tiene alrededor de 15 brigadas médicas en diversos países alrededor del mundo (Italia y Haití, por igual). La pandemia del coronavirus nos “movió la tabla” sobre ciertas verdades incuestionadas, lo que obliga a repensar muchísimas de las categorías que utilizamos frecuentemente para explicarnos el mundo. Requerimos un replanteo de los lugares a partir de los cuales venimos discutiendo lo social, lo económico, lo cultural y lo político. Si convenimos en que efectivamente el mundo ya no será el mismo después de la pandemia, convendría debatir entonces sobre cómo tendría que ser ese mundo. El presente trabajo pretende hacer una aportación en este sentido, intentando someter a debate una de las nociones ordenadoras más importantes de lo político en nuestros días: la noción de democracia.

Por razones de espacio, no vamos a ahondar en aspectos teóricos y/o conceptuales. Nos limitaremos a identificar algunos de los nudos más relevantes en la discusión acerca de la democracia, con la finalidad de caracterizar algunas de sus contradicciones y/o limitaciones. Este ejercicio tiene como horizonte estratégico generar una propuesta de reconceptualización de la democracia, a fin de que esta categoría pueda seguir siendo útil en el mundo de hoy (y de mañana). El análisis parte de la siguiente premisa o hipótesis: la democracia como concepto, expresa una tensión alrededor de dos pulsiones: i) a medida que Occidente fue consolidando el desarrollo de instituciones democráticas en el mundo (la llamada transición a la democracia), al punto de naturalizar esta forma de gobierno como la óptima, e indiscutida; ii) no obstante, ello no fue óbice para que en términos objetivos, asistiésemos como humanidad a una creciente concentración del poder tanto económico

como político, en beneficio de pequeños grupos. La ya discutida tensión entre democracia formal y democracia real.

Nudo 1: institucional

La primera tensión está vinculada a la vocación que tanto política como históricamente asignamos al Estado: la tensión entre el interés colectivo y el interés individual. Esto, porque si bien el Estado-nación que conocemos se erigió en tanto entidad de contención frente a la naturaleza acumulativa y concentradora de los mercados “autorregulados” en el capitalismo (Polanyi, 1944); la tendencia en las últimas décadas, más bien da cuenta de la instrumentalización de los Estados por parte de los poderes económicos-concentrados. Instrumentalización, tendiente a maximizar sus ganancias, con independencia de las implicaciones perniciosas de ello sobre lo colectivo. Desde esta narrativa, la democracia como régimen fue “relevante” solo y en el tanto contribuyera a maximizar las ganancias de los poderes económicos, o bien el poder político de dichos agentes (o ambas cosas). La democracia desde la perspectiva de estos actores es absolutamente prescindible, como se sigue. Repensar la democracia supondría entonces el desafío de repensar, a su vez, las fronteras entre el interés colectivo y el interés individual, de modo que los Estados puedan (volver a) estar en condiciones de poner un alto frente a la tendencia acumulacionista y concentradora de los mercados.

Nudo 2: ciudadanía

La segunda tensión refiere a los criterios de incorporación de los individuos en los Estados. O más específicamente, a la noción de ciudadanía, que se traduce en la tensión entre los derechos civiles y políticos, y los derechos sociales. A este respecto, el criterio imperante en Occidente vincula la ciudadanía al primer nivel de los derechos: la ciudadanía es el um-

bral (de edad) a partir del cual los individuos pueden elegir a sus gobernantes (y no mucho más que eso). La crisis a raíz de la pandemia del coronavirus genera condiciones para complejizar ese enfoque con otras narrativas que –si bien no tendrían por qué suponer la negación de los criterios hegemónicos, liberales-, podrían integrar otras dimensiones, más vinculadas a los criterios históricos de entrada a lo social: la tensión capital-trabajo (derechos laborales, a la sindicalización, salarios crecientes, seguridad social, por citar algunas). Esto admite pensar salidas superadoras a la dicotomía entre derechos civiles y políticos, y sociales, en relación a cómo definimos la ciudadanía. La pandemia ha viabilizado discusiones hasta hace poco marginales en el ambiente intelectual, y que en cierta forma, refieren a la cada vez mayor irrelevancia del trabajo en la reproducción del capital. Imaginar otros criterios desde los cuales pensar los ingresos de las personas es posible: el mismo Papa Francisco levanta banderas tales como la renta básica universal.

Nudo 3: sujetos de derechos

La tercera tensión refiere al ámbito del disfrute y protección de los derechos en el mundo, que para el caso de occidente se vinculó a los llamados derechos humanos. La situación mundial a propósito de la pandemia del coronavirus permite replantear la forma como hegemónicamente fue entendida la relación entre el ser humano y la naturaleza, al punto de viabilizar la posibilidad de pensar los derechos ambientales al mismo nivel que los derechos humanos. Aclaramos que esto no es algo “nuevo”. Asistimos por décadas a un ecocidio que tiene como raíz la avaricia desmedida del capital en el neoliberalismo (la llamada acumulación por desposesión de la que hablara David Harvey no tiene implicaciones solamente redistributivas, también ambientales: desabastecimiento de agua, erosión

de la tierra, cambio climático), como del mismo modo, desde hace algunos años movimientos populares y gobiernos en el mundo vienen planteando la necesidad de reconocer los Derechos de la Madre Tierra (la Declaración Universal de los Derechos de la Madre Tierra, impulsada por Evo Morales, data de 2012. De hecho, países tales como Bolivia y Ecuador incluyeron, en su momento, el “Sumak Kawsay”(buen vivir) en sus constituciones políticas). Objetivamente, en estas pocas semanas la tierra descansó muchísimo de nosotros los seres humanos: reaparecieron los delfines en Venecia y los peces en el riachuelo bonaerense; la pandemia permite posicionar discusiones y enfoques sobre la ecología en clave de ruptura con el neoliberalismo. El viejo dilema entre solidaridad o suicidio colectivo no es más una discusión entre marginales. La transformación social será posible solo con la naturaleza adentro, y no a pesar de ella. La vieja razón instrumental no da más.

Nudo 4: soberanía (principio)

La cuarta tensión refiere al precepto central sobre el que por excelencia se fundamenta la democracia: la soberanía reside en el pueblo. Interesa responder a la cuestión: ¿son las nociones gobierno y poder equivalentes en las sociedades contemporáneas? Objetivamente, asistimos a un escenario en el que el alineamiento y la sumisión de los poderes de origen democrático a determinados poderes no necesariamente democráticos, se plantea como condición para el ejercicio de su autoridad, e incluso, del reconocimiento de su legitimidad. Determinados poderes cuyo origen no necesariamente es democrático, y que operan tanto nacional como globalmente, se permiten en muchos casos la facultad o no de respetar las reglas democráticas a lo interno de los Estados. Acceder democráticamente al poder del Estado, en cualesquiera de sus esferas institucionales, no equivale a la posibilidad de ejercer

dicho poder de manera cabal. Tanto, que la expresión “gobierno débil” es una expresión cada vez más común, que no necesariamente remite al debate convencional gobierno-oposición (tensión cuyos términos parecieran estar cada vez más desdibujados). Un ejemplo clarísimo al respecto fue Grecia en 2015, cuyo gobierno legítimo no pudo imponer la voluntad popular contraria a los ajustes de la llamada “troika” (la tesis del No promovida por Alexis Tsipras obtuvo la victoria con el 61% de los votos);o más recientemente, el no reconocimiento de los Estados Unidos al gobierno legítimo de Nicolás Maduro en Venezuela (que obtuvo la victoria con el 68% de los votos), y el consecuente reconocimiento del gobierno autoproclamado de Juan Guaidó. Para determinados poderes económicos es dable respetar los principios de la democracia solo en el tanto aquellos poderes emanados de ella, no contravengan sus intereses. Las graves consecuencias sociales a raíz de la pandemia ilustran la necesidad de reivindicar un principio tan elemental como el de la soberanía popular.

Nudo 5: soberanía (mecanismo)

La quinta tensión refiere a las limitaciones que presenta en la actualidad el Estado en tanto unidad político-territorial para el ejercicio de la soberanía. Si algo puso de manifiesto la pandemia del coronavirus ha sido no solo el carácter global de los problemas que nos atañen como sociedad (la salud de las personas, en este caso puntual), sino que además, alertas muy significativas al respecto de la eficacia de la regulación estatal sobre los abusos y las injusticias propias de nuestro tiempo. El “big data” es un claro ejemplo de eso. Como ciudadanía, nos encontramos indefensos frente al control societal que ejercen las corporaciones sobre nuestros cuerpos, deseos y sentimientos a través de las APP y las inteligencias artificiales; cuyo alcance, por mucho, trasciende las capacidades y los límites de

las legislaciones nacionales. ¿Cómo gobernar eso? La pandemia del coronavirus evidenció las enormes posibilidades que ofrece el “big data” en materia de control poblacional frente al contagio del virus (cosa que celebramos), pero al mismo tiempo, es ilustrativa de los insospechados niveles de control al que nos encontramos expuestos. En el capitalismo de hoy, los poderes económicos operan globalmente y sin regulaciones casi de ningún tipo, pero la gobernanza salvo excepciones es una potestad que se ejerce circunscritamente a lo nacional. Requerimos pensar mecanismos e instituciones a partir de las cuales los gobiernos puedan poner frenos a los abusos que en esta materia, con seguridad, se cometen en la actualidad.

Consideraciones finales

Como dijimos, las ideas vertidas en este ensayo parten del reconocimiento de cuán lejos estamos de “coronar” el ideal de reconceptualizar la democracia, de modo que sea útil frente a los desafíos del mundo de hoy. Porque si alguna conclusión podemos extraer del impasse del coronavirus, es que efectivamente entraremos en un campo de indeterminación muy amplio, que desde el análisis puede dar pie a muchísimas irresponsabilidades y desorientaciones sobre el futuro. Es decir: si bien reconocemos que la pandemia ofrece posibilidades que desde el sentido común generan condiciones para repensar la democracia en clave de radicalización de la misma; también, perfectamente podríamos asistir a escenarios que no apunten necesariamente a una mayor democratización del mundo que conocemos. Otro escenario posible, es que así como efectivamente podamos experimentar un avance de las ideas democráticas de nuevo tipo como parte del diseño del “orden mundial” postcoronavirus; dicho avance, pueda en el tiempo decantarse en deformaciones o perversiones aún más autoritarias, precisamente “en su nombre” (tal y como sucedió, por ejemplo, con

la experiencia socialista de la incipiente Unión Soviética en los albores del siglo XX). La baraja está abierta.

Por otra parte, también en el marco del señalamiento de las limitaciones del enfoque propuesto, reconocemos que estamos siendo algo laxos en relación a la necesaria caracterización del tipo de régimen político subyacente a la propuesta de actualización de la democracia que hacemos en estas líneas. No obstante, proponemos avanzar en la discusión sobre dos niveles:

- La necesidad de problematizar el tipo de mecanismos e instituciones necesarias para viabilizar a nivel global lo que llamaremos “ámbitos de soberanía extra-territorial”, que al tiempo que sean transversales a los Estados-nación, también contribuyan al reforzamiento de sus poderes y autoridades legítimas a lo interno;

- La necesidad de problematizar lo que llamaremos “ámbitos de soberanía compartida”, que permitan viabilizar mecanismos que contribuyan a la corresponsabilidad de la gestión política entre poderes gubernamentales legítimos, y otro tipo de poderes sociales-populares (no estatales), objetivamente más eficaces que el mismo Estado en la contención y la producción tanto material como simbólica de las sociedades (ejemplo, los movimientos sociales en Argentina, las comunas y los consejos comunales en Venezuela, por citar dos nada más).

POST-APOCALIPSIS Y SUJETXS DEL DÍA DESPUÉS

Manuel Tangorra

Los y las que nacimos alrededor de 1990 crecimos con el lema “ya nada volverá a ser como antes” como modo singular de relacionarse con las catástrofes. Quizás los relatos ficcionales que consumimos son la expresión paradigmática de esta manera de vivir la temporalidad a través de narrativas que no tienden tanto al desenlace en un estado de cosas futuras, sino que surgen en respuesta al trauma de un cataclismo ya consumado. No es este el momento de repetir una recensión del género cinematográfico de anticipación, limitémonos a señalar el desplazamiento: las narrativas en torno al temor del fin de la humanidad características de buena parte del siglo XX – y que tuvieron al holocausto nuclear como protagonista estrella – fueron cediendo lugar a los relatos que emergen desde la tierra arrasada, cuando la bomba (atómica, virológica, financiera-económica) ya estalló. Los personajes no construyen su épica siguiendo la misión utópica que la historia les exige cumplir sino en la supervivencia de un sujeto desamparado ante el derrumbe de su mundo social y natural. Los nuevos héroes y heroínas no son ya aquellos que dejan sus labores cotidianas para emprender un viaje espacial y evitar el Armagedón, sino los que construyen modos de sobrevivir una vez acontecido el impacto.

Este giro no expresa simplemente un cambio en la industria del entretenimiento, es el síntoma de una nueva manera de relacionarse con el devenir histórico como experiencia post-apocalíptica. Nuestras sociedades se construyen desde el derrumbe de los grandes relatos que ordenaron la modernidad. Con la caída del mundo bipolar, lo que entra en crisis son las concepciones de la historia capaces de trazar el horizonte de

una humanidad reconciliada, que funcione como fuerza motora del accionar individual y colectivo. El prefijo “post” se vuelve el significante omnipresente para definir temporalmente el malestar de una sociedad huérfana de las epopeyas ideológicas del siglo pasado.

En nuestros Sures, el dictum apocalíptico tomó la forma del ciclo dictatorial y de los lineamientos del consenso de Washington. La tesis del fin de la historia – que Fukuyama popularizaba reciclando a Alexander Kojève – no es tanto un diagnóstico como un decreto, que impuso la normalización neoliberal como punto de agotamiento escatológico de las tensiones sociales. Pero Latinoamérica también es el campo de experiencias de organización popular, de oleadas de movilización que pudieron hallar en ciertas coyunturas un correlato estatal en los gobiernos progresistas de la región. Esta reconstrucción multiforme de una práctica de emancipación quizás no rehabilitó el horizonte de un destino comunista de la humanidad, pero supuso la reinención de una práctica transformadora que acusa el golpe de la derrota del socialismo del siglo XX, que busca reabrir un espacio para lo político allí donde las orientaciones teleológicas de la historia pierden su capacidad operativa. El carácter heterogéneo, hasta contradictorio de los nuevos movimientos sociales es a su vez su propia condición de posibilidad. Emergen no tanto desde la coherencia de una representación utópica, sino desde el hecho consumado de la precarización de las estructuras sociales, en la tarea compartida de reconstruir una sociedad justa a partir del desastre.

Para reflexionar sobre el después social y económico del virus, el pensamiento que se pretende crítico debería prestar atención al accionar concreto de estos actores sociales emergentes. Identificamos aquí al feminismo y a la organización de la economía popular como ejemplos paradigmáticos, ya que muestran que no hay nada más alejado de esta práctica política post-apocalíptica que la resignación y el nihilismo. Si hay

algo que estas experiencias políticas, sin lugar a dudas junto a muchas otras, ponen en cuestión es el fatalismo, ya sea aquel que anuncia la victoria final del bio-tecno-control neoliberal, o el que profetiza el advenimiento del comunismo. Creemos que, para fantasear responsablemente con el después de la epidemia, la opción más prudente es abrir la reflexión a la acción efectiva de las y los que construyen cambio social cara a cara con la crisis cotidiana.

Las hijas del fuego

A fines de siglo XX, hegemonizó las ciencias sociales una cierta lectura del post-estructuralismo que abonaba la tesis de un deterioro del potencial crítico de la noción de sujeto. Esa tendencia, que en sus posiciones más extremas reducía las identidades políticas a resistencias locales en los capilares de las estructuras que las producen, es desafiada hoy por el movimiento feminista en Latinoamérica y el mundo. Una subjetividad concreta, que se reconoce como tal, se afirma en la lucha que las mujeres llevan, codo a codo con los colectivos de las disidencias, contra el orden patriarcal. Frente a la crisis de las concepciones clásicas de la historia y del proletariado industrial como portador prioritario del sentido del cambio, la ola feminista ha podido reivindicar una agencia política emancipadora en el mundo de la hegemonía neoliberal.

El feminismo demuestra así su potencia transformadora como sujeto del día después. Como lo señala Rita Segato, la lucha de las mujeres – y la consecuente violencia reaccionaria patriarcal– se desarrolla sobre el escenario de la fase apocalíptica del capital¹. Se trata de una identidad política que no se condensa tanto en torno a una misión utópica, sino en un re-construir lo común desde la desarticulación del tejido social. De este modo el movimiento de mujeres no solo está

¹ Rita Segato, *La Guerra contra las Mujeres*. Buenos Aires, Traficantes de Sueños, 2016, pp. 98-99.

logrando imponer una agenda propia, generar grandes movilizaciones y ganar conquistas, sino que también formula una respuesta civilizatoria de cara al colapso de las narrativas del progreso. Las mujeres y los colectivos LGTBI no llegan simplemente a sumar sus reivindicaciones sino a refundar la política en su globalidad, postulando nuevos vínculos organizativos, económicos y afectivos en medio de la descomposición devenida norma del capitalismo tardío.

El feminismo será un actor protagónico en la redefinición de nuestra vida de cara a la irrupción de la pandemia y a la crisis económica que ya se hace sentir. Cuando las coordenadas sociales tradicionales se rompen, las mujeres organizadas han demostrado ser capaces de construir articulación comunitaria y de mantener con vida hipótesis de cambio social. No se trata de ningún fetichismo esencialista, el feminismo popular no es restaurador de un sentido arcaico de lo comunitario, es, al contrario, siempre creativo y transgresor, proyectando desde el trauma social formas nuevas de reinventar lo común en el día a día de la emergencia.

Si la acción feminista de los últimos años es la que nos ha permitido discutir la repartición liberal entre lo público y lo privado, será seguramente esa acción la que nos ayude a reflexionar sobre nuestros modos de trabajar, consumir y desear en tiempos de epidemias y cuarentenas. Son las mujeres y las disidencias las que han incorporado la deconstrucción de las formas de vivir la corporalidad como dimensión central de la emancipación; será su práctica la que nos permita resistir a la gestión tecnocrática de los cuerpos.

Fin del mundo y periferia

La pandemia derribó rápidamente el mito que sostiene que las catástrofes nos igualan en la desgracia. Basta verlas cifras de mortalidad en la comunidad afro-descendiente de

los Estados Unidos, donde el virus viene a añadirse a condiciones socio-sanitarias precarias y a un acceso excluyente al tratamiento médico. La crisis que vivimos no es la guillotina jacobina que destruye las desigualdades estructurales sino la tormenta que las evidencia y las radicaliza. Si del fin del mundo se trata, es uno banal y mediocre, que confirma la intuición de Walter Benjamín cuando señalaba que el apocalipsis se parece demasiado al mundo que dice destruir, que la excepción prolonga la norma que interrumpe.

Sin lugar a dudas el virus y el confinamiento golpean con más fuerza en las periferias, en lxs trabajadorxs expulsadx del mundo del empleo formal que no poseen un ingreso fijo para desensillar hasta que aclare. Estrepitoso desplome de la falacia meritocrática: son los apuntados por “vivir de arriba” los que dependen en tiempo real de su actividad laboral, los que no pueden relajarse en una cuarentena de Netflix y pan de masa madre. Pero lxs trabajadorxs excluidxs –recicladorxs, carrerxs, vendedorxs ambulantes, changarines, trabajadoras del cuidado, entre muchxs otrxs– no son sólo víctimas pasivas de la situación. Las organizaciones de lo que en Argentina conocemos como economía popular –pero que se manifiesta en el mundo entero en una gran diversidad de movimientos que organizan la exclusión – son quienes están sosteniendo la supervivencia cotidiana de porciones enormes de la población. Es un actor emergente que lleva en su ADN la construcción de comunidad en situaciones post-traumáticas; en las coyunturas donde el progreso se muestra como expansión del descarte humano. Este sujeto que puebla las periferias urbanas y rurales del tercer mundo –o que arriesga su vida migrando hacia los países centrales– se constituye políticamente organizando el día después, articulando la bronca ahí donde la fábrica cerró sus persianas, ahí donde las poblaciones son expulsadas de la tierra por el monocultivo.

Relegados por un sistema laboral cada vez más expulsi-

vo, los trabajadores de la economía popular inventan su propia actividad, crean circuitos económicos de contingencia, generando espacios de realización personal y colectiva. Las caracterizaciones clásicas tales como “ejército de reserva” o “lumpen-proletariado” son insuficientes para entender el surgimiento de un actor que manifiesta el mayor dinamismo antagónico frente al orden neoliberal. En una fase del capitalismo que hizo de los crash y las debacles un método de gobierno, el empoderamiento colectivo de lxs excludxs muestra su capacidad para interrumpir los ciclos de crisis, ajuste y precarización. Las más de las veces, su potencia transformadora no se manifiesta en consignas grandilocuentes que anuncian la caída del capitalismo, sino en el gesto radical de construir dignidad en el aquí y ahora, en una nueva épica revolucionaria que combate la deshumanización ungida como norma sistémica.

Al igual que los feminismos, los movimientos sociales que organizan la exclusión serán protagonistas de la reconfiguración de nuestra existencia social, sea cual fuera el desenlace de la excepción sanitaria. Quizás pensar el fin del mundo y el después no implique tanto proyectar predicciones que confirmen nuestros esquemas conceptuales previos, sino abrir el juego para una reflexión junto a aquellxs que recrean lo común en medio de la urgencia catastrófica cotidiana.

DEMOCRACIA DESDE AMÉRICA

Santiago Gusinsky
Francisco Luaces
Floreál Tasat.

“Por encima de tanto barullo asoman como espectros las preguntas: el para qué, el hacia dónde, el y después qué”.

Slavoj Zizek

El mundo se detuvo. Nos encontramos en “una común demora, una común detención, una común angustia” (Marcelo Percia, 2020). Sobrevuela un fantasma, el del consenso sobre el límite. De Kissinger al Papa emergen discursos sobre lo que falló o lo que falta. Un malestar que se muestra abierto a discutir la normalidad. La pregunta que se abre es en torno a cuál será la propuesta para reemplazar a esta normalidad detenida. Quizás es hora de indagar la experiencia de lo americano como respuesta posible. La periferia como vivencia tangencial, sintomática, siempre fallida, de ese sistema ordenado desde el centro, puede ofrecer al menos indicios de un futuro posible.

“La palabra pandemia viene del griego antiguo, y significa «todo el pueblo». En efecto, todo el pueblo, todos los seres humanos, estamos afectados por igual” dice el pensador Markus Gabriel (2020, p.131). La globalización agrava aún más este problema, que acapara a toda la población, sin distinguir clase social, etnia, género, todos somos potenciales portadores. Sin embargo las respuestas que predominan son a nivel nacional. Son las respuestas políticas y sanitarias de cada país las que desnudan a las “democracias” y a los gobiernos totalitarios, dejando a la vista su ser ideológico.

Corrido el velo de la completud emergen las falencias. Es en la brecha que se abre con la conmoción de los macizos

ideológicos en la que nos ubicamos para pensar la época y determinar las condiciones en las que el virus viene a insertarse. De esta manera se puede leer la historia de la humanidad en clave de sucesión de pandemias a las que la especie ha logrado superar. Peste negra, gripe española, gripe A, gripe aviar, cólera, ébola: Los virus y las bacterias no son novedad, lo que irrumpe, o mejor dicho, lo que viene a producir es una interrupción sobre las condiciones particulares de organización social en un momento determinado. Globalización y neoliberalismo han marcado el ritmo del mundo en las últimas décadas. Sobre ellas parece el virus haber trastocado las coordenadas.

El neoliberalismo es una forma de vida, no solo una ideología. Constituye un nuevo tipo de racionalidad que consiste en la extensión de la lógica del mercado a esferas no mercantilizadas, en donde la competencia y el modelo empresarial son el patrón de las conductas constituyendo un nuevo tipo de existencia para lo humano. Así hemos visto no solo la privatización de los sistemas de salud, sino que hemos asistido a una privatización de la vida en su conjunto, una mercantilización de la educación, del ocio, del amor. Una individualización que coloca al rendimiento personal en el centro de la vida y que en tanto potencia la competencia, fractura el lazo social, la solidaridad, la pertenencia al grupo. Así

como los individuos se lanzan al acopio, algunos estados se lanzan a la monopolización de los insumos necesarios para atender la pandemia.

El virus irrumpió en un mundo frágil, metiéndonos de lleno en la crisis del multilateralismo. Con la pandemia quedó en evidencia que las grandes instituciones que sostenían occidente han caído o se encuentran en crisis. El amo clásico cuyo discurso presentaba solidez y consistencia y que nos acompañó históricamente hasta la caída del muro de Berlín, perdió toda vigorosidad frente al despliegue globalizado del capitalismo en su fase tardía. Ya nadie espera qué van a decir

las instituciones que se crearon con el inicio del Estado de Bienestar de posguerra, los medios nos muestran, en cambio, la eficacia del Estado Chino. Su efectividad en el cercado del virus se debe, fundamentalmente, al control total sobre la población que ejerce el gobierno de Xi Jinping a partir de la hipervigilancia digital.

Frente a este panorama mundial parece haber dos opciones, el régimen del algoritmo totalitario chino; o Estados sometidos al capital. Estados Unidos y Brasil constituyen el sùmmum de la experiencia neoliberal, arrojando a su población al darwinismo social. Lanzan literalmente una competencia evolutiva en la que la ley es la salvación del más apto, dejando a los ciudadanos librados a sus propias capacidades de sobrevivir. Lo que la naturaleza no da los Estados neoliberales no prestan. Es Foucault quien en sus desarrollos sobre las tecnologías de poder, conceptualiza a la Biopolítica como aquella forma de gobernabilidad que se trata de “hacer vivir, dejar morir”.

En Argentina la disyuntiva global no nos alcanza, al menos por ahora y de forma completa. La situación es singular, el gobierno de Alberto Fernández en su batalla contra el virus logró habitar una suerte de fisura. Haciendo malabares entre lo epidemiológico y lo económico, logrando un amplio consenso en torno al rol del Estado frente a la pandemia, el gobierno logra, como sostiene Martín Rodríguez, hacerle entrar una bala al realismo capitalista. Repite como un mantra el presidente “una economía que cae se levanta, una vida no”. De todo laberinto se sale por arriba. Cuidar la salud y el empleo implica una posición ética que se sostiene con el horizonte en la comunidad, que encuentra en la política la herramienta para el bien común.

Pensar una radicalización de la democracia consiste en recomponer el lazo social, organizar la comunidad, recrearla colocando al Estado como ordenador del mundo social, po-

tenciar los vínculos creados para romper las fronteras del individualismo y la competencia. Un Estado que cuide y haga cuidar, que se alimente de la participación de la sociedad civil, que consolide un Sujeto colectivo pero no colectivizante, que ayude y se deje ayudar, un Estado que apunte a recomponer la fractura social, que cierre las grietas de una sociedad que se ve en su conjunto amenazada. Recrear esta y cada vez, haciendo carne la experiencia americana hasta sobrepasar los límites posibles del sistema capitalista desde una lógica del bien común. El populismo de izquierda probablemente sea el único capaz de formar una hegemonía, Laclau (1996) lo describe como la “extensión equivalencial de las diferentes demandas”, un significativo vacío que pueda acumular las experiencias heterogéneas que se desarrollen en el mundo. “Lo singular, lo popular, los sujetos que quedan fuera del aparato financiero/productivo”. El “saber hacer con esas brechas, esas

diferencias, en la construcción de una voluntad colectiva, es el arte de lo político”, dice Jorge Alemán (2019). Latinoamérica, supo construir un bloque, y puede ser el modelo de un próximo internacionalismo no etnocéntrico.

El bloque latinoamericano tuvo una experiencia transformadora inédita, la que Evo Morales condujo en Bolivia. Una de sus empresas fue fundar el Estado Plurinacional, un colectivo heterogéneo, indígena, originario y campesino. Recuperar lo originario, el saber popular, va en la misma dirección de lo que planteó el antropólogo argentino Rodolfo Kusch: “se trata de descubrir un nuevo horizonte humano, menos colonial, más auténtico y más americano”. Si los gobiernos neoliberales funcionan a partir de lo que Heidegger conceptualiza como conjunción entre poder y técnica- es decir una vida pensada desde lo calculable, lo racional, lo cuantificable, apuntando la tecnología a la producción y el consumo, afirmándose como única verdad- este horizonte auténtico vuelve para preguntarse por algo fundamental: ¿para qué y por qué se conoce, se in-

vestiga y descubre lo que se descubre? El vivir en comunidad implica otra relación más sustentable con la naturaleza y de otra filosofía para conocer.

Que el hombre deje de ser lobo del hombre para convertirse en su hermano pide el Papa Francisco con sus críticas al mundo globalizado. Oponiéndose a los sacrificios que demanda “el mundo de las finanzas” delimita una posición: no es Dios quien nos está castigando con esta pandemia, sino el hombre quién se lastima a sí mismo. Esta división entre lo divino y lo social nos ubica de lleno en el terreno de la disputa política. Disputa por una democracia soberana, en contraposición a la democracia liberal globalizada. Una democracia que resista la emergencia de lo totalitario, que no sucumba a las tentaciones fascistas. Una democracia que sea capaz de darle un marco al poder del pueblo, donde logren inscribirse las diferentes experiencias emancipatorias. Que tenga como horizonte no el exterminio de la individualidad, sino su reafirmación en una función colectiva: la de vivir en comunidad.

Nos encontramos frente a una apertura a la esperanza. Nada más, ni nada menos. El virus actúa como un afuera que irrumpe sacándonos de nuestros propios narcisismos. Caminando por los senderos de la historia, aquella que San Agustín nombra magistralmente como “la lucha entre el amor a sí mismo y el amor al otro”, las experiencias periféricas al capitalismo central muestran un forma de organización posible.

BIBLIOGRAFÍA

Acevedo, J. (2016). Heidegger y la época técnica. Santiago: Editorial Universitaria.

Alemán, Jorge (2019). Crimen perfecto o emancipación. Editorial NED.

Dardot, Pierre y Laval, Christian (2014). Entrevista con Amador Fernández-Savater. Recuperado: http://www.eldiario.es/interferencias/neoliberalismo-ideologia-politica-economica-forma_6_312228808.html

Foucault, Michel (2004), Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France 1978-1979, Paris: Gallimard.

Laclau, Ernesto (1996) “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, en Laclau, Ernesto, Emancipación y diferencia, Buenos Aires, Ariel.

Markus, Gabriel (2020). Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia. 131.

Percia, Marcelo (2020). Recuperado de: https://twitter.com/marcelo_percia/status/1247155549705134086

PARTIR DE LA NADA, PORVENIR

Érica Tejera
Gonzalo Sanguinetti

Pandemia guarda memorias donde perviven sentidos que no llegan a estos días. Compuesta por étimos griegos: “Pan-“indica totalidad, todxs. “Demos” quiere decir pueblo. Definiciones entre los siglos previos a su vinculación a enfermedad podrían leerse así: “lo que afecta a todo el pueblo”, “lo que concierne a toda la gente”.

Pandemos: lo común a un pueblo¹.

A partir de 1800, vislumbrando la modernidad, tras siglos de expansión colonialista europea sobre el mundo, tras masivas epidemias europeas, la invención de las disciplinas médicas modernas, los controles poblacionales de la salud, y en inminencia de la creación de la epidemiología, adquiere su sentido actual como enfermedad, contagio, virus, peligro de muerte.

Pero bajo el sentido que la modernidad le otorgó, resta otra (des)memoria. En diccionarios de la lengua española, hasta 1788, todavía se podía leer que pandemia correspondía también a un sobrenombre de Afrodita, diosa griega de amores, amistades, sensualidades, erotismos².

Afrodita Pandemos restituye la idea de un eros en común. Podría querer decir Eros común a todo un pueblo, eros

1 Siendo limitada la extensión, advertimos que las alusiones a lo común se inscriben en la estela teórica que han dejado Blanchot, Derrida, Nancy, sobre esta cuestión. Partimos no de la pregunta por el ser, sino de una ontología del ser-con. Nancy elabora el «ser-con» como exposición hecha de inminencia, de la simultaneidad de la retirada y la venida de la relación “que el menor incidente puede decidir, -o bien, sin duda, más secretamente, que no cesa de decidirse a cada instante, en un sentido o en otro, en un sentido y en otro (...) decisión indecisa de lo extraño y de lo próximo, de la soledad y de la colectividad, de la atracción y de la repulsión” (Nancy, 2001, 167). Lo común como esta indecible exposición en inminencia, cada vez.

2 Al día de hoy, este sentido está ausente en la definición de pandemia que provee la RAE.

de lo común, lo común como reserva erótica. Eros común como preocupación, cuidado por todx otrx. Disposición, inclinación, hospitalidad hacia todx otrx. Otrx es otro nombre del pueblo. Vida como urdimbre delicada que sostiene cada mano que la trama.

Pandemia no es sólo un nombre del terror mundializado a la muerte por cercanía. Antes y también, es memoria de cómo un pueblo (no país, no Nación) se constituye como respuesta siempre trémula a la pregunta ¿cómo amar en común? ¿Podremos volver a abrir esta pregunta desde el distanciamiento?

Hoy la pandemia adquiere carnadura, cuando el Estado decide distancias de cuidado preventivo, atendiendo democráticamente que el efecto en la diversidad requiere de múltiples medidas que acompañen su cuidado. La interrupción del qué-hacer cotidiano, es temblor que constituye la espesura de un problema para muchxs.

¿Cuánta interrupción soportan las vidas que vivimos? Los ritmos de producción que llamamos vidas. Sin la salvaguarda de sentido de la cotidianeidad, ¿qué está pasando en la vida de cada quién? ¿De qué se trata estar en la vida cuando lo que llamábamos vida se ha detenido, pero lo vivo continúa?

Pensamos en invenciones de singularidad³. Puntos intensivos de expresión de lo singular. Precisamos escuchas sutiles para la innumerable dispersión de sentidos a los que se abrirá vivir.

Pero esta interferencia también produce multitareas reactivas, colonizaciones del vacío, cacerías del tiempo, ajustes de cuenta con lo que nunca fue, compulsiones desesperadas

3 “La singularidad designaría precisamente lo que, cada vez, forma un punto de exposición, traza una intersección de límites, sobre la que hay exposición. (...) Ni siquiera es todavía estar “cara-a-cara”, es anterior al escrutinio del rostro, a su captación, a su captura como presa o rehén. La exposición es anterior a toda identificación, y la singularidad no es una identidad: es la exposición misma, su actualidad puntual.” (Nancy, 2001, 167)

por eludir la aparición de una nada que irrumpe como cifra de lo insoportable. ¿Qué mutilación de imágenes de vida posibilita este convencimiento desvitalizado sobre los cuerpos?

Mandatos de productividad no se desencarnan con facilidad. Sentidos comunes que promueve el capital, rápidos de reflejos, ya han movilizad técnicas, tareas y rutinas para no perecer de vida. Inmediatamente tenemos más cosas para hacer que antes de la interrupción, ya no nos alcanzará la cuarta. rentena.

¿De qué se trata la trama política que puebla de terrores las potencias imaginativas? Como si temiéramos profundamente (o ya lo supiéramos) no ser capaces de imaginar otra vida que la que nos es más o menos dada.

¿Qué derrotas políticas anidan en la orfandad de imágenes vitales otras?

La interrupción mundial de rutinas de producción interrumpe modos de existir. Compulsiones del hacer tienen una finalidad fallida, no finalizan nunca. Frenar es insoportable, hacer-por-hacer se vuelve más difícil de interrumpir que placeres. Acaso por primera vez preguntemos radicalmente cómo existir sin una onto-teleología de la producción que hace, de cada vida, valor de cambio para el mercado.

Interferencias en los hábitos que llama(ba)mos vidas acaso enseñan que no cuesta tanto la distancia con los disfrutes sino el extravío de las repeticiones que nos confirman. Vidas con costumbre de cumplir antes que vivir.

Existir estos días supone redefinir las investiduras sobre el mundo que hacen vida, sugeriría Freud, ligando salud mental a la capacidad de amar y de trabajar. Éticamente preguntamos cómo se redefinirán amar o trabajar (como fuerzas libidinales a disposición) en el hacer-por-hacer interrumpido y dislocado.

¿Qué sucede cuando podemos pensar trabajar ya no para ganarse la vida (ese sentido común mortífero del capital con-

fesando sutilmente que la vida nos es dada perdida de antemano), sino para labrar vida, para componer vida aquende su producción como mercancía de cambio?

Hacer-por-hacer podría decirse así: hacer-por-miedo-a-no-hacer. Interrupción del ser-a-partir-de-hacer.

Qué sucederá con la capacidad de amar, cuando la sin-distancia y el cese de la compulsión de ocupación dislocan el sentido de amar. Si amar, tantas veces, obra como relevo, tregua, respiro, ¿qué sucede con amar cuando se interrumpe eso de lo que nos relevamos, respiramos, mediante las acrobacias amorosas? Repentinamente ocurre como lo que nunca cesó de ser: misterio irresoluble.

¿Qué resto queda a la existencia precarizada por el vampirismo libidinal del capital para amar? ¿Qué visiones de lo que llama(ba)mos amar, irrumpen tras la interrupción? ¿Qué relación entre sin-distancias y violencias femicidas? ¿Qué espantos históricos conviven en las intimidades que llama(ba)mos “casa”, “amor”, “vida”?

No descuidamos que es el acceso a derechos lo que crea condiciones para hacer-por-miedo-a-no-hacer, como también para dar sentidos otros a trabajar, para componer encuentros otros. La vulneración de esa condición elemental genera procesos de crueldad excluyente en los que lo insoportable es lo cotidiano. Creemos necesaria esta reflexión en tanto nos preguntamos por impactos singulares posibles de este pandemio y por el efecto democrático-singular de las decisiones políticas del estado nacional⁴, entendiendo “democracia” como un gesto infinito de responsabilidad incondicional frente a todxotr⁵.

4 Estas conjeturas giran en torno a los límites de la Argentina, por el posicionamiento diferencial que ha tomado el Gobierno Nacional frente al virus respecto del resto del mundo.

5 *Pensamos la noción de democracia en términos derrideanos: “La idea (...) de la democracia por-venir, (...) es la apertura de ese hiato entre una promesa infinita (siempre insostenible porque, al menos, apela al respeto infinito tanto por la singularidad y la alteridad infinita del otro como por la igualdad contable, calculable y subjetual entre las singularidades anónimas) y las formas determinadas, necesarias pero necesaria-*

Democracia-Pandemos: desnaturalización del orden político en nombre del radicalmente otrx, de los modos de vida infinitamente vulnerados, negados, sacrificados. Apertura inaudita para disputar el sentido mismo de lo democrático.

El Estado enuncia dos performativos políticos radicales que cimbran el horizonte histórico: “Nadie se salva solx”, “Primero lxs últimxs”. Si el capitalismo decide qué vidas viven o mueren según su valor de mercado, aquí democracia obra como apuesta a dislocar esa estructura sacrificial. No sólo toda vida importa, sino, toda vida es vida-entre-todxs, está en manos de todxs. Oportunidad radical de escuchar qué vidas se están aniquilando, en imperdonable silencio, para mantener lo cotidiano.

Actividades incesantes, ordenando cada minuto bajo el mandato del mercado de valor, cumplen funciones concretas en los modos de subjetivación. “Hacer” cuando hay acceso a circuitos y condiciones socio-materiales es ser-posible. Cuando esos recorridos están negados, el vacío ya no se presenta como angustia al horror-vacuí, existencial, sino como el ruido y la furia de una intemperie poblada de crueldades, donde la preocupación no es estar ocupadxs, sino estar sobrevivix.

¿Cómo hacer lugar al abismo, cultivar allí brotes de singularidades para soñar con que este entretiempro promueva comunidades impensables que reverberen como posibilidad de lo (hasta ahora) imposible?

Lo indecible de lo que sucede acecha. Acaso habrá que padecer, es decir, saberse expuestxs descreerse aislables; pensar vidas como delicadas hechuras compuestas por innumerables afecciones; dejarse tocar por esta “nada”, restituir el con-tacto con el mundo, probar cesar la reacción inmunológica a lo que pasa. Dar asilo a angustias, tristezas, alegrías, entusiasmos, cansancios, temores, encontrar vida en su estado

mente inadecuadas de lo que debe medirse por esta promesa.” (Derrida 1995, 79). Interesa leer la disposición del Estado frente a la pandemia, desde esta referencia.

de variación; desechar respuestas-antídoto por la cultura de la vida utilitarizada; probar alquimias con-entre algún otrxs.

Acaso algo del lazo social haga des-enlace: condiciones de posibilidad para imaginar comunes que den de respirar a lo diversidad de lo viviente.

Sólo sabemos que desconocemos cuántas disputas por otros comunes se están dando, dónde se están fraguando, en qué gestos imperceptibles, qué estrategias se están imaginando para discutir otras narrativas vitales que las del capital-patriarco-colonial. Habrá que “tener el oído atento u otro oído muy fino, que debía aparecer”⁶, como decía un poeta. Vivir en la inminencia como ejercicio de una democracia en inclausurable apertura.

Pensamientos que buscan futurología definitiva sobre lo que (todavía no) ocurre, repiten sintomáticamente el hacer-por-hacer productivista; aniquilación del acontecimiento en manos de una certidumbre reactiva y clausurante, incapaces de partir desde nuestra vulnerabilidad constitutiva que requiere políticas de cuidado, no de defensa. Así la posibilidad de diferir de lo-mismo acabaría por morir de repetición. Y esta repetición es la del capitalismo inmunitario.

¿Qué aperturas políticas florecen en la síncopa de la máquina de sentidos del capital en esa potencia de lo indecible que llama(ba)mos hacer-nada?

BIBLIOGRAFÍA

Derrida, J. (1995) Espectros de Marx. El estado de la deuda y la nueva internacional. Ed. Trotta, Madrid.

Nancy, J-L. (2001) La comunidad desobrada. trad. P. Herrera, con la col de I. Herrera y A. del Río. Ed. Arena, Madrid.

6 Ortiz, J. L. (1995) “Guauguay” en Obra Completa. Ed. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe.

Cuarta parte, pp.151-174.

Ortiz, J. L. (1995) "Gualeguay" en Obra Completa. Ed. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe.

LA DEMOCRACIA COMO CONFLICTO Y DIACRONÍA: UNA NARRATIVA ENTERRADA BAJO ALGORITMOS Y DISTOPÍAS

Mariano Vigo Deandreis

El escenario de aislamiento y crisis humanitaria que ha desatado la pandemia promovió la intervención de distintos intelectuales, cuyas reflexiones giraron en torno a los nuevos mundos que podrían emerger luego de atravesar esta coyuntura. Reseñaremos, aquí, dos posiciones antagónicas dentro del debate¹.

Por un lado, la postura del filósofo esloveno Slavoj Žižek augura horizontes positivos para el devenir de la humanidad post-pandémica. En esta clave, hace un balance en donde los esfuerzos humanitarios para enfrentar la tragedia del COVID-19 pondrán de manifiesto las bondades de la cooperación y la solidaridad globales, patentizando la crisis de los paradigmas mercado-céntricos y egoístas del capitalismo imperante. En resumidas cuentas, el pensamiento de Žižek recupera la tradición marxista de la crisis como momento de re-subjetivación, de cambio paradigmático, pero extrema sus fundamentos al plantear la necesidad de una catástrofe para repensar las características básicas de nuestra sociedad y construir una alternativa.

Por su parte, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han se posiciona en el otro extremo del clivaje que enfrenta al porvenir promisorio con el pesimismo escatológico. En un acercamiento de cuño Hegeliano, postula que la “ilimitada permisividad de Europa” ha hecho fracasar la intervención estatal

1 AA.VV, “Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia”, ASPO, marzo 2020.

para controlar la pandemia. Por el contrario, Asia habría intervenido eficazmente, dada su “tradición cultural autoritaria”. Desde esta perspectiva, la vigilancia digital a través del Big Data sería la piedra angular de su éxito.

Asimismo, en occidente, la irrupción de la pandemia habría motivado la reaparición de la idea del “enemigo”, característica de la sociedad bipolar de posguerra. Frente a esa reaparición, el pánico habría impulsado el reclamo social de “barreras inmunológicas” (fronteras) contra dicho enemigo, aseguradas por la intervención del Estado-Nación. Bajo este prisma, en el mejor de los casos, el pánico generaría las condiciones propicias para reforzar el autoritarismo neoliberal de mercado y, en el peor de los escenarios, permitiría la difusión del “exitoso” modelo de vigilancia virtual. En resumidas cuentas, Han señala que la revolución sólo será obra de las personas dotadas de “RAZÓN”, no el producto de una crisis epidemiológica que sólo promueve el individualismo y el aislamiento. Sin embargo, su posición extrema le resta importancia a la coyuntura actual como escenario dinamizador de la trama intersubjetiva global.

La narrativa del progreso: un consenso desarrollista y tecnológico.

Desde la segunda mitad del siglo XIX y durante gran parte de los siglos XX y XXI, la idea de que la humanidad camina por un sendero de desarrollo técnico y tecnológico inagotable, siendo el mercado el agente democratizador de sus bondades, ha echado raíces en nuestra forma de leer el devenir. De tal suerte, lo que el filósofo alemán Walter Benjamin² llamaba el tiempo vacío y homogéneo logró suturar las potencialidades subversivas de otras trayectorias históricas alternativas, cimentando la hegemonía de una teleología del

2 Benjamin, Walter, Escritos franceses, Buenos Aires, Amorrutu, 2012.

desarrollo.

Siguiendo esta lógica, existe una confianza inveterada en que las bondades de la tecnología nos sacarán de este escenario de crisis o, cuando menos, nos ayudarán a transitarlo. En esta clave, la libido social se ha movilizado con un frenesí inusitado a ponerse bajo el amparo tecnológico, dejando de lado el componente social al que esas tecnologías deberían atender. Así, por ejemplo, una pulsión egoísta movilizó a miles de personas a saquear las provisiones de alcohol en gel, barbijos y guantes, sin importar el hecho de que son insumos críticos. No faltó quien - obsesionado con el diagnóstico - criticara la falta de testeos necesarios, a la espera mesiánica de una vacuna salvadora. Por otro lado, el principio tecno-céntrico hizo de la virtualidad el medio indicado para subsanar las distancias, alimentando la continuidad de los criterios productivistas a la par de la ilusión de contacto con los seres queridos, garantizando los consumos mínimos y habilitando - en los casos más extremos - el medio idóneo para controlar el avance del virus junto con la movilidad de las personas.

Esta narrativa ha sido construida bajo la primacía de un lenguaje binario, que codifica y decodifica al mundo a través de la maquina. Desde ese registro semántico, LA RAZÓN y LA CIENCIA - en singular y con mayúsculas - imperializan el espacio de producción de sentidos y garantizan la homogeneidad del pensamiento como confianza algorítmica en un porvenir de consumo y felicidad.

La narrativa institucionalista: entre la programación y el telos distópico.

El lenguaje binario que organiza la trama intersubjetiva contemporánea pretende reducir el mundo a un mero cálculo, despojándolo de su riqueza de matices y experiencias. La subjetividad, así tramitada, puede ser anticipada y estimulada

(vale decir, programada) a través de la información que emerge del Big Data, reificando las formas de pensar, de actuar y de sentir.

Esta fenomenal herramienta normalizadora se sustenta en un principio particular de lectura del tiempo histórico y del ordenamiento de las relaciones sociales. Esa lectura encuentra su condición de posibilidad en la experiencia estadounidense. En ella se perfecciona la ilusión de fundar la convivencia social en una declaración constitucional ajena a toda experiencia previa, trascendental en términos kantianos. De este modo, haciendo caso omiso al genocidio de las poblaciones originarias y a la explotación esclavista de los afro-descendientes, el imaginario social de EUA se pretende ajeno a la historia y concibe la política como puro cálculo, como combinatoria puramente racional y ética (lógica puritana)³. Partiendo de esta premisa, busca exportar o, mejor dicho, imponer su sistema de programación “democrática” al resto de las naciones.

A su vez, dentro de este paradigma normalizador, el dispositivo de poder busca engendrar a sus presuntos opositores: los desencantados de la humanidad, los detractores de la política como horizonte de posibilidad pragmática. Desde estas usinas de pensamiento serializado emergen fractales teóricos de la desesperanza, cuyo común denominador son las tramas conspirativas que prefiguran escenarios distópicos en el porvenir.

De tal suerte, la coyuntura actual animó todo tipo de paranoias, en donde la política -como dimensión relacional de la conciencia- es impugnada. Sea cual sea el factor que la origine (EUA, China, El Orden Mundial, etc.), la potencia de la conspiración fagocita las energías de contestación social, llevando a la humanidad a un destino ineluctable de engaño y pérdida.

La narrativa maldita: coyunturalmente-diacrónica, univer-

3 Berardi, Franco, Generación post-alfa, ed. Tinta Limón, Buenos Aires, 2016.

salmente-telúrica y conflictivamente-plebeya.

Al analizar los posibles escenarios democráticos posteriores a la crisis, nos encontramos con dos problemáticas intrínsecamente relacionadas, a saber: los procesos de radicalización política e ideológica y las transformaciones del tiempo histórico. En lo que respecta a este último, en los momentos en que la hegemonía está consolidada, las clases dominantes trazan su propia narrativa histórica, dando lugar al tiempo vacío y homogéneo, es decir: congelan el pasado, estabilizan el presente y prescriben el futuro. En los momentos de crisis, por el contrario, el tiempo progresivo se resquebraja, dando lugar a la perspectiva histórica⁴: las sociedades comienzan a repensar sus experiencias pasadas en tiempo presente, y dibujan sociedades posibles, emerge - aunque fragmentado - el tiempo de los oprimidos. Así, entre lo nuevo y lo viejo, las temporalidades alternativas dialogan. Es un momento intersubjetivo⁵: las distancias geográficas se achican y el tiempo histórico se acelera, todo está en diálogo, en revolución. De allí la importancia de las reapropiaciones creativas y desplazamientos de sentido en torno al significado de las democracias. En esta clave, la radicalidad es una afirmación de la intersubjetividad.

Bajo este prisma, se trata de entender la crisis como una coyuntura propicia para desarrollar tensiones creativas. No es que la crisis vaya a realizar la tarea de redención democrática, como destino final de una narrativa prefigurada. Tampoco la astucia de “LA RAZÓN”, univoca y homogeneizadora, guiará a las personas a un destino transformador. La pandemia constituye una coyuntura de crisis paradigmática que, en razón de su excepcionalidad, permite cuestionar con más énfasis lo instituido (el funcionamiento del sistema de salud, el reparto de la riqueza, la primacía del mercado por sobre la humanidad,

4 Koselleck, R., *Futuro Pasado*, Barcelona, Paidós, 1993.

5 M. Merleau Ponty, *Las aventuras de la dialéctica*, Buenos Aires, La Pléyade, 1974.

etc.). Estas no son problemáticas nuevas ni luchas apadrinadas por la crisis, sino que - como el viejo topo - emergen con un vigor renovado cuando el peso de los paradigmas que las sepultaban se aliviana.

No obstante, teniendo en cuenta la forma de repensarse de los oprimidos, la apelación al lenguaje de la tradición⁶ es el camino elegido, aunque se trata de un lenguaje habitado por la poesía, por la metáfora. En esta clave, no es preciso sepultar la intervención del Estado, percibido como “colectivismo restrictivo”, ni universalizar un modelo democrático y socialista, como un corset para el desarrollo telúrico. Es importante habitar lo institucional “desde abajo”, convirtiendo lo tradicional en aparente. Pugnar por un tipo de democracia que afirme el conflicto y que lo habite desde una pluralidad porosa.

La crisis como momento intersubjetivo supone dejarse atravesar por lo múltiple, poniendo en tela de juicio todo lo instituyente, para rehabilitar lo colectivo de manera creativa y (auto) crítica. Esto no implica inhabilitar las tradiciones plebeyas, sino resignificarlas y reactualizarlas en su contexto. Cualquier tipo de cerrazón institucional o principismo modélico acrítico prepara el terreno para la muerte de la política. Bajo este prisma, la democratización depende necesariamente de la intervención de una multitud variopinta, cuyo horizonte universal es una duda radical: ¿cómo integrar y reintegrar creativamente lo diverso en sociedad, las partes y el todo? Cuando esta pregunta se cierra, la democracia ha terminado.

6 Benjamin, 2012: 401.

NO TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN YA A ROMA: LA CRISIS DE LA GLOBALIZACIÓN Y SUS NUEVOS EMERGENTES

Andrés Zanette

Durante la década del 90' el neoliberalismo, la globalización y el eje político del Atlántico Norte parecían haber llegado para terminar con la historia. Las décadas posteriores fueron el escenario de tres movimientos geopolíticos, que desencadenarían los acontecimientos que marcaron que “el fin de la historia” quedó como un registro del lenguaje del pasado. La resistencia discursiva anti neoliberal noventista, integrada de un modo u otro al sistema, fue madrugada por nuevos actores más efectivos en la escena.

Primero fueron los emergentes nacional-populares en el sentido más amplio que se puede entender: Nueva York 2001, Mar del Plata 2005, Ucrania 2014, China que no necesita adjudicarse una fecha siquiera. Distintos Estados y fuerzas políticas como el islamismo militante, Siria, Rusia, China, los países latinoamericanos, Escocia, etc. comenzaron el fin de la fábula de los 90 desde proyectos particulares no alineados al neoliberalismo y los valores noroccidentales que se pretendían universales, partiendo de la exaltación de su soberanía y poder como pueblos y naciones, muchas veces con pretensiones de crear sus propias zonas de dominio. La supuesta universalidad de la época de los 90 daba lugar a la complejidad del siglo XXI.

El segundo movimiento impactó directamente en el corazón de las sociedades europeas y norteamericanas. La migración masiva durante la segunda década del siglo desde África y Asia hacia Europa y de Centroamérica a EEUU puso

en jaque al mito occidental y liberal desde adentro, y abrió una polémica que nos introduce a una nueva imagen de estos espacios. La cara del mundo globalizado que no se mostraba en el Atlántico Norte apareció con toda la crudeza en Texas, Roma, París y Berlín. Toda la población presenció las oleadas de rostros, que más allá de ser vistos como buenos refugiados o terroristas, les decían lo mismo tanto a progresistas como reaccionarios: “¿Esto también es su mundo democrático, liberal y globalizado? No sabemos pero este es su mismo mundo, acá estamos”. Así como el 2008 había quebrado la confianza en la economía, el 2015 quebró para residentes y recién llegados la imagen de Europa y EEUU como faros de la civilización y la promesa del “mundo libre”, con un infalible modelo democrático y liberal capaz de funcionar en cualquier lugar del mundo con las mismas reglas en cada lugar y para todos. Era la boleta indeseada de las guerras, el globalismo y las políticas neoliberales proveniente desde el Sur y el Oriente. Ese desencanto abrió una grieta política y social entre quienes defendían la tradición liberal progresista, democrática y multicultural, y entre quienes en la incertidumbre del panorama degeneraron hacia el conservadurismo, y se plegaron a un nacionalismo agresivo basado en la exclusión. Ambos modelos son igual de racionales y ambos fueron igual de problemáticos. Mientras que Trump cumplió su promesa de construir el muro y someter a los migrantes a condiciones más precarias, la ciudadanía francesa no reparó en el progresismo liberal de Macron cuando salió a manifestarse contra el aumento de combustible. En América Latina también se percibe este emergente, con sus propias variables. La reacción se fortalece en su brazo cultural (racista, homofóbico, clasista) a partir de las polarizaciones generadas en las disputas con los movimientos nacional-populares y la generación de relatos espectrales como “los negros”, sindicatos, Venezuela, etc. No obstante, a diferencia de las derechas conservadoras europeas y trumpistas que sostienen el

proteccionismo, la reacción latinoamericana todavía sostiene las doctrinas socio económicas neoliberales intentando normalizar la exclusión y el descenso social.

El tercer movimiento es el más fragmentado, diverso y contradictorio de todos, que hasta es difícil (e imposible en los hechos inmediatos) de unificarlo en un solo acontecimiento. Pero es difícil que pase desapercibido, que en un lapso corto de tiempo o simultáneamente, exista tanta movilización de la población contra los órdenes sociales y políticos vigentes en distintos países. Es una realidad que va desde Quito hasta Hong Kong. Y pasa tanto en Santiago de Chile como en París, Teherán y Estambul. Pero un disturbio en Bogotá no es el mismo que el de Caracas. En Argentina tuvimos nuestra propia experiencia durante el conflicto educativo y en la reforma previsional. Los manifestantes y sus costumbres son otros, los gobernantes y los regímenes también. La irreverencia generalizada no puede ser interpretada de forma determinista en función única y excluyente del neoliberalismo, ni el patriarcado, ni el cambio climático, ni del socialismo del siglo XXI, ni del rey de España, ni del Partido Comunista Chino porque son todos estos a la vez.

No obstante, este juego de diferencias pero también de intersecciones y causas cruzadas, va encontrándose en acontecimientos que logran de a poco, hilar para unificar y eslabonar los movimientos. Una crisis económica internacional, movimientos migratorios como nunca han sucedido, un desastre ecológico que no deja a nadie exento, y ahora una pandemia. Junto a esto la persistencia irreverente de las poblaciones latinoamericanas ante gobiernos que no atienden sus demandas, el movimiento anti patriarcal, las protestas en el mismo occidente del norte, el poder económico chino, y el desafío de Rusia a sus vecinos del oeste, podrían decirnos que si bien la globalización está en crisis, existe una globalidad plural dirigida contra los paradigmas noventistas del Atlántico Norte. No

es ya el modelo neoliberal supuestamente universal de los 90, ni la internacional comunista del siglo XX. El “There is such a thing as society” de Boris Johnson contradiciendo a Margaret Thatcher fue el grito de “¡El Zar ha abdicado!” más ajustado a nuestra época.

Si se creía en la globalización como un fenómeno subsidiario del mercado mundial y el liberalismo político, y que los individuos podían ordenarse mediante la competencia, llegan la nueva globalidad de los acontecimientos y el resurgimiento de empoderamientos populares (tanto en sus versiones violentas, excluyentes y autoritarias como en las inclusivas, democráticas y mestizas) que emergen de las luchas situadas en una pluralidad de naciones contra gobiernos que a pesar de ser de distintos colores políticos se insertaron en la dinámica devenida del globalismo neoliberal. El gobierno neoliberal y el eje del Atlántico Norte se ven empantanados al haberse tomado tantas licencias afectando su propia vocación de poder y legitimidad. La misma situación experimentaron los gobiernos que impulsaban modelos alternativos que al desarrollar sus proyectos fueron erosionando sus bases de legitimidad. Así la crisis de la globalización neoliberal no solo es una crisis que afecte al Atlántico Norte y los gobiernos que hicieron suyos los postulados del Consenso de Washington, también es una serie de crisis de gobernabilidad, algunas explosivas, otras silenciosas. En fin, la pandemia del COVID-19 las hizo bastante ruidosas.

La democracia fue un concepto históricamente asociado al liberalismo. Los estudios y las encuestas parecen indicar que cada vez menos personas están conformes con la democracia. Se podría justificar esto si se ve como los autoritarismos van ganando terreno. Pero ¿no podríamos entender esto como la faceta de una pelea del matrimonio liberalismo-democracia? ¿No será que la democracia sujeta a este neoliberalismo globalizado le incrimina conflictos, desigualdades, desconten-

tos? Se ha insistido en que la democracia necesita sociedades plurales, diversas, alternantes. Las sociedades actuales ya cumplen estas características. Son espacios donde coexisten diversidades culturales, políticas y sexuales pero también desigualdades sociales, polarizaciones, odios intersectoriales. No se diagnostica meramente un déficit de diálogo y aceptación, sino también de acuerdos básicos. Hoy las disputas políticas van desde derechos de última generación como los ecológicos, pasando por los derechos laborales, hasta derechos básicos de salud, vivienda, integridad física. Son de esas sociedades de las que emergieron los tres movimientos y la nueva globalidad que pusieron en jaque al globalismo neoliberal y el poder del eje del Atlántico Norte. Y si hay un eje del otro lado están los aliados. Claro, estos “aliados” no alineados no son un factor de polarización, ya que van desde los centros de poder de Pekín hasta el Papa Francisco, lo único que comparten es la contraposición a este sujeto de confrontación, y coexisten en espacios y condiciones muy distintas. Es ese mundo multipolar con el que chocó la globalización. Pero al fin y al cabo tenemos una primera decisión rectora del mundo multipolar.

La segunda decisión es el “¿Qué hacer?”. Como se va a gobernar y tomar decisiones propias el día después, cuando lleguen las demandas sociales, la herencia económica, el cambio climático, la pandemia. La vía represiva y excluyente fue una opción que triunfó en diversos casos. Para que la vía democrática ya divorciada del neoliberalismo triunfe, es necesario que se pliegue a sus propias grietas políticas y desigualdades sociales, no ya como un juego de competencias, incertidumbres, e individualismos sino en un espacio republicano de reconocimiento de las características locales, nacionales, regionales, y no de valores supuestamente universales, que sepa construir acuerdos sólidos que permitan la unidad de un tejido social e identitario diverso. Es una decisión que implica confrontaciones y asumir escenarios adversos, no se puede

esperar terminar con las manos limpias. Requiere vocación de poder, poder entendido no solo como fuerza para confrontar, sino más que nada como legitimidad y capacidad de establecer acuerdos abarcativos entre distintas pluralidades en un mestizaje político. Vivimos en tiempos en los que las demandas más actualizadas conviven con las más básicas y antiguas. Si queremos un fin del mundo mejor, y todavía mejor, un nuevo comienzo, no podemos andar con chiquitas.

ACERCA DE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS

Abril, David: (Inca, Isla de Mallorca - España) Profesor de sociología del Departamento de Filosofía y Trabajo Social de la Universidad de las Islas Baleares (UIB). Doctor en educación, investigador del grupo Diversidad, Género y Políticas Públicas (UIB) y del Grupo Inter (UNED). Activista de la economía social y solidaria.

david.abril@uib.es / Twitter: @abrildavid

Aguiló, Antoni: (Palma, Isla de Mallorca - España) Filósofo e investigador doctorado del Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coímbra. Sus principales intereses de investigación abarcan las epistemologías del sur como instrumento de descolonización, la producción de una politicidad de lo común en la época del neoliberalismo global y los nexos entre género, sexualidad y descolonialidad.

aguilo.toni@gmail.com

Belfiori, Dahiana: Escritora, feminista. Coordina los talleres de lectura y escritura creativa “Abrir la casa” en Rosario, Buenos Aires y Barcelona. Colaboradora del suplemento Rosario|12 del diario Página|12. Obras publicadas: “Código Rosa. Relatos sobre abortos” (2015, Ediciones La Parte Maldita), que obtuvo reconocimientos de la Cámara de Diputados/as de la provincia de Santa Fe y “Con X” por su trabajo en comunicación con perspectiva de género. “Lo más simple es desnudarse” es su libro de próxima publicación.

Julián Bilmes: (La Plata, Argentina) Sociólogo y Doctorando en Cs. Sociales (FaHCE-UNLP), becario doctoral CONICET en IdIHCS. Integra la Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad (UNLP) y GT CLACSO “China y el mapa del poder mundial”.

bilmesjulian@gmail.com
Facebook: Julián Bilmes | @JuliBilmes

Chirom, Magdalena: Licenciada en Sociología y Maestrando en Comunicación Política.

chirommagui@gmail.com / @MagaChirom

Delana Corazza: (San Pablo, Brasil) Pesquisa os neopentecostais pelo Instituto Tricontinental de Pesquisa Social, é Cientista Social e mestre em Arquitetura e Urbanismo. Foi militante nos movimentos de moradia da cidade de São Paulo, trabalhou com regularização fundiária de favelas nas periferias, com mulheres dos movimentos de moradia e com educação popular em diversos espaços.

delanacorazza@gmail.com

Bárbara Corneli Colombatto: Licenciada en Comunicación Social (UNLP) y Magister en Estudios de género (UNR), feminista. Colabora con el suplemento Rosario/12 y el boletín online enRE-Dando de la ciudad de Rosario. Trabaja como administrativa en el Hospital “San Felipe” de San Nicolás.

Guido D’ Angelo: (Rosario. Argentina) Lector y curioso. Economista.

guidodangelopotalivo@gmail.com
@guidodangelop | @Guido_DA

Agostina Dasso Martorell: Licenciada en Estudios Internacionales por la Universidad Torcuato Di Tella y está haciendo su Maestría en Política y Economía Internacional en la Universidad de San Andrés. Es docente auxiliar de la Universidad Torcuato Di Tella e investiga sobre temas de seguridad internacional.

Twitter: DassoAgostina
LinkedIn: Agostina Dasso

Mariano Dubin: (La Plata, Argentina) Doctor en Letras. Docente e investigador de la Universidad Nacional de La Plata y de la Universidad Pedagógica Nacional. Coordinador de la Licenciatura en Enseñanza de la Lectura y Escritura para la Educación Primaria (UNIFE).

marianodubin@gmail.com

Vanina Escales: Es ensayista y periodista, codirige LatFem y trabaja por los derechos humanos en el CELS. Es parte del grupo fundador del movimiento Ni Una Menos. Le gusta mucho la antología de ensayos que hizo del filósofo de la naturaleza Henry David Thoreau. Su último libro es “¡Arroja la bomba! Salvadora Medina Onrubia y el feminismo anarco”.

Julia Expósito: Doctora en Ciencias Sociales (UBA), Magister en Estudios Culturales (CEI-UNR), Licenciada en Ciencia Política (UNR) y Posdoctora CONICET. Participa de diversos equipos de investigación entre los que se destaca el Centro de Investigaciones Feministas y Estudios de Género Es activista del movimiento de mujeres y feminista en Argentina. También ha publicado numerosos artículos en revistas y libros, entre los que se destaca: El marxismo Inquieto, Editorial Prometeo, 2018.

@julia_exposito_delannoy | Facebook: Julia Exposito.

Marco Fernandes: Mestre em História, doutor em psicologia, pesquisador do Instituto Tricontinental de Pesquisa Social e militante do Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST)

Noelia Figueroa: Polítóloga y doctora en Cs Sociales. Docente universitaria y tallerista feminista, militante de Mala junta-Nueva Mayoría. Trabaja en el diseño de instrumentos, políticas y abordajes institucionales de las violencias machistas, entre otras. Santotomesina de origen y rosarina adoptiva, hoy su territorio es la provincia de Santa Fe. Sabalera.

figueroanoeliaeva@gmail.com
@Noelia_Figueroa

Cindy Fraenkel: Militante de Nueva Mayoría por la construcción de un futuro de todes, feminista popular y estudiante de trabajo social en la UBA. Trabaja con niñas en espacios de recreación educativa. Cree en el juego como herramienta infinita.

Mariana Garfinkel: Psicoanalista. Interviene en Programas Sociales de Atención y Prevención de las Violencias así como en Centros y Hogares convivenciales. Actualmente en el Consejo de Derechos

de Niñas, Niños y Adolescentes. Supervisora y capacitadora de equipos de peritos de Justicia en la AJB Moreno - General Rodríguez. Integra “Ediciones Interalo. Docente en la Facultad de Psicología - UBA.

Diego Giller: Sociólogo. Investigador del Centro Cultural de la Cooperación y del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Autor de Espectros dependientistas. Variaciones sobre la “Teoría de la dependencia” y los marxismos latinoamericanos (Ediciones UNGS, 2020) y René Zavaleta Mercado. Una revolución contra Bolívar (Ediciones UNGS, 2016).

diegogiller@gmail.com / Facebook: Diego Giller

Santiago Gusinsky (Buenos Aires, Argentina): Estudiante de Psicología en la UBA. Militante de El Signo.

gusinskysantiago@gmail.com
@sdgusinsky | @sgusinsky

Lucas Grimson: Militante de Nueva Mayoría - Frente Patria Grande y estudiante de Ciencia Política. Trabaja en la Dirección de Adolescencias y Juventudes del Ministerio de Salud de la Nación.

Angelina Huguenet: (Santa Fe, Argentina). Es Licenciada en Diseño de la Comunicación Visual de la Universidad Nacional del Litoral y estudiante de Periodismo de ETER Escuela de Comunicación en CABA. Se desempeña como comunicadora visual en ámbitos gubernamentales, culturales e independientes.

Santiago Liaudat (La Plata, Argentina): Magister en Ciencia, Tecnología y Sociedad (UNQ), Especialista en Estudios Latinoamericanos (UFJF-ENFF) y Prof. de Filosofía (UNLP). Profesor Titular de Introducción a la Filosofía (FTS-UNLP). Investigador del LECyS (FTS-UNLP) y el CCTS (UMai). Integra la Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad (UNLP).

santiago.liaudat@gmail.com
Facebook: Santiago Liaudat | @LiaudatSantiago

Francisco José Luaces (Buenos Aires, Argentina): Docente en Escuela Técnica Medía. Estudiante de psicología. Militante en El Siglo, corriente universitaria Presentes.

luaces.francisco@gmail.com
Instagram: @franluaces

Juan Manuel Menéndez: Licenciado en Ciencia Política y Gobierno por la Universidad Torcuato di Tella. Sus áreas de interés son la política electoral, comunicación política y las políticas sociales. Milita en el Movimiento Social por la República y trabaja como asesor para el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

@jmenendez8 | LinkedIn: Juan Manuel Menéndez

Rocío Moltoni: Politóloga y activista feminista rosarina. Becaria doctoral del CONICET, integrante del Centro de Investigaciones Feministas y Estudios de Género (CIFEG UNR) y referente del espacio de atención a las violencias machistas de la Secretaría de Género y Sexualidades perteneciente a la Facultad de ciencia política y RRH UNR.

Ariel Parajón: 34 años. Politólogo (UBA). Posgrado en drogadependencias (UNT). Coordinador del “Colectivo de Reflexión sobre los Consumos”. Docente del seminario “Geopolítica de las drogas. Marcos normativos y paradigmas en debate” (Derecho-UBA). Trabajador de Sedronar. Militante popular (Nueva Mayoría).

parajonariel@gmail.com
Twitter: @arielparajon | Instagram: arielito_parajon

Ignacio Samuel Ramirez Andrade: Estudiante de Ciencia Política en la UBA. Militante de Nueva Mayoría. Participa en el Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales investigando la incidencia de los think tanks en el debate público en Argentina entre el 2003 y 2015 a partir de un estudio de caso.

ignacioramirez.and@gmail.com
Facebook: Ignacio Ramirez andrade
@RamirezIгнаа | @chinoo.ramirez

Agustin Rodriguez Uria: Estudiante de Sociología (FSOC - UBA). Militante de Nueva Mayoría - Frente Patria Grande.

agustinrodriguez@gmail.com | @Agus_RodriguezU | @Agustinru

Gonzalo Sanguinetti (Ciudad de Buenos Aires, Argentina): Licenciado en Psicología (UBA) y Maestrando en Estudios Interdisciplinarios del Sujeto y la Subjetividad (Filosofía y Letras UBA). Cultiva escuchas e invoca preguntas en aulas públicas de la Facultad de Psicología de la UBA.

gm_sanguinetti@hotmail.com / Instagram: @conversura /
Facebook: Gonzalo Sanguinetti

Alejo Serrano Barbarán: Salteño viviendo en la metrópolis, fana de Guerrin, militante y políglota.

alejosserranob@hotmail.com | @alejosserranob

Pablo Solana: Militante popular, comunicador, editor. Promotor de los movimientos de trabajadores desocupados (MTD) en la zona sur del conurbano bonaerense en los 90, y del Frente Popular Darío Santillán. En 2013 se fue a vivir y militar a Colombia, donde impulsó publicaciones y una editorial. Decidió regresar al país, pudo hacerlo el último día previo a la cuarentena.

Héctor Solano Chavarría (Costa Rica, 34 años): Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Costa Rica. Comunicador y asesor en comunicación estratégica, con experiencia en campañas electorales y procesos políticos en países de América Latina: Argentina, Bolivia, Ecuador, México, Venezuela. Milita en el Frente Amplio de Costa Rica, y es colaborador de la plataforma de comunicación “El Faro”.

@hectorso86

Manuel Tangorra (Bruselas, Bélgica, residencia actual): Licenciado en filosofía por la Universidad de Buenos Aires y actualmente investigador en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), don-

de prepara una tesis doctoral sobre la dialéctica hegeliana a la luz del pensamiento decolonial. Su interés más general surge de la intersección entre el pensamiento político y la práctica situada de los movimientos sociales.

tangorramanuel@gmail.com

Floreal Tasat: Estudiante de Psicología (UBA). Hinchada de Boca, Perón y Lacan. Militante de Presentes.

Florealtasat@gmail.com
@floreal_landa | @floreal_landa

Erica Tejera: Licenciada en psicología UBA. Psicóloga clínica en consultorio particular. Miembro de equipos técnicos nacionales de la SEDRONAR. Allí acompaña los lineamientos generales del abordaje integral territorial para las situaciones de padecimiento en salud mental y consumo problemático. Su militancia está ligada a la participación en espacios estatales que contribuyan a la asistencia de padecimientos bajo la perspectiva de derechos, y en particular, la deconstrucción de prácticas manicomiales en la cotidianeidad.

ericatejera@hotmail.com
@eritejera / Facebook: Ery tejera

Constanza Torrado: Licenciada en Psicología. Practicante del psicoanálisis. Trabaja en tareas de evaluación en el ámbito de la justicia como Perito Psicóloga del Cuerpo Técnico Auxiliar del Fuero de la Responsabilidad Penal Juvenil en el Departamento Judicial Moreno-General Rodríguez.

Angelica Tostes (São Paulo, Brasil): Mestra em Ciências da Religião e pesquisadora do Tricontinental: Institute for Social Research. Teóloga feminista e ativista inter-religiosa na Global Interfaith Network. É pesquisadora externa da PUC-GO no grupo de estudos em Religião, Gênero e Poder, atuando na área de hermenêutica de textos sagrados

angelicatostes@gmail.com / website: www.angeliquisses.com

Mariano Vigo: Músico ocasional, poeta diletante, oficioso hinch-

del rojo y militante popular, sus pasiones se dirimen entre reducidos intelectuales y aspiraciones plebeyas. Se desempeña como profesor de historia (UNM) e investigador (UBACyT). En este último campo, ha trabajado problemas relativos a los procesos de subjetivación de la Izquierda Peronista.

mvigodeandreis@hotmail.com

Andrés Zanette: Estudiante de Ciencia Política en la UBA e integrante de grupos de investigación sobre teoría política y relaciones internacionales. Militante del Movimiento Nacional y Popular.

andreszanette9@gmail.com / [@andreszn](#)

COMPILADORES

Ulises Bosia: Profesor de Filosofía (UBA). Maestrando en Historia Económica y de las Políticas Económicas (UBA). Docente de escuela media y nivel terciario. Corazón y pases cortos. Coordinador del Instituto Democracia.

@ulibosia

Ezequiel Ivanis: Licenciado en Ciencia Política (UBA). Maestrando en Ciencia Política (UNSAM). Director de Investigación (UNLa) y docente investigador. Coordinador del Instituto Democracia.

ezeivanis@gmail.com

Un libro. Veinticinco ensayos. Treinta y ocho autores y autoras de toda América Latina. Un aporte colectivo a la reflexión desde el sur para la construcción de un mundo distinto.

“Sopa de carpincho; ideas a un metro de distancia” es el primer libro que nace desde el Instituto Democracia y busca como objetivo la reflexión en conjunto para el fortalecimiento de nuestras democracias. Elige hacerlo de forma participativa y desde una epistemología del sur.

SOPA DE CARPINCHO

BOSIA | IVANIS comp.

SOPA DE CARPINCHO

